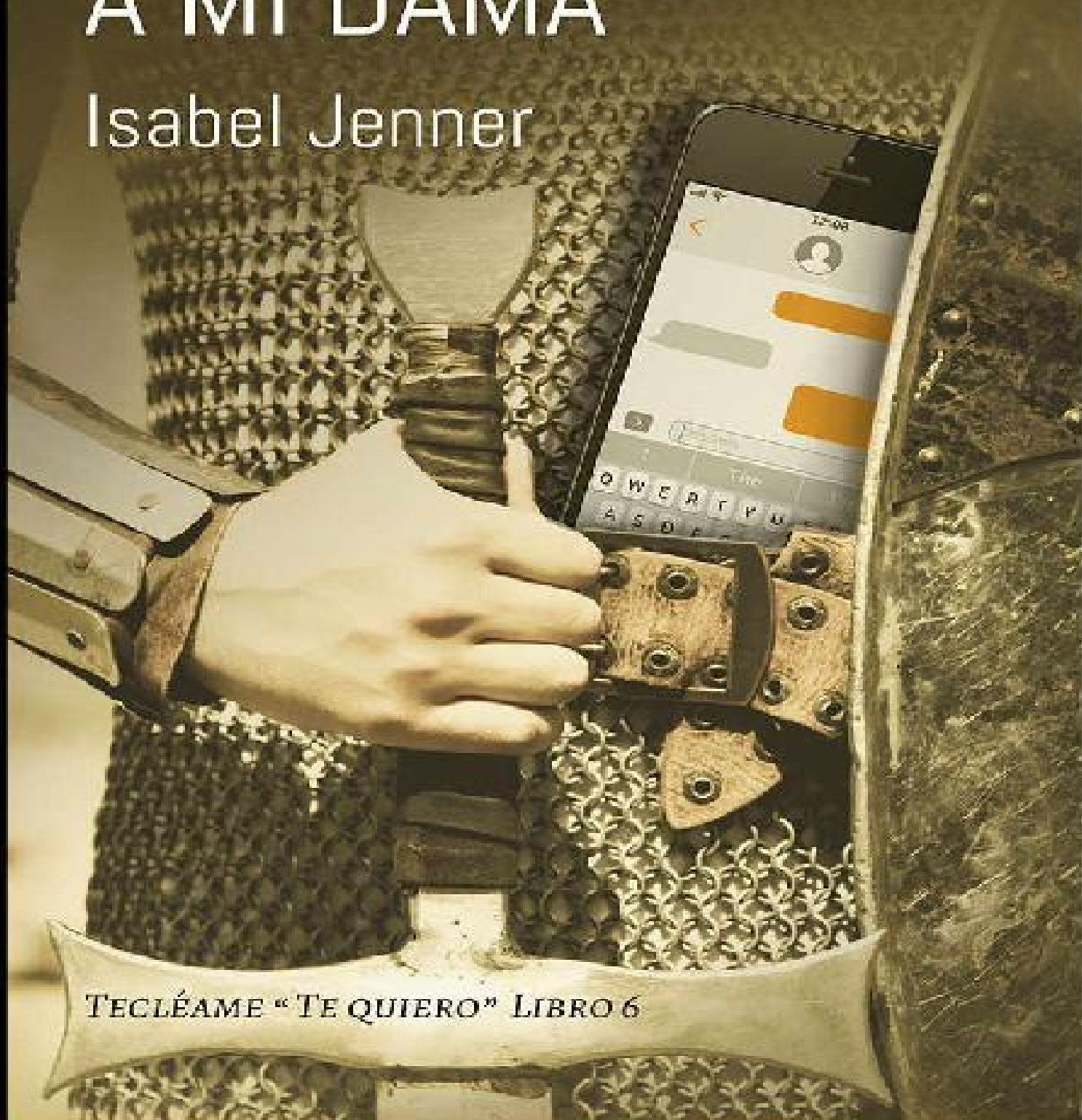


Selecta

MIL MENSAJES A MI DAMA

Isabel Jenner



TECLÉAME "TE QUIERO" LIBRO 6

Mil mensajes a mi dama

Tecléame te quiero 6

Isabel Jenner

Selecta

Índice

[Mil mensajes a mi dama](#)

[Sinopsis](#)

[Dedicatoria](#)

[Introducción](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

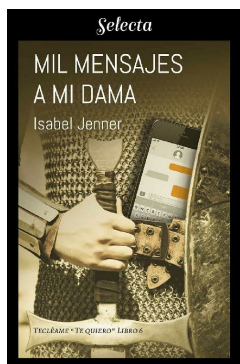
[Epílogo](#)

[Nota de la autora](#)

[Agradecimientos](#)

[Sobre Isabel Jenner](#)

«La batalla más ardua a la que debe enfrentarse un caballero es la tecnológica, y más aún cuando está liderada por una cautivadora doncella en plena Inglaterra del siglo X»



Mes de diciembre del año 999 de Nuestro Señor. El clero ha sembrado el pánico entre nobles y siervos por igual en el reino de Northumbria. Está próxima la fecha en la que un apocalipsis milenarista acabará con el mundo conocido, así como con todas las impías tecnologías, que han corrompido la mente del hombre. El temor al «Efecto 1000» ha hecho que el padre de Edyiva de Waren, un acaudalado mercader de dispositivos electrónicos, ponga rumbo a Jerusalén y así poder cumplir su sueño de pisar Tierra Santa antes de que la catástrofe ocurra. La testaruda joven no quiere expiar sus pecados junto a su padre, ya que está muy orgullosa de sus aparatos electrónicos y sus consultas en la Wikipedia, por lo que se ha quedado en Northumbria a esperar su regreso, que debería haber ocurrido un mes antes. Preocupada por su ausencia, Edyiva decide emprender un viaje hacia el Sur para encontrarse con él... Hasta que la acusan de brujería y cae en manos de Elric de Bamburgh, ealdorman de Bamburgh, quien intentará protegerla de los disturbios, el cambio de milenio y de su propia tozudez.

Todas las novelas de la serie «Tecléame te quiero» pueden leerse y disfrutarse de forma independiente.

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

*Este libro es para ti,
porque no se necesita una armadura para ser valiente*

Introducción

¿Tienes curiosidad por saber cómo surgió esta novela?

Si es así, te pido que imagines que estás leyendo un libro acerca de épocas pasadas y que hay un móvil a tu lado que no deja de vibrar. Ahora, deberás sujetar el libro con una mano y estirar la otra hasta alcanzar el teléfono; tú corazón y atención divididos entre no perder el hilo de la historia que te ha cautivado y la curiosidad por revisar todas las notificaciones que aparecen en la pantalla.

¿Te ha pasado alguna vez?

Bien, entonces observa los dos objetos que sostienes entre tus dedos y pregúntate: «¿Qué ocurriría si...?»

Así es como comienzan la mayoría de las aventuras antes de ser escritas.

Así fue cómo surgió esta novela...

¿Qué ocurriría si en un libro de romance histórico los personajes tuvieran a su disposición smartphones, Internet y todas las nuevas tecnologías de las que disfrutamos en la actualidad, pero sin perder su forma de hablar o de comportarse? ¿Sin perder su esencia?

Lo que podría suceder se encuentra en las próximas páginas, y sus protagonistas están impacientes por arrancarte una sonrisa... ¿Me acompañas?

Capítulo 1

En una Inglaterra del siglo X...

Bamburgh, reino de Northumbria, año 999 de Nuestro Señor

La oscuridad parecía cernirse sobre el mundo y había envuelto por completo a Northumbria en su tenebroso abrazo. En aquella heladora tarde del mes de diciembre, el cielo se asemejaba a un espeso sudario de densa lluvia y opacos nubarrones que dibujaban sombras grotescas sobre el suelo empapado. La negrura, en forma de pequeños y punzantes filamentos de miedo y desconfianza, también se colaba en las almas de los habitantes de esa porción de Inglaterra que hacía frontera con el mar del Norte; aunque no era algo extraño, puesto que los bárbaros que venían del frío llevaban años asolando sus costas con brutalidad y un malsano placer que solo dejaba destrucción a su paso. Sin embargo, la incertidumbre de no saber cuándo se produciría el siguiente ataque vikingo no era lo único que atenazaba sus corazones sajones. El milenio terminaría en menos de treinta días. El Mesías, tras un reinado de diez siglos, se preparaba para la sangrienta batalla del Juicio Final mientras las fauces del abismo se abrían poco a poco y dejaban escapar el mal y el pecado hasta los dominios de los hombres. Y lo más terrorífico de todo era que el demonio ya andaba suelto por la Tierra...

Todas aquellas tribulaciones, no obstante, parecían traer sin

cuidado a una de las dos figuras que se desplazaban con cierta dificultad por un pequeño sendero, lejos de la cálida seguridad de su hogar y a merced del bosque, sin caballos, mulas o cualquier otra ayuda más que la de sus propios pies para avanzar. Poco después, dicha figura se detuvo con los brazos en jarras al llegar un cruce de caminos anegado de lodo y se giró hacia su acompañante.

—Garrick, no sé para qué te hago caso. —La voz femenina, dulce pero categórica, hizo una pausa antes de continuar—. Nos hemos perdido. Otra vez.

Un compungido y joven sirviente de cabellos pelirrojos y apelmazados por el agua miró a la elegante dama encapuchada que lo había interpelado, y se rascó la cabeza antes de responder con pesar.

—Eso parece, mi señora Edyiva.

Edyiva de Waren dejó que un tenue suspiro rozase sus labios sonrosados antes de ascender hacia el cielo encapotado en forma de una algodonosa nubecilla de vaho. Estaba aterida y calada hasta los huesos tras un día entero de vagar sin rumbo, y la estoica paciencia que había demostrado ante los temores de su sirviente había llegado al límite.

—Voy a hacerlo, Garrick.

—Pero, mi señora... —trató de protestar Garrick.

—Tan solo necesito que me cubras con la capa para que no se moje la pantalla —lo cortó ella, decidida, tras desprenderse de los guantes. Tenía las manos enrojecidas y los dedos no respondían muy bien a sus órdenes de doblarse y abrir el pesado saquito que llevaba colgado del cinturón.

—Os ruego que perdonéis mi insistencia, pero creo que sería mejor que no sacaseis el móvil aquí —intentó rebatirla Garrick otra vez, sin dejar de echar repetidas y nerviosas miradas sobre el hombro—. No

sabemos quién podría vernos...

—Ni una palabra más —demandó agotada—. Te agradezco que hayas intentado guiarnos, pero nunca llegaremos al Sur si no sabemos nuestra localización exacta y no seguimos una ruta concreta.

—Estoy convencido de que debemos ir.. —Vaciló un segundo, su cuello giraba en todas direcciones, pero cada ramificación del camino parecía igual de intransitable que las otras—. A... la de-derecha —dijo al fin con los puños apretados a los costados.

—Garrick... —suspiró de nuevo Edyiva—. Nos conocemos desde que éramos niños y sé que eres un terrible mentiroso, igual que yo.

—Apelo por última vez a vuestra gentileza, mi señora... —rogó su sirviente, angustiado, sin molestarse siquiera en sentirse avergonzado por haber sido pillado en falta.

—Y yo apelo a tu raciocinio. No deseo que la noche nos alcance estando perdidos. Por si eso fuera poco, los soldados que mi padre apostó en casa para que me vigilaran ya deben de estar siguiendo nuestros pasos. ¿Comprendes el apremio de que nos hagamos con unas monturas en el pueblo más cercano que nos indique Google Maps?

Edyiva trató sin éxito de no pensar en Wyne, el mercenario al mando de su cuidado. Sus fríos ojos, grises como esquirolas de acero, habían sido los más difíciles de eludir y en esos momentos estaría muy furioso, su masculino rostro crispado por la rabia de haber sido burlado por la mujer que creía tener bajo su férreo control.

—Sí, mi señora —cedió Garrick.

Las facciones de su sirviente, en cambio, eran redondeadas y pacíficas, y sus ojos avellana eran tan grandes y lastimeros en aquel instante como los de un perro abandonado.

—Este aguacero interminable actuará como el mejor de los cortinajes para obstaculizar la vista a cualquier curioso —le aseguró

para que se sintiera más tranquilo—. Además, estoy convencida de que no todo el mundo piensa que la tecnología es un invento de Satanás —acabó, frustrada porque esa insidiosa idea sembrada por la Iglesia había sido el origen de todos sus infortunios.

Ser la hija de un acaudalado mercader de *smartphones*, *tablets* y demás artilugios electrónicos adquiriría un cariz bastante siniestro en semejantes circunstancias.

—El Señor no lo permita —murmuró Garrick mientras se santiguaba a la velocidad del rayo con movimientos desgarrados—. Pero los aldeanos están cada vez más ofuscados con ese tema. Lo hago para protegeros, mi señora.

—Lo sé —replicó con amabilidad.

Por eso Edyiva había soportado a duras penas el impulso de sacar su teléfono desde que habían huido de Spindlestone. Era lo menos que podía hacer por él. Garrick, bendito fuera, la había descubierto de madrugada escabulléndose por las cocinas y se había negado en redondo a dejarla marchar sola. Aunque Edyiva se sentía culpable por haberlo arrastrado al frío, a los peligros y a la lluvia, también se había sentido enormemente aliviada por viajar acompañada, y de una persona tan leal y responsable como Garrick. Pero había llegado la hora de usar Internet.

—La capa, por favor.

Garrick se limitó a fruncir los labios, agarró su manto y trató de formar una pequeña cueva sobre la cabeza de su señora, bastante más baja que él.

—Si teméis que se estropee vuestro móvil, podríais usar el que me habéis dado —ofreció.

—No será necesario —negó ella, antes de desbloquear la pantalla de su dispositivo—. No me llevará demasiado tiempo encontrar nuestra ubicación.

Entre sus escasas pertenencias, había decidido llevarse consigo dos teléfonos móviles por si uno de ellos se rompía. Se alegraba de haber sido tan previsora, ya que le había entregado uno a su sirviente para que pudieran ponerse en contacto en el hipotético e indeseable caso de que se separaran.

—Lamento mucho haber entorpecido vuestro viaje, mi señora. —La queda disculpa sonó desde algún lugar a su izquierda.

—No lo has hecho, Garrick. —Sonrió y se retiró la capucha para alzar la vista hacia él mientras el reloj de arena de la pantalla daba vueltas, a la espera de una buena conexión—. Me reconforta tu presencia.

Las mejillas de su sirviente adquirieron el mismo tono rojizo que su pelo ante el halago.

—Estoy convencido de que os reuniréis con vuestro padre para Navidad.

—Ojalá se cumplan tus palabras...

La sonrisa de Edyiva se había reducido, pero no así la esperanza de dar con su padre. Cuthbert de Waren había sido un humilde campesino hecho a sí mismo, que había levantado un enorme imperio tecnológico de la más absoluta nada, y también había sido un hombre risueño y cariñoso con su única hija hasta unos meses atrás, cuando esa horrible teoría del milenarismo había empezado a cobrar fuerza. Lo que en principio fueron veladas insinuaciones del clero sobre la naturaleza demoníaca de los móviles había ido ganando fuerza y violencia, hasta tal punto que Cuthbert se había sentido impío, el más despreciable de los hombres por mercadear con objetos maléficos, y había decidido emprender un viaje a Tierra Santa para expiar todos sus pecados. Había tratado de llevar a Edyiva con él por todos los medios, pero la joven, a pesar de tener un carácter dulce, también era muy tozuda y muy fiel a sus ideas. Ella

estaba muy orgullosa de sus aparatos electrónicos y no iba a cambiar de parecer porque un sacerdote la señalase con el dedo y la amenazase con arder en el infierno, como había ocurrido en cada misa de los domingos a la que había asistido hasta que su integridad física, y no solo su alma inmortal, se vio comprometida.

Su padre, que conocía su forma de ser puesto que la había criado desde que su madre falleciera cuando Edyiva apenas era un bebé, acabó por aceptar que partiría solo a Jerusalén. Antes de su marcha, habían llegado a un acuerdo. Edyiva aceptaría y obedecería al grupo de soldados que invadió su mansión para vigilarla y mantenerla a salvo, y él estaría de vuelta en Northumbria antes de las primeras nieves de diciembre. Ninguno de los dos había cumplido su promesa.

El último mensaje que Edyiva le había enviado, y que aparecía marcado como «leído», era de muchas semanas atrás, cuando aún bromeaba con él sobre su partida. Después de eso, solo había obtenido silencio.



Padre



Cuando lleguéis
a Jerusalén.

8:31 ✓✓

24, abr 99

¿Habéis llegado ya a Tierra Santa, padre?

6:05 ✓✓

29, jun 99

Hace mucho que no escribís...
¿Os encontráis bien?

10:29 ✓✓

4, oct 99

Estoy preocupada por vos,
padre. Contestadme, por favor.



8:13 ✓✓

17, dic 99



2:16

6:42 ✓✓

Lo más probable era que se hubiera deshecho del móvil.

—Si al menos no hubiera renegado de utilizar el teléfono en caso de emergencia, podría haberme escrito un *wasap* acerca de lo que ha hecho que se retrase, y no estaríamos en esta situación —se lamentó Edyiva.

Si su padre no hubiera sido tan obcecado, ella habría podido aguantar unos cuantos días o unas semanas más en Spindlestone, hasta la temida entrada del nuevo año, con el alma en vilo y el único deseo de ver aparecer su rostro por las ostentosas puertas de la mansión, pero no había tenido nada a lo que aferrarse. Ni la más mínima certeza acerca de cuándo iba a regresar. Y se le acababa el tiempo.

Sus peticiones a Wyne y al resto de los mercenarios para que trataran de localizar a Cuthbert de Waren habían sido recibidas con burlas, incluso las pesadas monedas de oro que les ofreció a cambio de información fueron solo dignas de desprecio. La impudicia y la codicia en los ojos grises de Wyne habían sido lo bastante elocuentes como para que Edyiva comprendiera que el soldado no se conformaría con menos que con tomarlas a ella y a toda su fortuna por entero, y que no esperaría a que el destructivo apocalipsis milenarista frustrase sus planes.

El mercenario la había subestimado al creer que una joven que vivía rodeada de lujos y aislada de un mundo que se había vuelto demasiado inestable, con la única protección de un padre ausente, no tendría el suficiente coraje como para marcharse sola, pero nada le impediría a Edyiva llegar hasta Hamptun, el puerto del Sur de Inglaterra desde el que partían la mayoría de los barcos hasta Tierra Santa. De existir algún lugar en el que poder obtener noticias de su padre, ese parecía el más lógico.

Bajó de nuevo la mirada hacia la pantalla, impaciente por que el punto azul que marcaría su localización apareciera de una vez, e intentó no desesperarse mientras los minutos pasaban. Si Internet estaba a punto de mostrarle algún resultado o no, nunca lo sabría, porque Edyiva sintió la textura compacta del barro golpear contra su espalda antes incluso de que las voces airadas comenzaran a elevarse desde distintos puntos del camino bifurcado. La joven dejó escapar un gemido de consternación, y su primer impulso fue poner el móvil a salvo del lodo. Por suerte, la inmundada humedad no caló hasta sus finos ropajes gracias a la gruesa capa de pieles que llevaba, a pesar de que los proyectiles se hicieron cada vez más numerosos, así como los insultos y amenazas.

—¡Bruja! ¡Adoradora del diablo! ¡¡A la hoguera!!

—¡Mi señora! ¿Qué...?

Garrick, también sorprendido con la guardia baja, trató en vano de interponerse entre Edyiva y el grupo de enfurecidos campesinos que se aproximaban con palos, horcas y otros aperos de labranza convertidos en mortíferas armas. Uno de ellos, de un tamaño tan enorme que incluso la lluvia parecía dividirse en dos al caer sobre él, se detuvo frente a ellos y la señaló con su inmenso dedo índice.

—No nos engañaréis con vuestro rostro de ángel, bruja. Mi hijo ha visto cómo os ufanabais en utilizar ese artefacto satánico propio de los servidores del Maligno y ha corrido a avisarnos para terminar con semejante atrocidad. —Apenas el gigante hubo terminado su acusación, nuevas gotas de barro salpicaron el rostro de Edyiva, y pudo ver cómo un rapaz de unos seis años se escabullía entre las piernas de su padre con las manos de un delator tono parduzco—. No consentiremos que traigáis la desgracia al pueblo de Bamburgh.

—Bien —murmuró Edyiva a Garrick al tiempo que se limpiaba la mejilla—. No contaba con que sucediera de una forma tan hostil.

Pero, al menos, ya sabemos dónde nos encontramos.

—¿Qué masculláis, bruja? ¿Acaso se trata de algún conjuro macabro? —gruñó el gigante. Era el líder del grupo y, a todas luces, juez y verdugo—. No mientras yo pueda evitarlo.

Arrebató una azada a uno de los hombres que estaba más próximo y se abalanzó sobre ella. Garrick, con una fuerza sorprendente para su constitución delgada, colocó a Edyiva a su espalda para apartarla de la trayectoria del afilado instrumento, pero él no pudo moverse a tiempo y recibió un corte en el muslo derecho que lo hizo doblarse y gemir de dolor. La rabia del gigante por el intento frustrado de herir a la bruja provocó que el siguiente impacto del mango de la azada, esa vez contra la cabeza desprotegida de Garrick, fuera aún más sañudo.

—¡Garrick, no! —chilló Edyiva, que no se había sentido lo bastante asustada hasta que ya fue demasiado tarde.

Su sirviente se desplomó en el suelo con el muslo desgarrado y una herida abierta en la sien derecha, de la que manaba bastante sangre, y ella se derrumbó de rodillas a su lado y quedó medio hundida en el barro. En esa posición tan vulnerable, inclinada sobre un inconsciente Garrick y con la vista borrosa por las lágrimas, ni siquiera fue consciente de que el gigante se disponía a atacarla por la espalda. Pero alguien más vio el cobarde movimiento.

—Si golpeas a esa mujer, no alcanzarás a ver el anochecer.

La voz restalló en medio del aguacero igual que lo haría un ensordecedor trueno y paralizó aquella escena dantesca durante varios segundos. Edyiva se giró todo lo que le permitía el sostener la cabeza de Garrick en el regazo, mientras utilizaba la parte más limpia de su manto para intentar restañar la sangre que seguía brotando de los cortes. Tenía el corazón paralizado, en parte por la angustia de ese brutal asalto y en parte por el alivio de que alguien

hubiera acudido en su ayuda. Estaba segura de que se toparía con los ojos acerados de Wyne, quien la habría encontrado justo a tiempo, pero en ese momento no le importaban las consecuencias de haber huido de Spindlestone, tan solo salvar a Garrick.

Sin embargo, la figura que se erguía sobre un impresionante caballo frisón nada tenía que ver con el rubio mercenario que con toda probabilidad iba tras sus pasos. Hombre y bestia eran oscuros como una noche sin luna y provocaron la misma sensación de inseguridad y fascinación en Edyiva. El caballero iba ataviado de negro de pies a cabeza y solo un caballo de guerra de semejantes proporciones podría resistir el peso de su corpulenta constitución, al que se sumaba el de la mortífera espada. Ni siquiera había necesitado desenvainarla para que todos y cada uno de los violentos aldeanos bajasen sus armas y lo contemplasen con expresiones que iban desde el estupor hasta el más desnudo pánico. ¿Quién era ese hombre capaz de provocar semejante reacción en una turba enardecida?

A pesar de la lluvia y los metros que los separaban, la joven sintió que su mirada la atravesaba y que, de permitírsele, no dejaría ni un solo recoveco de su alma sin descubrir.

—¿Sois una bruja que hace magia negra con móviles, tal y como se os acusa? —preguntó con esa voz grave que, curiosamente, no resultaba amenazadora.

—No lo soy.

Aunque intentó con todas sus fuerzas alzar la voz, tan solo consiguió emitir una queda aunque firme negativa que pareció bastar al caballero. Este se había ido acercando hasta que los cascos del frisón casi rozaron las piernas de Garrick, pero detuvo a la bestia con un ligero tirón de las riendas y desmontó con una gracia natural que hizo que su enorme sombra se proyectase sobre Edyiva.

—Ya la habéis escuchado.

Desde su posición en el suelo, la joven pudo comprobar que, en efecto, todo en él era penumbra. Sus cabellos, negros y empapados, rozaban sus hombros anchos y los ojos eran de un marrón tan oscuro que el iris casi se fundía con las pupilas. Intensos, ineludibles.

—Pero, milord...

Quien lo interpelaba así era el gigante que había golpeado a Garrick, que ya no parecía tan grande ni tan intimidante. Edyiva contempló aún con más interés al caballero mientras sumaba el hecho de que se trataba de un noble al acertijo de su identidad.

—Silencio —ordenó este último—. Nadie se toma la justicia por su mano en Bamburgh. Existen unas leyes que serán respetadas en cualquier circunstancia, yo decido quién es culpable o inocente, así como su condena. Marchaos antes de que vuestras acciones reciban mayores y peores consecuencias.

La mayoría de los aldeanos dio media vuelta y desapareció bajo la lluvia tan rápido como había llegado. Unos pocos, entre los que se contaban el gigante y su hijo, sin embargo, seguían pegados al camino embarrado, reacios a permitir que su presa se escapara tan fácilmente.

—Lord Elric de Bamburgh, ealdorman de Bamburgh, ha hablado. Se cumplirá su voluntad.

Edyiva se sobresaltó, tanto por la presencia de un segundo jinete, de quien no se había percatado, como por lo que revelaban sus palabras. «Ealdorman de Bamburgh». El caballero oscuro no era otro que el amo y señor de aquel territorio. A pesar de que Northumbria pertenecía a Inglaterra, unificada bajo la casa de Wessex con Eitelredo II como soberano, la casa de Bamburgh gobernaba las tierras al Norte del río Tess casi de la manera en la que lo haría un rey. Incluso pagaban impuestos a la corona de manera distinta a la que lo hacían

otros condados. Spindlestone, el hogar de Edyiva, también estaba bajo el dominio de lord Elric, pero jamás pensó que se lo encontraría cara a cara. Ni que su físico fuera tan inquietante. Tan demoledor.

La tensión se alargó un poco más, hasta que el acompañante de lord Elric llevó la mano derecha a la cadera izquierda y sacó parte de la espada de su funda. Era un aviso que no tuvo que repetirse una segunda vez.

—Mi señor.

El gigante incluso hizo una pequeña inclinación antes de girar sobre sus talones e internarse en uno de los senderos que se difuminaban con la tormenta.

Una vez que las cosas se hubieron apaciguado, Edyiva alzó de nuevo el cuello hacia el ealdorman.

—Gracias, milord.

Para sorpresa de la joven, el noble aceptó su agradecimiento con un leve movimiento de cabeza y, agachándose a su lado, clavó una rodilla en el barro. Observó un momento a Garrick, todavía inconsciente, antes de volver a perforarla con sus ojos de medianoche.

—Vendréis al castillo de Bamburgh para que sus heridas puedan ser tratadas.

«¿Qué?». ¿De verdad les estaba ofreciendo ayuda, la protección de su castillo y de su apellido sin conocerlos de nada? Edyiva sintió una bienvenida calidez en su interior a pesar de estar rodeada de invierno.

Capítulo 2

Elric contempló el tímido gesto de asentimiento de la joven a la que acababa de librar de las penalidades a las que querían someterla los enfurecidos aldeanos de Bamburgh y parte del cansancio que acumulaba pareció esfumarse de pronto.

No tenía ningún sentido, puesto que estaba realmente exhausto tras cabalgar durante muchas millas hasta la corte del rey Etelredo II en Headan dune bajo eternos días de diluvio. Allí habían discutido sobre la manera de salvaguardar el país de las incursiones vikingas y no le extrañaba que el monarca se hubiese ganado el apodo de Etelredo el Indeciso, porque no había llegado a ninguna conclusión sobre cómo reforzar la protección de las costas inglesas y aumentar el número de soldados para repeler los continuados ataques. Elric se encargaría de proteger Bamburgh él solo, como siempre había hecho, en especial de los daneses.

Todas esas preocupaciones habían estado acicateando su mente de regreso al hogar hasta que escuchó el tumulto creado por un grupo de aldeanos que acosaban a una pareja que no tenía ninguna posibilidad de defenderse. Detuvo el linchamiento de inmediato, sin un ápice más de paciencia en todo el cuerpo y con la certeza de que los jóvenes únicamente eran culpables de vagabundear solos por los bosques en tiempos difíciles. Por fortuna, los hombres se habían

dispersado con facilidad a pesar de los ánimos caldeados y pudo observar mejor a la supuesta bruja.

Estaba cubierta de barro de los pies a la cabeza, pero sus ropajes no eran los de una simple campesina. El agua y la suciedad habían oscurecido sus cabellos, aunque las guedejas que se adherían a sus mejillas redondeadas le hicieron suponer que serían de alguna tonalidad de rubio. Pese a que se había arrodillado en el suelo, muy cerca de ella, el color de sus ojos también parecía querer eludirlo, y no le agradó la sensación, como si fuera necesario conocer cada mínimo detalle de esa mujer.

Otro sinsentido más que atajó de inmediato.

—¿Cómo se llama? —preguntó señalando al hombre al que habían golpeado y cuya cabeza reposaba en el regazo femenino.

—Garrick, milord —respondió ella con esa voz dulce que, desde el primer momento, había conseguido colarse por unas rendijas de su pecho que ni siquiera sabía que estaban abiertas.

Elric se incorporó con presteza para retomar el control de la situación.

—Jessen —llamó a su segundo al mando.

—Sí, milord —le llegó la pronta respuesta.

—Te ayudaré a alzar a Garrick hasta la grupa de tu caballo para que partáis de inmediato. Es más veloz. Yo llevaré a la dama sobre Atlas.

—Impartió las instrucciones sin apartar la mirada de la joven—. Si estáis de acuerdo, mi señora.

Ella volvió a asentir con suavidad y esa pizca de timidez arrolladoras, y Elric se giró, al fin, e hizo una señal a Jessen. Ambos aferraron al tal Garrick por las axilas para subirlo al caballo. Jessen montó detrás de inmediato para sostenerlo porque, aunque el joven pelirrojo había emitido un pequeño quejido de dolor, todavía no había recuperado la conciencia del todo, y partieron al galope hacia

Bamburgh.

Entonces el ealdorman volvió a posar los ojos sobre la mujer, que había contemplado toda la escena con preocupación, y le tendió la mano para alzarla del suelo. Era bastante menuda, aunque no era muy extraño que se lo pareciera dado que él medía casi dos metros, y la sacudían unos temblores que trataba de disimular con valentía.

—No os preocupéis, llegaremos enseguida al castillo —dijo Elric con una extraña torpeza—. Subiré yo primero en Atlas para ayudaros a montar tras de mí.

Sin aguardar una respuesta, se alzó hasta la grupa del frisón, que dilató un poco los ollares, pero no se movió ni un milímetro de donde estaba, y volvió a estirar el brazo hacia la joven.

—Apoyad un pie sobre mi bota, en el estribo, para poder impulsaros.

—Oh, pero temo lastimarlo, milord —protestó ella, indecisa.

Elric contuvo a duras penas el burbujeo de hilaridad que le causaron sus palabras.

—¿Cuál es vuestro nombre?

—Edyiva de Waren —pronunció con su tono cristalino.

—Os aseguro que haría falta mucho más que pisarme con vuestros delicados pies para lastimarme, lady Edyiva.

Creyó ver que se ponía algo rígida antes de aceptar su mano, y él apenas tuvo que hacer algo de fuerza para auparla y que pasara la pierna derecha sobre la grupa de Atlas. Ahuecó las faldas y la capa para que cubrieran sus tobillos con movimientos secos, y el caballero no tuvo que esperar mucho para entender la razón de su actitud.

—No pertenezco a la nobleza, lord Elric —aclaró no bien se hubo acomodado a su espalda.

Elric agitó las riendas del caballo para comenzar la marcha antes de responder, vencido por la curiosidad.

—No obstante, actuáis y vestís como si lo hicierais.

—Mi familia pudo permitirse darme la educación de una dama, si os referís a eso.

Los brazos de Edyiva habían rodeado su cintura para mantener el equilibrio, pero se había aferrado sus propias muñecas para tratar de rozarlo lo menos posible. Algo por completo inevitable en sus circunstancias. Elric era muy consciente de la forma en la que el suave torso se amoldaba a la curva de su espalda y cómo los muslos femeninos se apretaban contra los suyos.

Se inclinó hacia delante para tratar de incomodarla lo menos posible y se obligó a preguntar:

—¿Y vuestro esposo? ¿Tampoco es noble?

—¿Mi esposo? —le llegó su extrañada réplica sobre el hombro.

—Garrick de Waren.

Sintió una sacudida que se parecía sospechosamente a una suave risa.

—Garrick no es mi esposo, milord. Es mi sirviente.

Elric no añadió nada más, pero espoleó a Atlas para ganar velocidad y no dejó otra opción a la joven más que la de pegarse a su cuerpo, abrir las palmas y apoyarlas sobre su abdomen para evitar caerse. Esa vez el caballero no trató de poner distancia entre ambos, sino que se recreó en la sensación de sentir el peso de su menuda figura y las delicadas manos de Edyiva de Waren sobre él.

En un espacio de tiempo que se le antojo más corto que de costumbre, el tañido de las campanas de la iglesia de Saint Aidan le indicó a Elric que se estaban acercando al pueblo, cuyas casitas se apiñaban cerca del edificio sagrado igual que asiduos fieles. El ealdorman frenó el galope de Atlas hasta alcanzar un ligero trote para pasar por delante de los humildes hogares de las gentes de

Bamburgh. Todo parecía tranquilo a esa hora cercana al ocaso y el humo de los fuegos encendidos se filtraba por los tejados hasta el cielo cuajado de nubes.

Al alcanzar la pequeña plaza que tenían que atravesar para llegar al castillo, sin embargo, se produjo una pequeña conmoción que no pudo ignorar.

—¡El milenarismo va a llegar! —Los gritos desgañitados de un hombre achaparrado y entrado en años, con barba canosa y cabellos revueltos, habían atraído la atención de los pocos imprudentes que no se habían parapetado tras las puertas de sus casas para eludir al frío y llenar el estómago—. ¡Va a llegar! —repitió con afán, para después juntar las yermas de los dedos y formar un triángulo con ambas palmas—. ¡Condenamos la impía tecnología! Porque nosotros somos el camino... la verdad... y la vida.

—¡Poca vida te va a quedar como sigas gritando cerca de mi casa, charlatán!

Una mujer se había asomado al quicio de madera con las manos en jarras y ojos hostiles, lo que provocó la risa del pequeño corrillo.

—¡No me dejan hablar! —protestó el hombre con voz inestable, dejando los incisivos a la vista y los ojos medio cerrados.

Elric supuso que aquella escena llevaba un buen rato desarrollándose, pero decidió no intervenir. El sujeto en cuestión parecía inofensivo y el grupo ya comenzaba a dispersarse por su cuenta, puesto que pronto sería noche cerrada.

—El cercano cambio de siglo ha provocado que los lunáticos afloren a la superficie —masculló—. O puede que en verdad el Diablo ande suelto y conspirando contra la humanidad.

—¿Vos también creéis en esas teorías, milord? —inquirió Edyiva, quien no había pronunciado palabra hasta ese momento—. ¿Pensáis que las tecnologías y los móviles son diabólicos?

—Lo único que sé, mi señora, es que traen problemas. Vos lo habéis vivido en vuestra propia piel a pesar de no poseer ningún teléfono, ¿no es así? Es mejor mantenerse lo más apartado posible de ellos.

Su tajante declaración no obtuvo ningún comentario. Supuso que estaría de acuerdo con él y se centró en guiar a Atlas durante los pocos metros que los separaban del castillo.

Escuchó la exclamación de sorpresa de Edyiva cuando la joven reparó en el paisaje que se dibujaba frente a ella y el caballero lamentó no ver la expresión de su rostro al contemplar por primera vez el hogar ancestral de los ealdorman de Bamburgh. Enmarcada por la tormenta, la visión de sus formas imponentes adquiría una dimensión casi sobrenatural.

La fortificación se alzaba sobre una impresionante y escarpada roca de granito negro parcheada de verdes, orgullosa por desafiar a la lluvia, al viento y al propio mar del Norte, al que se enfrentaba desde el Este como un eterno vigía que se interponía entre el pueblo y sus enemigos. De hecho, el último ataque vikingo se había producido seis años antes, en el 993, pero el castillo había resistido la brutal agresión con igual fiereza y no tuvieron que lamentar demasiadas pérdidas humanas o materiales. Las principales razones de su éxito habían sido las recias murallas de piedra que rodeaban todo el perímetro, que habían aguantado las violentas arremetidas y los conatos de incendio, y el hecho de que el único acceso a la fortaleza fuera una pequeña fisura natural en la cara Norte de la roca, en la que se habían tallado una serie de escalones que ascendían desde la llamada puerta de Saint Oswald. Dicha puerta, cuyo puente levadizo estaba bajado, era tan estrecha que los costados Atlas, que la atravesaba en esos instantes con los dos jinetes en la grupa, rozaban los laterales húmedos por el incesante goteo de agua.

Los hombres de Elric lo saludaron desde lo alto de la barbacana, sin

poder evitar dirigirle miradas curiosas la mujer que lo acompañaba, a pesar de que Jessen ya debía de haberlos puesto al tanto de la situación. El ealdorman les devolvió el saludo sin detenerse y cruzaron el patio de armas envueltos en las últimas luces grisáceas de un ocaso de tempestad. Dejaron atrás la capilla de Saint Oswald y el pozo de agua dulce, así como la armería y el resto de las construcciones de madera que flanqueaban el edificio principal, situado en el punto más alto de la roca de granito. La torre del homenaje era donde se encontraban el gran salón y las dependencias del señor del castillo. Elric tiró de las riendas del frisón cuando llegaron a las enormes puertas talladas que daban acceso al salón y desmontó para ayudar a Edyiva. Ella descendió hasta el suelo con grácil facilidad, pero no hizo ningún ademán por alcanzar el interior para refugiarse de la lluvia.

—Bienvenida al castillo de Bamburgh, mi señora —improvisó, por si era lo que la dama esperaba.

—Hay algo que quisiera decirles antes de abusar de vuestra hospitalidad, milord —respondió en cambio.

—Os escucho.

—Rezo por que las heridas de Garrick no sean tan graves como parecen y podamos partir no bien haya despuntado el alba. Pero, en caso de que deba marcharme sola, permitidme el atrevimiento de pedirles que cuidéis de él hasta que se restablezca.

—¿Y por qué habrías de partir con tanta premura? —preguntó, en lugar de acceder a sus deseos de inmediato.

—Una de las razones es que temo que mi presencia no os sea grata y preferáis verme lejos de aquí.

Elric elevó las cejas oscuras, sin formular con palabras lo remotamente improbable que le parecía semejante afirmación.

Edyiva vaciló un instante antes de acercarse al pórtico, cuyo arco,

que sobresalía, creaba un pequeño remanso seco en medio del aguacero, y se apartó un poco la embarrada capa de pieles para acercar los dedos a una bolsa que llevaba colgada del cinturón. La abrió y extrajo un objeto que zumbó y proyectó un potente haz de luz que le dio un aspecto fantasmal al iluminarla desde abajo.

—Este móvil es una de mis más preciadas posesiones, milord.

Cuando acabó su confesión, sus labios llenos esbozaban una sonrisa dulce aunque segura y casi provocadora a la vez.

El ealdorman no tenía forma de saber si el demonio había tomado posesión de Edyiva de Waren, pero de lo que estaba convencido era de que había dejado atravesar los muros de Bamburgh a la tentación personificada.

Capítulo 3

— ¿Por qué me mentisteis cuando os pregunté sobre vuestra relación con los teléfonos y la brujería, Edyiva?

Lord Elric mantenía su apariencia imperturbable y el semblante serio. Edyiva estaba convencida de que ni siquiera el toque de las trompetas que anunciarían el fin del mundo conseguiría alterarlo. Sin embargo, había un brillo extraño en sus ojos oscuros que hizo que la joven cambiase el peso de un pie a otro antes de responder.

—No os he mentado, milord. Negué ser una bruja que practicase magia negra y mantengo mi palabra. Sin embargo, nunca negué poseer un móvil. Lamentaría mucho que os ofendiera, pero no siento que sea algo que deba causarme vergüenza.

Una ráfaga de viento se coló hasta sus ropajes empapados y se abrazó a sí misma, presa de un escalofrío, no bien hubo terminado la frase.

El ealdorman captó cada uno de sus movimientos y señaló hacia la torre del homenaje.

—Entrad, mi señora. Es una noche demasiado desapacible como para discutir semejantes asuntos a la intemperie.

La joven expulsó poco a poco el aire que había estado conteniendo. No tenía ninguna certeza de que lord Elric fuera a permitirle pasar la noche en el castillo después de admitir sin ningún reparo que

disponía de un móvil, pero bajo ningún concepto le devolvería la amabilidad que había demostrado hacia Garrick y ella con engaños.

Se adentraron en el impresionante salón, en cuya pared derecha ardía un fuego saltarín dentro de una chimenea de dimensiones cavernosas, y vislumbró la figura de su sirviente tendido en un jergón no muy lejos de las llamas. Una mujer agachada de espaldas a ella sostenía un cuenco y aplicaba su contenido sobre las heridas de Garrick, quien parecía no haber recuperado aún la consciencia.

Edyiva se acercó con rapidez y se inclinó sobre su rostro pálido, a la espera de cualquier señal que indicase que no se encontraba tan mal como aparentaba.

—¿Garrick...? —probó a llamarlo con suavidad, asustada.

—Su esposo ha recibido un golpe tremendo en la cabeza. Con suerte, y si la fiebre no le sube a causa de los cortes infectados, mañana estará despierto.

La voz que había pronunciado esas palabras tan secas pertenecía a la beldad alta y de cabellos rubio claro que había estado cuidando de Garrick. Se había incorporado, en una mano sostenía el cuenco mientras la otra la tenía posada sobre una de sus caderas. Por si ese ademán no fuera indicio suficiente, su gesto hosco dejaba a las claras que no le gustaba lo que veía.

Edyiva no pudo evitar sentir un ligero bochorno al producirse de nuevo la confusión respecto a la relación que la unía a Garrick. Se disponía a aclarar una vez más el malentendido, cuando lord Elric se adelantó.

—Kendra, la dama que tienes delante está muy preocupada por la salud de su sirviente —pronunció el caballero con lentitud a su espalda. Su voz profunda hizo especial hincapié en «sirviente» y los ojos verdes de la mujer se entrecerraron—. Y lo que has dicho no es especialmente tranquilizador.

—Os ruego que perdonéis mi error —se excusó Kendra, sin sentirlo en absoluto, para después añadir—: El chico se pondrá bien en dos o tres días, he visto cortes peores que estos en las cocinas. Solo trataba de aclarar las posibles eventualidades, mi señor.

Al ealdorman debió de bastarle su escueta disculpa, porque la señaló con un ademán de su musculoso brazo.

—Edyiva, os presento a Kendra Boorman, la encargada de curar los desmanes de mis hombres cada vez que sostienen una espada y la prima de Jessen. Kendra, ella es Edyiva de Waren, mi invitada durante todo el tiempo que se le antoje.

Ambas se saludaron con una rígida inclinación de cabeza, sin que una brizna de simpatía circulase entre las dos.

—Gracias por vuestra ayuda —murmuró Edyiva con descuidada cortesía. Estaba demasiado ocupada pensando en que no se atrevería a partir hasta no estar convencida de que Garrick se encontraba recuperado como para que le importase resultarle antipática a la curandera.

Tres días. Tres días como máximo antes de poder reanudar la búsqueda de su padre. No parecían demasiados, pero, con Wyne tras sus talones, cualquier minuto perdido resultaba demasiado largo. Al menos la oferta tácita del ealdorman de Bamburgh de acogerlos a Garrick y a ella en su fortaleza, sin importar sus inclinaciones tecnológicas, suponía un inmenso alivio.

No fue consciente de que se había instalado un silencio bastante denso en el gran salón hasta que lord Elric lo rompió al dirigirse a ella.

—Ahora que todo está aclarado, si lo deseáis, puedo pedir que os preparen agua caliente para que os deshagáis del barro y las prendas mojadas antes de que nos acompañéis a cenar.

Edyiva sintió cómo el rubor trepaba de su cuello a su rostro ante el

poco tacto con el que el noble se había referido a su apariencia desastrosa. Hizo un vano intento por estirar la capa llena de mugre, tras el cual, pedacitos de lodo reseco cayeron al suelo de piedra. La presencia de la hermosa Kendra no ayudaba a que se sintiera más cómoda.

—Nada me complacería más, milord, pero no tengo ningún otro vestido que pueda sustituir a este hasta que se seque —respondió al final, con las mejillas encendidas.

—Comprendo —replicó él, despacio—. Disculpad mi torpeza. Debéis sentir os agotada tras una jornada bastante azarosa. Ordenaré que os suban una bandeja a vuestros aposentos y nos reuniremos aquí por la mañana.

—Os lo agradezco, milord. Y... —Vaciló, con el cuello alzado para enfrentar su gesto solemne, pero no podría dormir si no lanzaba esa pregunta—. ¿Sería posible disponer de unas monturas cuando Garrick y yo partamos dentro de tres días? Os prometo que os las devolveré tan pronto como sea posible.

—Hablaemos por la mañana, Edyiva. —Su voz fue amable pero inflexible.

—De acuerdo, mi señor —cedió sin demasiado énfasis. Al menos, no era una negativa tajante. No había nada que pudiera hacer por el momento, Garrick aún no se encontraba bien y ella estaba realmente exhausta, así que recuperar energías le parecía lo más sensato.

—Yo le enseñaré sus aposentos, milord —se ofreció Kendra, empleando una voz demasiado empalagosa para el gusto de Edyiva—. En seguida estaré de regreso con el herido.

—Acompáñala a la habitación Granate.

—¿La habitación Granate? —repitió Kendra. Parecía estar genuinamente sorprendida. O, al menos, lo disimulaba muy bien—. ¿Os parece lo más apropiado, mi señor?

Elric elevó una de sus cejas oscuras en un gesto que, de permanecer más tiempo a su lado, Edyiva sabía que se convertiría en familiar.

—Me es difícil darte una respuesta, Kendra, ya que mis órdenes nunca suelen ser cuestionadas.

—Perdonad mi atrevimiento. Es solo que me inquietan los... —La bella rubia tragó saliva, como si no deseara arriesgarse a pronunciar la palabra—. Los fantasmas...

—¿Fantasmas?! —no pudo evitar exclamar Edyiva con voz ahogada. Ella asintió con vigor.

—Se dice que los fantasmas de los Bamburgh vagan por esos aposentos, donde murió el primer ealdorman de Bamburgh. Sobre todo, en las noches de tormenta.

—Son cuentos para asustar a los niños —resopló lord Elric.

Pues había conseguido asustar a Edyiva. Pero la joven cuadró los hombros y se consoló a sí misma al pensar en que solo estaría en compañía de los familiares espectrales de lord Elric durante un par de noches.

—Me siento tan cansada que no escucharía el paso de un ejército, mucho menos de una presencia tan silenciosa como la de un fantasma —aseguró con un aplomo que no sentía. Luego se inclinó un poco hacia su sirviente, que tenía la respiración profunda y los ojos cerrados, y posó una mano en su brazo—. Garrick, recupérate pronto —pidió con suavidad.

Al enderezarse, sus ojos se posaron sin querer en las escasas pertenencias de Garrick, apiladas a un lado del camastro, y cayó en la cuenta de algo. Llevó los dedos al saquito que pendía del cinturón, cuya tela estaba tirante a causa del peso del teléfono, y miró a lord Elric.

—Supongo que no servirá de mucho ofreceros mi número y deciros que dejaré el móvil conectado toda la noche por si me necesitáis.

Kendra no hizo ningún comentario desafortunado sobre la tecnología, pero la atravesó con una punzante mirada. Lord Elric también la contempló con fijeza por un momento.

—Si ocurre algo, mi señora, os mandaré avisar a la vieja usanza. Con unos buenos golpes en la puerta.

Edyiva le dedicó un gesto de asentimiento y se disponía a partir en pos de Kendra, cuando lord Elric la aferró con suavidad del brazo y susurró solo para sus oídos:

—Sería más sensato y menos arriesgado que no os ufanaseis tanto en mostrar que disponéis de un móvil. Confío en mis sirvientes, pero el castillo es demasiado grande como para no mostrar cierta precaución.

—No se trata de presunción, sino de practicidad, mi señor —repuso con dulzura, a la vez que alzaba un hombro—. Si vos dispusierais de un teléfono, lo entenderíais.

El caballero se quedó parado un instante, antes de esbozar una minúscula sonrisa.

—Sin duda sois una formidable adversaria a la hora de defender vuestra posición, mi señora.

Satisfecha con su respuesta, se encaminó hacia las escaleras de caracol que partían desde el lado izquierdo del salón, cubierto en sombras. No pudo evitar girarse una última vez antes de seguir a Kendra, y se topó con la mirada oscura del ealdorman, concentrado por completo en ella.

—Buenas noches, lord Elric —murmuró en un tono muy bajo, pero algo le dijo que él había captado cada sílaba.

Tras subir unos peldaños que no parecían tener fin, la curandera le abrió una puerta situada al fondo del pasillo apenas iluminado y se marchó sin siquiera despedirse. Edyiva echó un vistazo a su alrededor, pero no le hizo justicia a la exquisita decoración con

tapices que colgaban de las paredes para mantener el calor, ni a la enorme cama con un dosel granate y aspecto confortable. Estaba demasiado pendiente de cada recoveco, de cada crujido y de cada movimiento sospechoso que no terminaba de captar por el rabillo del ojo.

Sabía que era una pésima idea hacer cualquier búsqueda en Google presa del desasosiego, pero sacó el móvil y tecleó «Cómo ver espíritus».

Entre los muchos resultados, se decidió por uno explicado en imágenes de la Wikipedia, ya que esa página era su debilidad. Se fue poniendo pálida conforme iba leyendo porque muchos pasos coincidían de manera espeluznante con su situación:

Encontrad un lugar repleto de historia, como un castillo que haya albergado a muchas generaciones. La resonancia psíquica será más intensa.



Planead vuestra gesta a la hora de las brujas. Cualquier momento entre las 9 de la noche y las 6 de la mañana os servirá. Pero será más propicio entre las 3:30 y las 4 de la madrugada.

Comportaos respetuosamente con lo sobrenatural y agudizad vuestro campo visual ante cualquier sombra u oscilación.

Manteos atento/a a los cambios de temperatura y utilizad todos vuestros sentidos.

Sería conveniente que os presentarais y precisaseis vuestras buenas intenciones. Podéis rezar alguna oración si así lo deseáis.

**¡Nunca permanezcáis solo/a!
Podrías toparos con entes malignos.**

En este punto, Edyiva sintió el incontenible impulso de salir disparada escaleras abajo hasta el gran salón, donde encontraría a lord Elric y a Garrick, aunque fuera inconsciente, pero se contuvo en el último momento y se reprendió a sí misma por su cobardía. Cuadró los hombros y, conforme al penúltimo punto, se santiguó y rezó un padrenuestro antes de pronunciar con la voz algo temblorosa:

—Mi nombre es Edyiva de Waren. No pretendo causaros ningún daño, así que, si estáis ahí, manifestaos.

—Yo tampoco pretendo causaros mal alguno, mi señora.

Edyiva se llevó una mano a la garganta, donde un grito aterrorizado pugnaba por salir, y tropezó con sus propios pies al girar sobre sí misma hacia la voz que había emergido de la nada. Estaba convencida de que se desmayaría, pero la aparición aplacó su miedo de inmediato.

—Me envía lord Elric con agua caliente y algo de cena para vos.

La doncella, que sostenía una pesada bandeja en las manos, hablaba muy despacio y con los ojos abiertos de par en par sin traspasar el umbral del cuarto, como si tratase con una lunática. Y tal vez Edyiva lo fuera... Pero se sintió tan aliviada que recibió a la joven con una enorme sonrisa con la que esperaba que mejorase su opinión sobre ella, y le pidió ayuda para deshacerse del vestido y asearse un poco.

Después de tomar una cena ligera, se cobijó entre las sábanas y repasó los sucesos de las horas previas. Cuando una figura sobrecogedora y cortés al mismo tiempo se adueñó de sus pensamientos, fue consciente de que lamentaría partir pronto hacia Hamptun y no volver a ver al ealdorman Elric de Bamburgh. Aunque eso significase dormir más noches rodeada de fantasmas.

Capítulo 4

A la mañana siguiente, Elric entró con dos largas zancadas en el gran salón cuando el sol era un tenue reflejo que apenas había teñido de naranjas y ocre las crestas de las olas del mar del Norte. Pensar en su invitada le había restado bastantes horas de sueño, pero, al igual que el día anterior, no era consciente del cansancio. Solo de la impaciencia que sentía por ver a Edyiva y despejar los enigmas que la envolvían. Él, que debería estar centrado únicamente en la defensa de Bamburgh de sus enemigos, no había podido apartarla de su mente, a pesar de haberla tratado solo por unas horas. Era algo extraño y preocupante a la vez.

Echó un rápido vistazo a su alrededor, sin embargo, todavía no había ni rastro de ella en el salón. Entonces fijó su atención en el camastro junto a la chimenea, donde reposaba su sirviente herido. Tampoco había señales de Kendra, pero el joven de cabellos rojizos se removía inquieto bajo las mantas. El ealdorman se aproximó e hincó una rodilla en el suelo, a su lado, y dejó reposar el antebrazo izquierdo sobre la otra.

— ¿Te encuentras mejor, muchacho?

El chico entreabrió los párpados con esfuerzo evidente y trató de incorporarse sobre los codos antes de desplomarse con un gesto de dolor.

—¿Quién sois? ¿Dónde está mi señora? —gimió angustiado.

—Soy Elric de Bamburgh. Tanto tú como tu señora estáis seguros en mi castillo.

La expresión aturdida en los ojos del sirviente se esfumó para dejar paso a una respetuosa estupefacción.

—Gra-gracias, milord.

Elric inclinó la cabeza por toda respuesta. No había nada potencialmente peligroso ni desagradable en el tal Garrick, pero había algo que lo impulsaba a mostrarse severo con él. Quizá fuera la excesiva cercanía con la que se relacionaba con Edyiva de Waren.

—¿Desde hace cuánto tiempo conoces a tu señora? —lo interrogó de buenas a primeras. Aquella era una de las muchas cosas que habían dado vueltas en su cabeza desde la noche anterior. Según su experiencia, todas las mujeres con el claramente elevado nivel social de Edyiva consideraban que un sirviente no era digno siquiera de una mirada, ni mucho menos de las atenciones que le había prodigado.

Garrick elevó mucho las cejas, pillado por sorpresa, pero se repuso enseguida.

—Desde que éramos niños, milord. Crecimos juntos.

—Desde hace poco, entonces —concluyó el ealdorman, no sin ironía.

El chico se envaró y adoptó un aire de dignidad herida. O tanto como le fue posible, estirado sobre el camastro.

—Tengo diecinueve años, uno más que mi señora.

Elric prefirió no añadir ningún comentario. A los diecinueve años, él ya había asumido la responsabilidad de ser el ealdorman de Bamburgh y velar por el reino de Northumbria, y había participado en más batallas de las que le gustaría recordar. En esos momentos, a los veinticinco, se sentía como un anciano.

—¿Por qué os encontrabais ayer los dos solos en medio del bosque?

¿A dónde os dirigíais? —preguntó en cambio.

Garrick volvió a perder el color del rostro que apenas había recuperado y sus pecas resaltaron mientras miraba a su alrededor buscando una salida para no tener que negarse a contestar al señor del castillo. Muchos siervos perdían la vida por menos. Elric no era un hombre injusto y jamás cometería un acto semejante, pero el joven no tenía por qué saberlo.

—Cre-creo —balbuceó al fin— que debería ser mi señora quien respondiera a vuestra pregunta, milord.

Desde luego, era leal Edyiva.

—¿Y si tuvieras que pagar un alto precio por tu silencio?

—Daría mi vida por ella, milord —respondió con total sinceridad, a la par que se llevaba una mano a la herida de la frente—. Nunca conoceréis a una dama con más virtudes, generosidad y belleza.

Era leal... Y estaba totalmente prendado de su señora.

—Está bien —zanjó el asunto, incómodo—. Abordaré el tema cuando salga de sus aposentos —agregó, dispuesto a incorporarse.

—Si lo deseáis, podéis usar mi móvil para avisarle por Whatsapp que la estáis esperando —ofreció el joven, solícito... Y completamente ajeno al hecho de que Edyiva se había guardado para sí que su sirviente también disponía de un teléfono. O la herida en la cabeza había bajado sus defensas o era tan imprudente como su señora.

Elric supuso que no tardaría en descubrirlo mientras veía cómo el chico alargaba la mano hacía un pequeño morral y le tendía el aparato. Lo miró con franca curiosidad durante unos momentos, ya que nunca había utilizado uno, pero luego negó con la cabeza.

—Aguardaré a que baje. Y, Garrick... —Pronunció su nombre con sequedad—. Será mejor que no digas a nadie que tienes un teléfono móvil. Ni siquiera que me lo has mostrado a mí.

Elric se guardaría esa interesante baza en la manga.

—Co-comprendo, milord. Así lo haré, milord —le aseguró el sirviente, ya casi translúcido.

El ealdorman se puso en pie y se obligó a permanecer en el salón hasta la llegada de Edyiva. La otra posibilidad era subir a buscarla a la habitación Granate, que era contigua a su propio dormitorio, pero no creía que ella fuera consciente de la cercanía, ni le parecía apropiado entrar en la habitación de la dama, a pesar de tener todo el derecho como ealdorman.

Edyiva lo libró de semejante conflicto al reunirse con él a los pocos minutos.

—Buenos días, milord.

Su voz suave llegó desde el pie de la escalera y se volvió para enfrentarla.

A plena luz del día, sin el barro y la pesada capa que la habían ocultado a sus ojos, la mera visión de Edyiva de Waren dejó a Elric sin aliento. Sus largos cabellos, sueltos y rizados, brillaban con el color y la delicadeza de pura miel recién sacada de un panal. Su cuerpo, redondeado y exquisito, estaba envuelto en un vestido azul medianoche sin ninguna sobreveste que ocultase la forma decididamente sensual en la que se le ceñía a la cintura y a las caderas, acentuadas por un cinturón formado por gruesos discos de plata. Tampoco escondía el escote profundo que consiguió hacer flaquear sus piernas de guerrero. Las mangas, con delicados bordados trenzados, caían desde los codos hasta casi rozar el suelo, en un efecto encantador. Pero lo más extraordinario era su mirada, cuyos iris poseían un matiz violeta que el caballero no había visto jamás, ni creía que volviera a ver en lo que le quedaba de vida.

Dicha mirada pasó por encima de él y la dama dio un pequeño grito de alegría al ver que su sirviente estaba consciente.

—¡Garrick!

Lo celebró uniendo las palmas a la altura del pecho y con una sonrisa luminosa que lo atizó como un golpe de maza. Y ni siquiera iba dirigida a él. Su expresión radiante, sin embargo, se empañó un poco al llegar a su altura.

—¿Os encontráis bien, milord? —se interesó la dama, con el ceño algo fruncido.

«No. No sé qué me estáis haciendo, Edyiva, pero empiezo a creer que en verdad sois una bruja».

Ante su silencio, ella pasó de largo y se inclinó sobre su sirviente, con quien empezó a charlar con entusiasmo. Algo que consiguió molestar al imperturbable ealdorman.

—Mi señora —la llamó para atraer su atención—, soy yo quien debería preguntaros si habéis descansado bien, a pesar de vuestro contacto con el más allá.

—¿El más allá? —dijo antes de que sus mejillas se coloreasen con un precioso arrebol—. Oh... Supongo que vuestra doncella os ha contado que la confundí con un fantasma. —Elric estuvo a punto de pedirle disculpas por haberla hecho sentir incómoda con su comentario impropio, pero pronto su expresión azorada se transformó en una sonrisa que dio paso a una risa cristalina, capaz de hechizar por completo los sentidos ya embebidos del ealdorman—. No puedo culparos por vuestra chanza, milord. Yo habría hecho lo mismo en vuestro lugar.

Su franqueza y su risueña naturalidad lo desarmaron y se le hizo difícil pensar en otra cosa que no fuera el brillo divertido de sus ojos como flores de aciano. Hasta que se concentró en lo que estaba diciendo.

—Garrick presenta un aspecto excelente. —Edyiva era puro entusiasmo. Elric giró el cuello con escepticismo hacia el paliducho joven postrado en el jergón, pero no la contradujo—. Quizá podamos

partir antes de lo esperado.

Las palabras de la dama hicieron reaccionar por fin al ealdorman, quien se aproximó a ella e hizo un gran esfuerzo por recuperar las riendas de su mente.

—Me gustaría saber a dónde os dirigís con tanto apremio.

Los labios rosados de Edyiva perdieron la curva de su sonrisa y una parte de él deseó retirar la pregunta, pero su parte cabal sabía que solo era la primera de muchas que seguirían.

—Me dirijo a Hamptun, milord.

—¿Con qué propósito?

—No creo que eso sea relevante para vos —replicó calmada—. Si os preocupa que no os devuelva vuestras monturas, os puedo asegurar que soy una mujer de palabra y de recursos. Os daré mi contacto y..

—No me preocupan las monturas, Edyiva, sino vuestro estrafalario plan de cruzar el país de Norte a Sur en pleno invierno sin más escolta que vuestro criado, unido a vuestra clara despreocupación por mostrar aparatos electrónicos cuando habéis estado a punto de ser ajusticiada por ello. Así pues, el propósito de vuestro viaje sí es relevante para mí.

Se sostuvieron la mirada unos instantes. Edyiva debió suponer, con razón, que él no cejaría en su empeño de conocer la verdad, ya que emitió un pequeño suspiro antes de responder.

—Voy a reunirme con mi padre.

—¿Con vuestro padre? ¿Acaso... vuestro hogar está en Hamptun?

Cabía la posibilidad de que la dama solo estuviera de paso en Northumbria. Y calcular las muchas millas que lo separarían de ella no fue una experiencia agradable.

—Mi hogar se encuentra en Spindlestone, milord —explicó enseguida Edyiva, para alivio suyo—. Tan solo voy a encontrarme con mi padre, como os he dicho, y regresaremos juntos a casa.

Spindlestone estaba apenas a una hora a caballo de Bamburgh pero, muy en el fondo, el ealdorman sabía que nada de eso importaba, ya que si el destino no hubiera intervenido, jamás se habrían encontrado.

Para no profundizar en lo trascendental que parecía haber resultado dicho encuentro para él, Elric se concentró en su expresivo rostro y le extrañó ver el leve aire de tristeza que se apoderaba de ella al hablar de su padre. Lo que condujo a la siguiente pregunta.

—¿Ha sido vuestro padre quien os ha pedido que emprendáis este viaje sola?

Sus cabellos rubios se agitaron al sacudir la cabeza.

—Lo he decidido yo. Y no viajo sola, sino con...

—Os ruego que no terminéis esa frase —la interrumpió, con una mano alzada e intentando dominar su genio—. Sabéis a lo que me refiero. Sin un grupo de hombres que sepan manejar una espada para poder protegeros. O uno, al menos.

Elric hubiera jurado que la voz ahogada de Garrick aseveraba que él era un hombre, pero no se volvió para comprobar si el sirviente ponía la oreja para captar cada palabra de la conversación. Tenía más que suficiente con un único frente abierto, hermoso y evasivo.

—¿Qué os hace pensar que no hay un grupo de guerreros armados que cuidan de mí en alguna parte? —lo estaba cuestionando ella en ese momento.

—Hace muy poco que nos conocemos, mi señora, pero os tomaba por una persona directa y franca —le reprochó.

—Os aseguro directa y francamente que llegaré sana y salva a Hamptun. —Sonrió serena, sin remordimiento alguno.

—¡Por Dios que escondéis una gran testarudez bajo toda esa dulzura! —explotó Elric, para estupor de todos los presentes, incluido él mismo. Se pasó una mano por los cabellos oscuros y

expulsó el aire con fuerza por la nariz para darse un momento antes de buscar de nuevo sus ojos violeta. Allí encontró un destello pícaro que aumentó el calor de la sangre que ya le circulaba con fuerza por las venas y no pudo contener el dar un paso más hacia ella.

—Anoche declarasteis que era una formidable adversaria, milord —dijo Edyiva, quien, en lugar de retroceder, también adelantó un delicado pie en su dirección.

—Y lo mantengo, mi señora —asintió, su pecho subía y bajaba con fuerza—. Pobre de aquel que se enfrente a vos. Pero no lleváis un arma colgada de vuestro cinturón, sino un móvil.

—Tengo la certeza de que las teclas ganan más batallas que las espadas. —La afirmación fue rotunda, y había llevado las manos a sus tentadoras caderas—. Si hubiera más tecnología y menos violencia en las calles, ahora no estaríamos teniendo esta discusión.

Elric sentía que podría discutir con ella, o hacer cualquier otra cosa, durante horas.

Los dos estaban muy cerca, inmersos el uno en el otro, sin reparar en la figura vestida de negro que había accedido por una de las enormes puertas de madera hasta la torre. Pero el recién llegado se encargó de hacer notar su presencia.

—¡¡Blasfemia!! —aulló con la voz cascada y colérica—. ¡Tus palabras, mujer, son un asalto a los hombres temerosos del Señor!

Elric no trató de ocultar lo mucho que lo importunaba semejante interrupción. Que el párroco de la iglesia de Saint Aidan, muy respetado entre sus fieles y conocido por su enardecida lucha contra la tecnología, se hubiera presentado en el castillo solo podía significar problemas.

Capítulo 5

—Padre Oliver.

Edyiva escuchó el frío saludo de Elric y pestañeó un par de veces antes de absorber por completo el cambio de situación que se había producido. Un minuto antes estaba atrapada en la mirada oscura del ealdorman, mientras intentaba imponerse en su duelo verbal, y justo después era acusada una vez más con el dedo por un hombre de la Iglesia. Un hombre que, en realidad, parecía salido de una pesadilla más que de un lugar cercano al Cielo. Tenía los cabellos grisáceos y sucios apelmazados en mechones en algunas zonas y en otras áreas el cráneo quedaba a la vista por completo. Su rostro estaba pálido y demacrado, aunque sus ojos encendidos desmentían esa aparente debilidad. Era muy alto y delgado, con la espalda encorvada como si tratara de camuflarse en lugares sombríos acordes con sus hábitos negros, y los dedos que la habían señalado también eran alargados y retorcidos como ramas de espino.

—Nadie me ha anunciado vuestra llegada, padre, u os habría recibido de otra manera.

—¿Anunciarme y perderme la confesión de una pecadora? No, lord Elric, vuestra sirvienta ha hecho bien en traerme directamente ante vos. —Fue el turno de Kendra de ser marcada por el huesudo índice del padre Oliver, y la joven empalideció tanto que Edyiva pensó que

sufriría un desvanecimiento. El cura, sin embargo, no le dedicó ni un instante más, ya que no había terminado su diatriba—. El Señor ha intercedido para que me apresurase en venir al castillo y ver con mis propios ojos lo que los aldeanos asustados me relataron esta misma mañana al tocar la puerta de la iglesia. Que habíais acogido en Bamburgh a una bruja que merecía ser quemada.

«Así que el gigante y su pequeño retoño han corrido a pedir auxilio al sacerdote», se ofuscó Edyiva. Su huida de Spindlestone se estaba complicando de manera exponencial, necesitaba alejarse del ambiente crispado de Bamburgh y ganar millas. Pese a toda la caballerosidad que había demostrado lord Elric, no se decidía a pedirle su protección para mantenerla a salvo de Wyne. Le parecía incluso frívolo importunar al señor de Northumbria con semejante asunto y, a decir verdad, una parte cautelosa de ella tenía miedo de descubrir cómo reaccionaría lord Elric al enterarse de toda la fortuna que poseía. Ya había aprendido que el dinero susurraba ideas insidiosas en las mentes de los hombres.

Rogó con todas sus fuerzas que el cura descargase su odio y se marchara pronto para que ella pudiera hacer lo mismo.

—No os hacéis una idea de cuánto me disgusta veros en semejante compañía, lord Elric.

Edyiva, que había quedado un poco escondida tras la ancha espalda del ealdorman, pudo ver cómo sus músculos se tensaban con cada frase del cura.

—Se está enjuiciando con excesiva dureza a una dama que no ha cometido ningún daño, padre Oliver.

—¿Os parece una insignificancia que haga apología de una aberración que envilece las mentes y corrompe las almas de los buenos cristianos? —porfió el religioso—. ¿Que actúa contra los designios de la Santa Madre Iglesia?

—Comprendo vuestra preocupación. Y creo que la solución que traerá la calma es bastante sencilla. —El ealdorman, que parecía tener tantas ganas de poner fin a ese encuentro como la propia Edyiva, se volvió hacia ella—. Edyiva, ¿os comprometéis a no utilizar más vuestro móvil y evitar así perturbar la paz espiritual del párroco de Saint Aidan?

«¿Qué?». ¿E ir en contra de sus convicciones de una forma tan abierta después de haber rechazado viajar con su padre por ellas?

—Me temo que me resultaría hartamente difícil concederos eso, milord...

—Edyiva...

Ignoró el tono de advertencia del ealdorman y avanzó hasta acercarse más al padre Oliver, que la miró como si fuera la portadora de la peste.

—Permitidme aseguraros que soy tan buena cristiana como cualquiera de sus feligreses, padre. Además, fue el arzobispo de Canterbury quien estigmatizó la tecnología, y no el papa Silvestre II, cabeza de la Santa Madre Iglesia.

El rostro cetrino del cura comenzó a adquirir un tono bermellón y Edyiva pensó que se ahogaría antes de hablar.

—Bien sabéis que el papa ha hecho un pacto con Satanás, es un brujo y un nigromante, igual que vos. Trata con herejes, druidas y musulmanes, y construye artefactos demoníacos. Roma queda muy lejos y, por suerte, nuestro arzobispo vela por el pueblo inglés desde Canterbury, al igual que yo lo hago en estas tierras por mi congregación.

El papa francés tenía muchos y muy vehementes detractores, y la joven estaba justo frente a uno de ellos.

—Pues el arzobispo se ha equivocado en su deci...

Edyiva sintió que la mano de lord Elric se cerraba sobre su codo antes de que el cálido aliento del caballero se derramase sobre su

oído.

—Os ruego que os detengáis, mi señora, y me dejéis defenderos a mí.

La petición la dejó en silencio por un momento y, cuando alzó la cabeza para mirarlo, se quedó perdida en sus ojos medianoche. Ni siquiera el silbido de rabia que emitió el padre Oliver consiguió que apartase la mirada de su rostro preocupado. ¿Qué clase de conexión se había establecido entre ambos que no era la primera vez que trataban de hablarse sin palabras?

—Ya veo lo que tramáis, mujer. ¿O debería llamaros súcubo? ¿Sois el mismo que atormenta al papa y que ha venido a emplear sus terribles artes en el ealdorman de Bamburgh?

—¿Súcubo? —repitió confusa.

—Cuidado, padre Oliver, no toleraré esos insultos en mi casa —le espetó lord Elric.

—Yo estoy siendo insultado, milord. Quizá debería informar al monasterio de Lindisfarne. No, ¡al propio obispo! Yo solo no puedo arrancar la semilla de maldad que hay en esta mujer. Ella debe ser exorcizada de sus demonios —concluyó mientras la apuntaba con su dedo esquelético una vez más.

—Padre Oliver, os sugiero que dejéis a un lado vuestras amenazas porque no permitiré que nadie toque un solo cabello de Edyiva de Waren. —La voz del señor del castillo era dura como el granito sobre el que se sostenía su fortaleza y, sin duda, sincera.

Edyiva, con el corazón acelerado por la protectora respuesta del caballero, observó cómo el religioso se encogía un poco ante la advertencia del ealdorman.

—¿Por qué insistís en introducir máquinas impías en vuestra morada? —preguntó con algo menos de aplomo—. ¿Acaso no sabéis que una manzana podrida echa a perder todo el cesto?

—Estoy seguro de que Edyiva ha aprendido la lección. Además — continuó lord Elric—, donaré una sustanciosa suma a la iglesia de Saint Aidan por la salvación de su alma inmortal.

El brillo fanático en los ojos del cura se convirtió en uno de pura codicia.

—¿Una sustanciosa donación, decís?

—Así es, padre.

El religioso se pasó los dedos por la barbilla, pensativo y con un color de piel que volvía a parecerse al cetrino y enfermizo del principio. Alzó la mirada y se la quedó mirando.

—Mantendré un ojo vigilante en vos, muchacha, para asegurarme de que vuestra alma descarriada de verdad vuelve al buen camino. El Señor también nos enseña que hay que predicar la misericordia y el perdón, y así han de aprenderlo mis feligreses.

«Al parecer, es más fácil ser misericordioso con las arcas llenas». Edyiva se guardó sus ácidos pensamientos, pero el cura aún no había acabado.

—Explicadme, lord Elric, ¿qué haréis con ese aparato infernal que se le ha visto utilizar sin ningún remordimiento?

El ealdorman se volvió hacia ella y extendió la mano.

—¿Me permitís vuestro móvil?

«¡No!» se reveló Edyiva, pero poner punto final a esa absurda confrontación dependía únicamente de lo que ella hiciera a continuación. Con movimientos bruscos y los labios fruncidos, le entregó su preciado teléfono a lord Elric y vio cómo desaparecía entre las ropas del caballero. Solo podía rogar por que le fuera fácil recuperarlo más tarde. No por el hecho de que el aparato se hubiera vuelto prácticamente indispensable en su día a día, sino porque era su guía para llegar a Hamptum y la última ventana de esperanza en la que podía contactarla su padre.

—Descuidad, padre. No volveréis a verlo —aseguró el ealdorman.
«Ni volveréis a verme a mí».

El padre Oliver pareció darse por satisfecho.

— —No olvidéis meter en cintura a esta mujer, lord Elric, con mano dura de ser necesario. Dejará de lado cualquier aberración diabólica y conducta depravada.

Lord Elric se anticipó a su indignada protesta y la tomó de la cintura para pegarla a su costado, sin apenas dejarle aliento para otra cosa que no fuera inspirar su masculino olor. Le dio un ligero apretón en las costillas, para que no se revoliera.

—Descuidad, me mantendré cerca de ella. Pero tampoco olvidéis, padre, que Edyiva es mi invitada y que la protegeré a cualquier coste.

—Es bien sabido que el ealdorman de Bamburgh siempre actúa como le place, sin rendir cuentas a nadie. Solo espero que no lamentéis vuestra decisión cuando llegue el día del Juicio Final. Aguardaré a recibir noticias vuestras en la iglesia muy pronto, milord —fue la agria respuesta del padre Oliver, antes de abandonar el gran salón.

Capítulo 6

Elric todavía sostenía a Edyiva de Waren de la cintura, a pesar de que la siniestra figura del padre Oliver ya había desaparecido por los portones de acceso al gran salón, y no sentía el más mínimo deseo de soltarla por el momento. Pero la joven se volvió un poco hacia él, y el ealdorman se obligó a levantar los dedos poco a poco.

—Milord, me gustaría...

—Preferiría que hablásemos en un lugar más privado, Edyiva.

Le ofreció el brazo y lo alivió ver cómo posaba su pequeña mano sobre él para que la guiase.

Avanzaron por el salón hasta llegar a una pequeña estancia donde se apilaban mapas, los libros de cuentas del castillo y otros legajos.

La dama se dirigió a él en cuanto la puerta se hubo cerrado tras ellos. Tenía el rostro algo pálido, pero su mirada violeta era firme y estaba repleta de esa suavidad que parecía capaz de alisar la roca más escarpada. Y al ealdorman le sobraban agudas aristas.

—Milord, me gustaría daros las gracias por ofrecerme vuestra protección una vez más.

—¿Por salvaros de arder en la hoguera una vez más, queréis decir?

Elric no pudo contenerse y la frente aterciopelada de la dama se frunció un poco.

—Dados los acontecimientos, sería del todo comprensible que os

replanteaseis mi permanencia en Bamburgh.

El ealdorman la miró con fijeza.

—¿Acaso os doy la impresión de querer echaros del castillo, Edyiva?

Ella tuvo el temple de sostenerle la mirada, pero sus mejillas adquirieron un suave tono rosado que lo forzó a cerrar los dedos en un puño para no acariciarla y sentir el calor que desprendía su piel.

—No, lord Elric. Pero he provocado que os enfrentéis a vuestros aldeanos y a vuestro párroco en menos de un día. Como ealdorman, no deberíais veros envuelto en...

—Como ealdorman —la interrumpió—, cumplo mi palabra. Y he jurado protegeros.

Costara lo que costase. Y Elric tenía la sensación de que, por ella, entregaría algo que no había entregado a nadie antes.

La expresión de la dama reflejó alivio mezclado con cierta inquietud y el caballero no perdió detalle de cómo su deliciosa garganta se contraía al tragar con fuerza.

—Entonces, ¿vos podríais... devolverme mi teléfono?

Edyiva había hecho una pausa apenas perceptible, pero lo suficiente como para saber que eso no era lo que iba a decir en un principio.

—¿Quién sois, Edyiva? ¿Hay algo que os inquiete?

—Solo lo inseguras que se han vuelto nuestras tierras, milord. Por eso estaría más tranquila si pudiera recuperar mi móvil.

Elric se mesó los cabellos oscuros, frustrado.

—¿Acaso eso no empeoraría las cosas? —Un suspiro escapó de los labios llenos de Edyiva, y casi consiguió distraerlo del propósito de hacerle ver que sus acciones la ponían en serio peligro, aunque logró continuar—. ¿No ha sido ese dichoso aparato lo que os ha metido en problemas? —la increpó, severo.

—Tenéis razón, desde luego. Pero os aseguro que seré infinitamente

más cuidadosa a partir de ahora. —Ante su silencio, la joven enderezó un poco la espalda—. Confío en que vuestra intención no sea hacerme rogar por algo que me pertenece, milord, porque lamento decirlo que os llevaríais una decepción.

No, no era esa la intención de Elric. Él no abusaría así de su posición, y ella no imploraría. Lo que haría Edyiva sería sentir un rechazo absoluto por el ealdorman de Bamburgh porque ese maldito pedazo de metal y cristal significaba demasiado para la joven. Aunque a él le costase tanto entender el porqué.

Elric era un buen estratega, solo tenía que dar con la manera de salvaguardarla de su propia terquedad sin alejarla de él. Y le parecía haber encontrado la solución.

—Os recuerdo que también he dado mi palabra al padre Oliver de que no volvería a tener noticias de vos con un móvil en la mano. Así que no tenemos más remedio que llegar a un acuerdo, Edyiva.

—¿Qué... tipo de acuerdo? —preguntó ella con una cautela que Elric habría deseado para otras situaciones.

—Solo podréis usar el móvil en vuestros aposentos, cuando estéis segura de que nadie más pueda veros y hacerle llegar el chisme al cura. O cuando os encontréis a solas conmigo.

—O con Garrick —apuntó la joven, y Elric apretó los dientes antes de asentir con sequedad.

Edyiva no vaciló en darle su respuesta.

—Me parece un trato justo, milord.

Le tendió la mano girada hacia arriba, con los dedos finos y elegantes extendidos hacia él en una silenciosa petición. El ealdorman sacó el móvil de entre sus ropas, pero, en lugar de depositarlo sobre la palma abierta, no pudo evitar rodear con cuidado la femenina muñeca con la mano que tenía libre y tirar con suavidad de ella para acercarla a sus labios.

—Es una promesa, mi señora —dijo sobre su piel, donde rozó ese punto tan sensible bajo el que latía el pulso de la dama.

Las ondas del temblor que recorrió el cuerpo de Edyiva lo alcanzaron de lleno y le provocaron el mismo estremecimiento. Si ella lo notó, no hizo ninguna alusión al respecto, pero sus ojos violeta destilaban un extraño brillo, entre aturrido y curioso, y Elric lamentó perder su tibieza cuando la soltó tras ese impulso.

Edyiva se colocó un mechón rubio tras la oreja en un adorable gesto de timidez, y su mirada bajó hasta recaer sobre el móvil que Elric aún sostenía sin darse cuenta, sin ser consciente de otra cosa que no fuera lo que esa mujer le hacía sentir.

Alzó el brazo para entregárselo y las chispas volvieron a saltar cuando sus manos se tocaron una vez más.

—Lord Elric. —La voz de Edyiva era aún más suave de lo normal, los dos inmersos en ese ambiente íntimo que se había creado.

Atmósfera que se vio rota por unos golpes en la puerta. Ambos volvieron las cabezas hacia la gruesa madera y parpadearon, como si no estuvieran seguros de dónde estaban.

—Adelante —cedió el paso Elric, con voz potente, cuando volvió a tomar contacto con la realidad.

Kendra entró en la estancia con las mejillas sospechosamente húmedas.

—Mi señor —lo llamó mientras se aproximaba e ignoraba por completo a Edyiva—, siento mucho interrumpiros, pero necesitaba deciros que el padre Oliver me pidió que lo condujese ante vos sin preámbulos y no vi nada malo en ello. Os ruego que me disculpéis.

Elric se sintió incapaz de amonestarla por la falta cometida al ver su rostro compungido.

—No podías saber que tu acción acabaría en un encuentro tan desagradable. Solo espero que tengas más cuidado la próxima vez.

—Lo tendré, os lo juro.

—Y seca tus lágrimas —no pudo evitar decirle, mientras le daba un ligero golpecito cariñoso bajo la barbilla.

A la joven se le iluminó el rostro y agitó un poco los labios, como si fuera a añadir algo más, pero pareció reparar en Edyiva al fin y en lo cerca que estaban el uno del otro y su cuerpo se puso rígido. Hizo una pequeña reverencia y se marchó sin despedirse.

Elric, que no era ajeno al carácter voluble de Kendra, se encogió de hombros y volvió a centrar su atención en Edyiva. Ella también parecía haber recuperado su sereno aplomo.

—No he podido evitar fijarme en que os mostráis menos tajante con ciertas acciones que con otras, lord Elric.

¿Le estaba recriminando su actitud con Kendra? El ealdorman eligió sortear el tema.

—¿Qué pensáis hacer con vuestro aparato, ahora que lo habéis recuperado? —inquirió, enarcando las cejas hacia el móvil que la dama sostenía cuidadosamente en las manos—. No es que desconfíe de vos, pero quiero estar preparado por si tengo que avisar a mis soldados.

—¿Se me permite ignorar vuestro reproche como vos habéis ignorado el mío hace un momento?

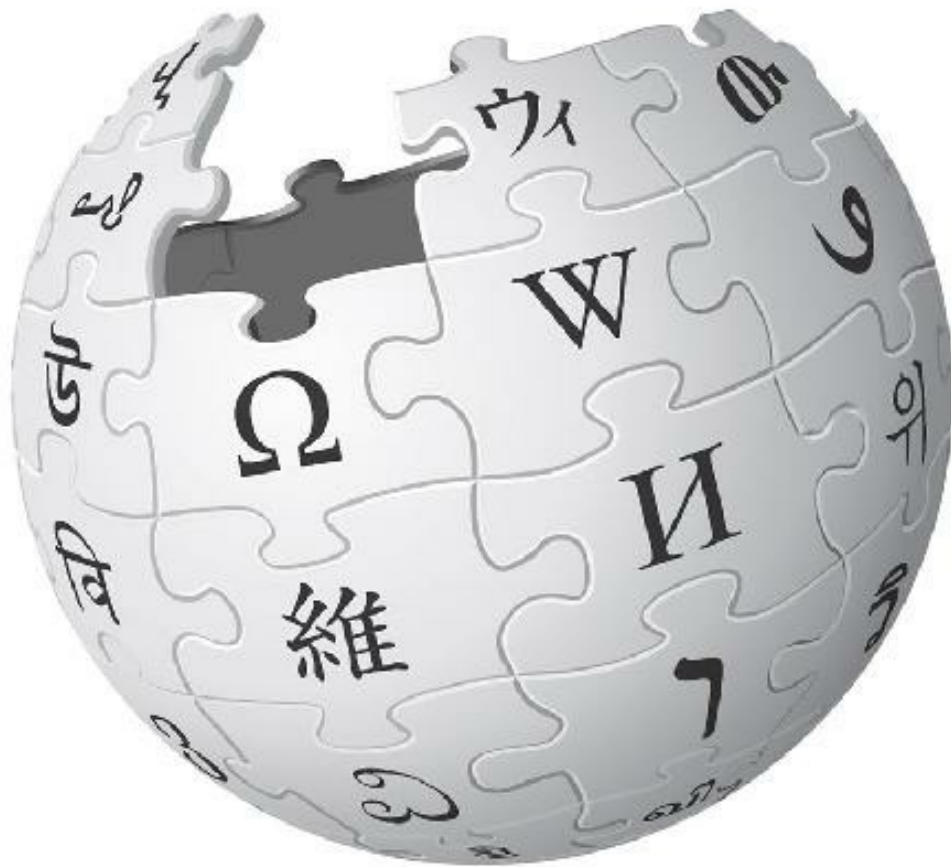
Elric se vio en la difícil tesitura de elegir entre sonreír como un bobo ante su elegante audacia o fruncirle el ceño de forma feroz por atreverse a replicar al ealdorman de Bamburgh.

Iba a optar por no mover ni un solo músculo al responder y así mantener la inalterable impasibilidad por la que era conocido, o toda la impasibilidad que pudiera fingir ante Edyiva de Waren, cuando ella se le adelantó.

—En realidad, milord, sí que desearía compartir algo con vos.

—Adelante —la animó, intrigado.

Edyiva se apresuró a pasar los gráciles dedos sobre el móvil para luego volverlo en su dirección. El ealdorman ladeó la cabeza y contempló la pantalla.



WIKIPEDIA
La enciclopedia libre

—Wikipedia, la enciclopedia libre —leyó en voz alta las palabras escritas, que no significaban nada para él.

—¡Sí! —exclamó la dama, con una sonrisa tan preciosa que Elric se habría comprometido a escribir a mano toda la maldita enciclopedia con tal de que no se apagara—. Es la fuente del saber, milord. La incertidumbre ante el próximo cambio de milenio y el miedo del clero a que el pueblo deje de ser iletrado y perder así el poder frente a la información que proporciona Internet le han hecho un flaco favor a la tecnología, pero creedme si os digo que la Wikipedia tiene respuestas a todos nuestros desvelos.

«No creo que obtenga respuestas sobre ti, Edyiva», pensó Elric, perdido una vez más en sus facciones delicadas, sus ojos de aciano y su imprevisible sinceridad. Tanto que apenas le dio sentido a su siguiente frase hasta que fue demasiado tarde.

—Por ejemplo —comentaba la joven, a la par que tecleaba sobre la pantalla—, consultaré una palabra que ha utilizado el padre Oliver para dirigirse a mí y con la que no estoy familiarizada.

Una alarma saltó en la mente de Elric e intentó detenerla.

—Edyiva, será mejor que no lo...

Pero ella le hizo un gesto con la mano para atajarlo.

—Solo quiero que veáis lo que os estáis perdiendo —adujo con soltura y colocó la pantalla bajo las narices de ambos.

El **súcubo** (del latín *succūbus*, de *succubare*, «reposar debajo») es un demonio que toma la forma de una mujer atractiva para seducir a los varones, sobre todo a los adolescentes y a los monjes, introduciéndose en sus sueños y fantasías. En general son mujeres de gran sensualidad y de una extrema belleza. A menudo, aparecen en los sueños desnudas y la víctima no puede deshacerse de ellas ni olvidarlas, incluso después de despertar.

—Oh... —fue lo único que articuló Edyiva.

Aunque la joven tenía la cabeza inclinada, Elric alcanzó a ver cómo la punta de su pequeña oreja adquiría un vivo color escarlata. Él mismo sintió, por primera vez en muchísimos años, que el calor se instalaba debajo de la barba ante su notable turbación. Por todos los diablos... ¡¿Cómo era posible que él, un hombre hecho y derecho, se ruborizase?! ¡Y sin ser culpable de nada!

—No pienso que vos seáis... Quiero decir, no es verdad que... —El ealdorman dejó las frases a medias, incapaz de expresarse.

Edyiva alzó un poco el cuello, con la cara muy roja aún.

—¡¿Cómo se ha atrevido a llamarme semejante cosa?! Creía que se trataba de algún denuesto sobre mis preferencias internautas, no sobre mi... mi persona.

Era la primera vez que Elric la veía realmente enfadada y resultaba interesante. Muy interesante.

El señor del castillo sintió un cálido cosquilleo provocador.

—Cuan... fascinante resulta vuestra Wikipedia, mi señora. ¿Seríais tan amable de mostrarme más?

Edyiva dio un respingo y lo fulminó con la mirada.

—En otro momento. Creo que ya os he entretenido demasiado, milord. Iré a ver cómo se encuentra Garrick —soltó apresurada antes de precipitarse hacia la puerta y alcanzar el gran salón.

La amplia sonrisa que se había formado en los labios de Elric se esfumó al pensar en cuándo tendría lugar ese otro momento al que se había referido Edyiva. La dama permanecería dos jornadas más en el castillo, tres a lo sumo, y sus deberes como señor no le permitirían pasar demasiado tiempo a su lado. La siguió muy despacio, caviloso, justo a tiempo para verla inclinarse sobre su pelirrojo sirviente y no pudo evitar un arrebató de placer al observar sus movimientos gráciles. Aunque esa vez la dejara marchar, el ealdorman de

Bamburgh no permitiría que se escondiera de él por mucho tiempo... ni que le ocultara cada una de las tentadoras facetas que le quedaban por descubrir.

Capítulo 7

—No trates de engañarme, Garrick. Eso no evitará que me sienta terriblemente culpable por haberte hecho abandonar Spindlestone.

—Os aseguro que mis heridas están sanando bien, perded cuidado, mi señora. Lo que me gustaría saber, si me lo permitís, es cómo os encontráis vos después de vuestro encuentro con el religioso.

Edyiva, con el rostro todavía sonrojado, se sentía azorada. Y confundida... Y atraída sin remedio hacia Elric de Bamburgh, pero no podía decirle nada de eso a Garrick.

—No es la primera vez que un hombre del Señor insiste en rescatarme de un pecado que no he cometido. —Trató de restarle importancia al asunto, pero la mirada poco convencida de su sirviente la impulsó a ser más precisa—. Aunque el padre Oliver ha sido el más exaltado e insultante de todos. Y su intervención, sin duda, ha acarreado las peores consecuencias.

—Se os ha prohibido usar el teléfono, ¿verdad?

La joven asintió con furia, dispuesta a explicarle a Garrick las limitadas ocasiones en las que podría utilizarlo, cuando fue consciente del número de sirvientes que trajinaban a su alrededor para llevar a cabo las tareas del castillo, así como de la presencia del propio lord Elric, quien la observaba desde una distancia prudencial con una expresión extraña. No deseaba arriesgarse a que la

escuchasen siquiera hablar de móviles, ni mucho menos meter en más problemas a su sirviente.

—Debemos ser sensatos y acatar los deseos de lord Elric en lo referente a ese tema —dijo en voz alta, para todo aquel que quisiera oírlo. Luego dirigió unas cuantas y elocuentes miradas al pedazo de tela donde sabía que Garrick guardaba el otro terminal, con la esperanza de que su sirviente captase sus intenciones de comunicarse con él de manera furtiva—. Hablaremos más tarde, ahora subiré a mis aposentos para descansar.

Desde allí podría contarle por WhatsApp acerca del trato al que había llegado con el ealdorman, sin tener que preocuparse por medir sus palabras.

—Garrick.

El rapaz pelirrojo, que había estado mirando arrobado cómo su señora desaparecía por las escaleras de la torre, dio un respingo antes de girar la cabeza hacia Elric con visible cautela. Al ealdorman le recordó a algún animalillo del bosque que olfateaba el peligro, dispuesto a salir corriendo ante el cazador. Solo que Garrick ya estaba herido y sin ninguna vía de escape.

Por un momento, Elric casi sintió lástima de él y sopesó alejarse, pero verlo hablar con Edyiva le había hecho recordar que el sirviente también disponía de un móvil y no necesitaba más problemas en Bamburgh. No había escuchado a la dama decir ni una palabra del acuerdo al que habían llegado, así que lo haría él mismo. A Garrick tampoco le estaría permitido utilizar el teléfono excepto en contadas situaciones. Con esa idea en mente, se aproximó al camastro y se agachó frente al joven.

—Supongo que ya imaginas el propósito con el que vengo a ti.

A Garrick se le escapó una mirada de reojo al morral de arpillera

medio desgastada que reposaba en el suelo, junto a ellos.

—Creo saberlo, lord Elric —respondió en voz baja—. Mi señora me ha dicho que debo acatar vuestros deseos en lo referente a ese tema.

—Así es —repuso Elric—. Como ealdorman de Bamburgh, no puedo permitir que un objeto que causa semejante alboroto se use sin control —concluyó, aliviado por su cooperación después de tratar con su testaruda señora.

Lo que no se esperaba fue lo que ocurrió justo después, cuando el chico estiró el brazo para agarrar el morral y se lo tendió. Solo los largos años de experiencia como señor de Northumbria consiguieron que mantuviera un gesto impertérrito mientras aceptaba el saquito, sin comprender nada.

—A riesgo de resultaros impertinente, milord, os diré que a mí también me parece lo más seguro para mi señora que vos custodíes ambos móviles en estos momentos.

Ahí estaba la clave. Garrick pensaba que no le había devuelto el móvil a Edyiva tras pedírselo delante del padre Oliver, y también le entregaba el otro terminal para evitar futuros altercados.

—¿Se trata de un objeto de su propiedad? —inquirió el noble al cabo de un momento.

Garrick asintió con la cabeza una sola vez.

—Mi señora Edyiva me lo confió, aunque vos haréis mejor trabajo.

Elric ya lo sospechaba, puesto que un siervo no disponía de los onerosos recursos que suponía la posesión de un móvil. Pero confirmarlo, ser de nuevo testigo de la confianza con la que la dama trataba a su sirviente, empañó con creces el buen humor que había sentido unos minutos antes, durante su conversación con Edyiva.

En un impulso, cerró con fuerza la mano sobre el morral y se puso en pie.

—Lo guardaré hasta que lo estime oportuno, por lo que no debes

malgastar esfuerzos en tratar de recuperarlo antes —ladró con esa voz autoritaria y fuerte que no admitía réplica, antes de salir del gran salón y rodear el patio de armas para dirigirse a la armería con paso decidido.

Una vez dentro, se escabulló tras lanzas y escudos como un niño que acababa de hurtar una galleta de las cocinas, miró a ambos lados para asegurarse de que estaba solo y sacó el móvil del ajado saquito. Lo sostuvo con mucho cuidado, ya que sus manos le parecían demasiado grandes y rudas en comparación con ese rectángulo escurridizo, y expulsó el aire con fuerza por la nariz.

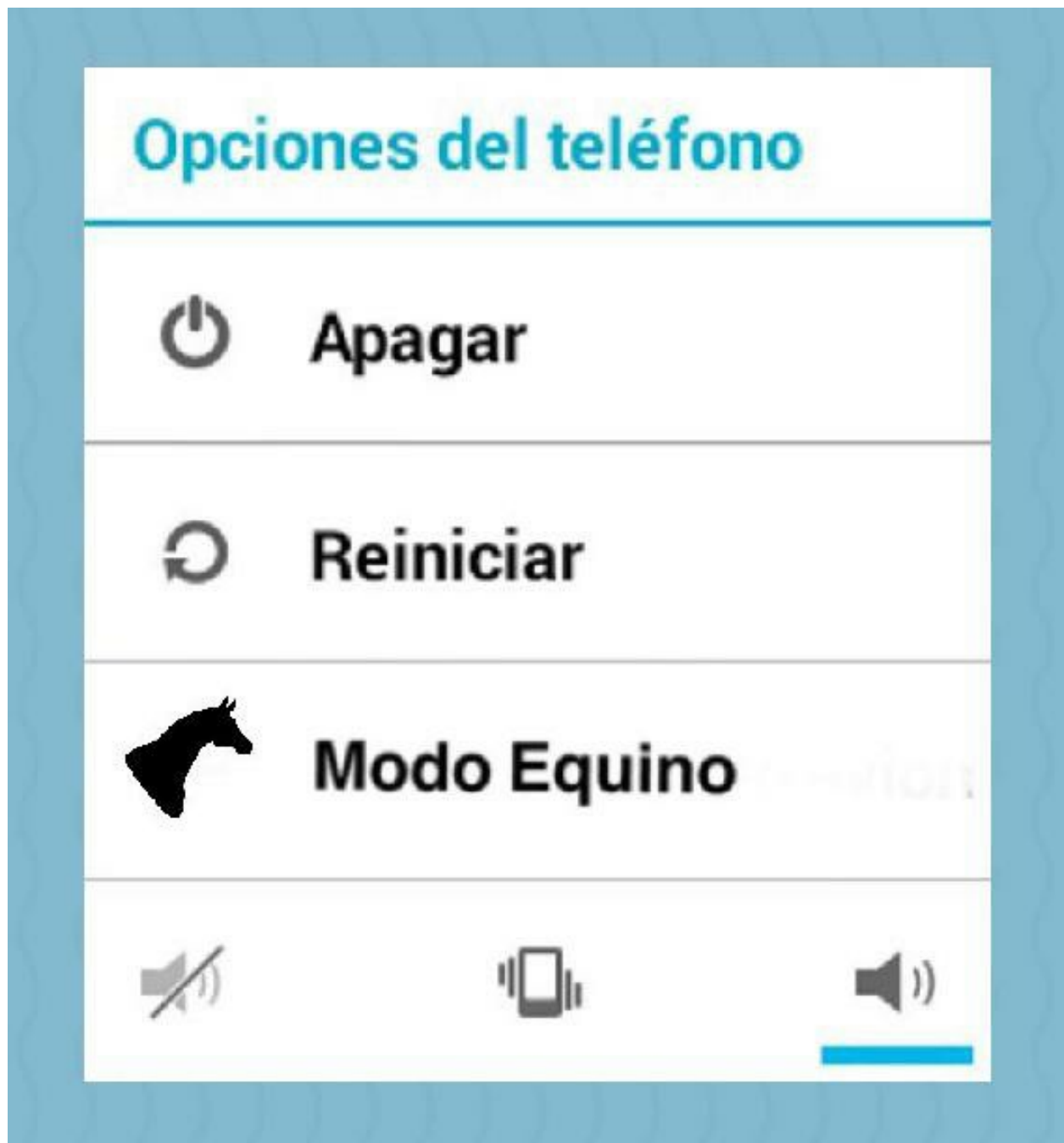
Tras su arrebató, no tenía ni idea de qué hacer con aquella cosa estrambótica, pero tenía que admitir que lo hacía sentirse más cerca de Edyiva. Que le complacía saber que lo tenía él en lugar de que estuviera en manos de su sirviente. Quizá probaría encenderlo.

La parte delantera era lisa por completo, y casi lo suelta de golpe al ver su propio reflejo en color negro, que le devolvía el ceño fruncido con mucha más nitidez que en el costosísimo y diminuto espejo de cristal que un mercader enamorado le había entregado a Kendra meses atrás. Incómodo, y sin encontrar ningún botón que pulsar, lo giró para estudiar la parte trasera. Allí se topó con una imagen un tanto curiosa.



Los pocos vikingos que llegaban a las tierras de Northumbria para comerciar aseguraban tener en su poder cuernos de unicornio, que debían ser consumidos en polvo en las comidas y bebidas para evitar envenenamientos y obtener una próspera longevidad. ¿Por qué estaría Edyiva interesada en semejante animal? Elric se encogió de hombros, pues no iba a obtener respuesta para su pregunta en esos momentos, y continuó con la búsqueda de cualquier cosa que activase el artilugio. Al pasar los dedos por los laterales, halló unas

protuberancias que bien podría pulsar. Probó las de la izquierda sin resultado y mantuvo apretado el pulgar sobre la de la derecha otro buen rato hasta que el móvil vibró en su mano y la luz de la pantalla se encendió, para dar paso a una complicada elección.



No quería apagar el condenado teléfono. Tampoco le serviría de nada seleccionar el modo equino, fuera lo que fuera aquello. Aunque se sentía tan torpe que no le extrañaría que Atlas pudiera manejarlo con más destreza que él. Frustrado, comenzó a mover el dedo hacia la palabra «reiniciar».

Se detuvo en seco al notar una presencia en la armería.

—¿Quién anda ahí?

—Soy yo, mi señor.

Jessen, cuyos cabellos eran de un tono rubio claro muy parecido al de su prima, apareció tras unas mazas de púas afiladas.

—¿Ocurre algo? —preguntó mientras movía la mano hacia la espalda para que el teléfono no quedase tan a la vista de su segundo al mando.

—Necesitamos vuestra presencia en la muralla Oeste para supervisar las defensas de las almenas.

—Acudiré de inmediato —asintió.

Porque eso era lo que debía hacer como ealdorman de Bamburgh. Reforzar su fortificación ante la elevada posibilidad de un ataque danés, no andar jugando con máquinas que ponían a prueba su temple. Cogió el ajado morral de arpillera de Garrick para guardar el teléfono dentro, sin volver a echarle siquiera una ojeada, pero Jessen lo detuvo.

—¿Me permitís un consejo, milord?

Elric hizo un gesto afirmativo con la cabeza, a la espera.

—No es recomendable guardar el móvil con la pantalla desbloqueada. Podrías tener algún percance, como llamar a alguien sin querer o borrar algún archivo que deseéis conservar.

El caballero parpadeó. Varias veces.

—¿Acaso sabes manejar un móvil?

—Solo algunos principios rudimentarios —contestó Jessen, con una

sonrisa ufana.

—¿Por qué no tenía conocimiento de ese hecho? —gruñó entre dientes.

—Nunca habíais mostrado interés por ese tema, hasta ahora. —La respuesta fue directa y sincera. Era innegable que la tecnología jamás había atraído su atención... antes de Edyiva—. Simplemente, pensé que no sería mala idea tener unos conocimientos básicos que podrían sernos útiles en una época complicada como la que atravesamos —continuó Jessen, para luego elevar las cejas hacia el ealdorman de forma significativa—. Y creo que vos estáis sumido en pleno... torbellino.

Elric apretó los puños, furioso por resultarle tan transparente a ese majadero, pues era obvio que el torbellino al que se refería era la enloquecedora mujer que se hallaba alojada dentro de sus muros. Por suerte, recuperó enseguida su vena práctica y llegó a la conclusión de que Jessen le sería más provechoso con los dos ojos bien abiertos que con uno hinchado y del color de los cardos.

Se conocían desde hacía demasiados años y la lealtad de su segundo al mando era tan firme como la roca sobre la que se asentaba el castillo. Ambos habían servido como escuderos del anterior ealdorman de Bamburgh, el padre de Elric, cuando ninguno de ellos se elevaba más de cinco palmos del suelo y sus brazos y piernas eran flacos como astillas de madera. No se habían separado desde entonces.

Con un resoplido, alzó la mano que sostenía el teléfono para ponerlo frente a las narices de Jessen.

—Ilústrame con tu sapiencia, pues.

Jessen levantó los brazos a su vez, horrorizado.

—¡Cuidado! ¡No toquéis nada! —exclamó mientras se acercaba con lentitud, como si Elric sostuviera un caldero lleno de brea hirviendo

que podría derramarse en cualquier instante, en lugar de un pequeño trasto electrónico.

El ealdorman se quedó congelado como una estatua de sal hasta que Jessen tomó el móvil por los laterales con escrupulosa meticulosidad. El hombre estudió un rato la pantalla antes de dar su veredicto.

—Podéis olvidaros del modo equino. Algunos caballos se espantan con el sonido de un mensaje o de una llamada entrante, por lo que esa opción deja el dispositivo en silencio. Pero dudo que Atlas se desboque por un *wasap*. —Elric cabeceó, absorbiendo la información—. Sin embargo, será mejor que no pulséis ni apagar ni reiniciar, mi señor, a no ser que conozcáis el código de desbloqueo para introducirlo una vez que haya vuelto a encenderse.

Jessen lo miró con aire dubitativo y el cuello del ealdorman osciló hacia los lados esa vez, a modo de negativa. ¿Se suponía que tenía que saber un condenado código? Sintió un incómodo pinchazo en las sienes al pensar en el desaguizado en el que se había metido él solo, con una pequeña ayuda de Garrick.

—En ese caso, será mejor que salgamos de aquí —murmuró el caballero rubio.

Elric miró en derredor, confundido. ¿Salir a dónde? ¿Qué tendría que ver el móvil con abandonar la armería? Pero Jessen no se movió ni un milímetro, sino que tocó el borde de la pantalla, fuera del recuadro donde aparecían las opciones que le había explicado, y luego deslizó el dedo sobre ella en diagonal, igual que si apartase un bicho molesto que hubiera caído sobre el cristal.

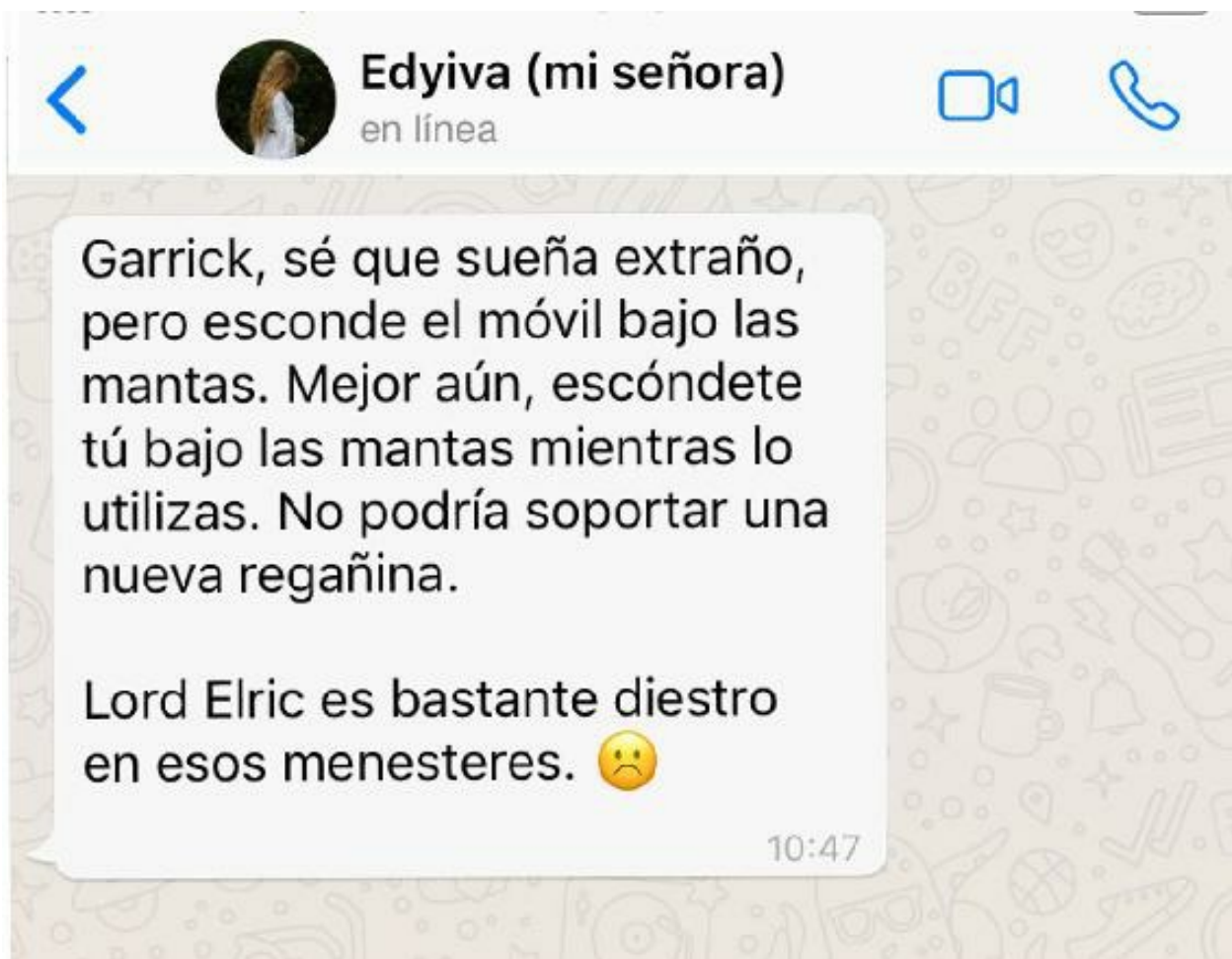
—Sois afortunado, milord. Podéis acceder al móvil cuando se os antoje, ya que carece de contraseña.

—¿Tan simple como lo que acabas de hacer? —volvió a interesarse Elric con rapidez.

—Comprobadlo vos mismo. Podéis bloquearlo y desbloquearlo así.

Jessen pulsó el mismo botón en la parte derecha que había pulsado él, pero por un lapso de tiempo mucho más corto, y la pantalla se quedó en negro. Luego volvió a presionar el lado derecho y pasó el índice sobre el teléfono antes de devolvérselo a Elric.

El ealdorman repitió los mismos pasos y no tardó en coger soltura y experimentar un absurdo sentimiento de orgullo... Hasta que el móvil zumbó de una forma extraña y estuvo convencido de que lo había roto. Ese sobresalto no fue nada comparado al que siguió después, cuando vio un mensaje brotar en la parte superior de la pantalla.



El ealdorman de Bamburgh esbozó una sonrisa torcida y se giró hacia Jessen. El destino acababa de darle la oportunidad que había pedido para conocer más en profundidad a Edyiva de Waren, y él bien podía utilizarla.

—Creo que no nos llevará demasiado tiempo que me enseñes a enviar y responder *wasaps*.

Capítulo 8

Edyiva, tumbada cuan larga era encima de la enorme cama con dosel de la habitación Granate, tamborileaba con las uñas sobre la barbilla, a la espera de una contestación a su *wasap*.

Comenzaba a preocuparse, y casi podía visualizar que el inocente Garrick era pillado *in fraganti* mientras leía su mensaje y, luego, condenado a arder en la pira por brujo, igual que su señora. Solo que él no tendría su buena estrella y no se libraría con tanta facilidad.

Ya se disponía a bajar de un salto de cama, cuando vio la palabra «Escribiendo» en la ventana de conversación y exhaló un suspiro de alivio.

Escribiendo... Escribiendo... Escribiendo...

Que se convirtió en uno impaciente.

Escribiendo... Escribiendo... Escribiendo...

Que pasó a ser un suspiro irritado.

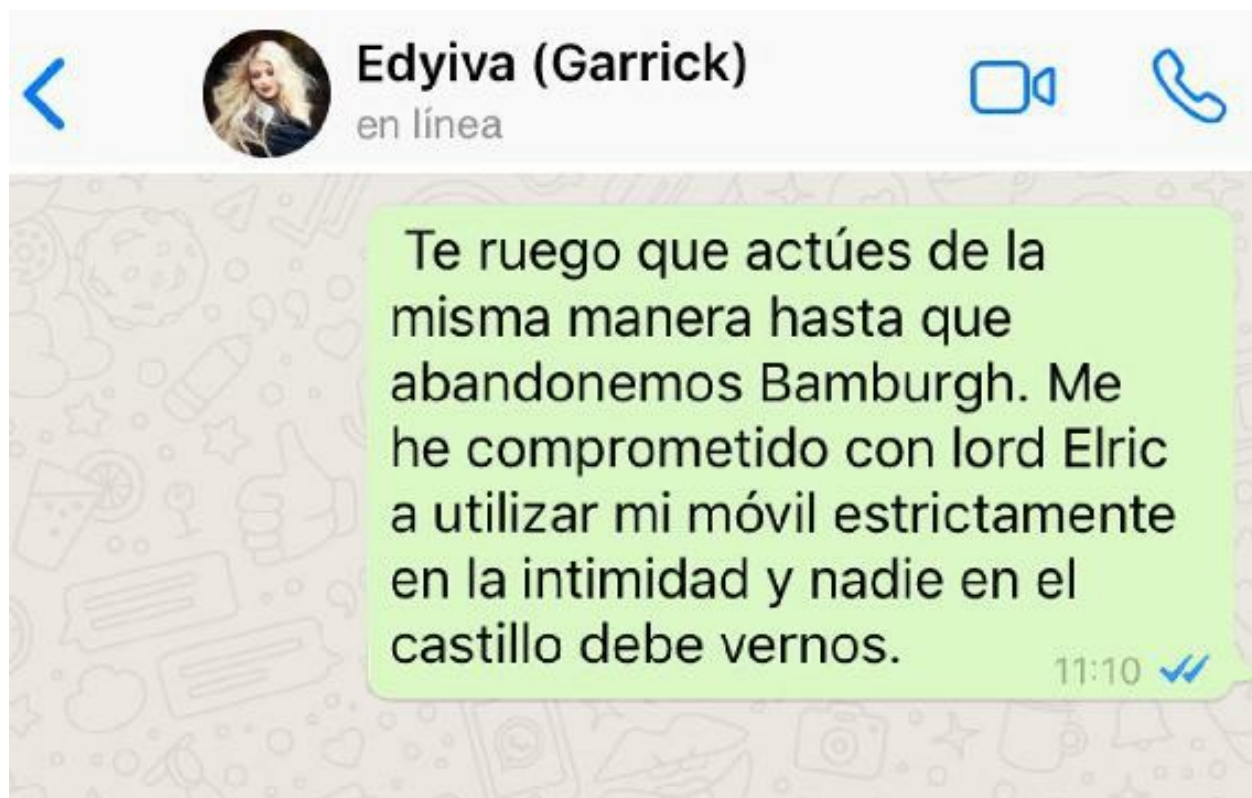


¿Saludos? ¿Eso era todo lo que había alcanzado a escribir en tres largos minutos? Edyiva dirigió los pulgares a las letras del teclado, pero Garrick no parecía haber terminado.

Los mensajes fueron entrando después de lo que le pareció una eternidad.



Los dedos de Edyiva volaron sobre la pantalla.



Volvió a esperar un rato al siguiente mensaje.



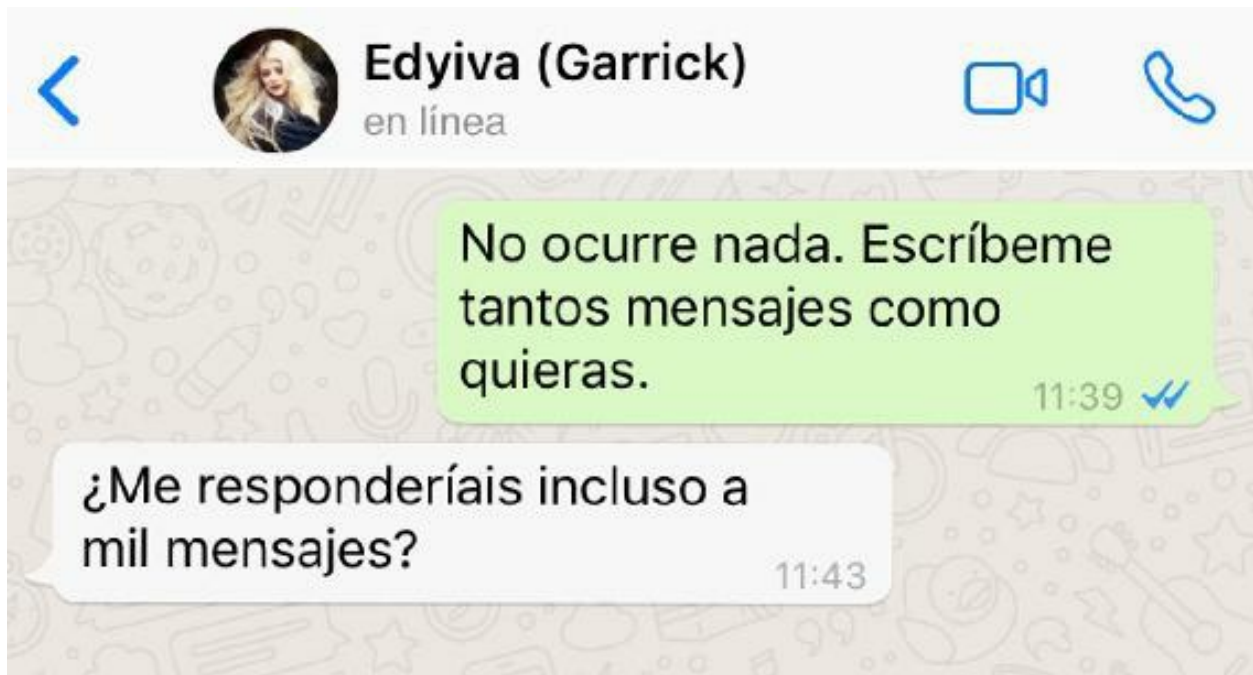
A la joven le sorprendió un tanto la pregunta, pero no tardó en dar su respuesta.



Edyiva frunció el ceño ante la continua vibración del aparato.



Garrick parecía un tanto extraño. Luego recordó el golpe que había sufrido en la cabeza, y se recriminó por no ser más comprensiva.



Definitivamente, el golpe lo había afectado.

Escuchó un ruido y puso el móvil boca abajo de golpe. Por suerte, los fantasmas no salían durante el día, pero alguna criada podría entrar en la estancia, por lo que mandó un último mensaje a Garrick.



No esperó una respuesta que, estaba segura, tardaría varios minutos en llegar. Guardó el móvil en el saquito colgado de su cinturón, se acicaló un poco y descendió la empinada escalera de la torre para aproximarse a Garrick. Estaba desmadejado en el jergón, con los ojos cerrados y el aspecto de no haber cambiado de postura en siglos. Incluso roncaba un poco. Desde luego, era muy bueno en aparentar que no acababa de usar un teléfono.

Seguía algo pálido, así que Edyiva decidió dejarlo descansar y se acomodó en una de las recias sillas de madera que ardían frente al fuego, no muy lejos de su sirviente. Colocó las manos en el regazo y trató de pensar en algo que hacer para pasar el tiempo. No podía usar la *app* para diseñar bordados. Repicó en el suelo con la punta del pie. Tampoco leer desde el móvil, aunque había dejado *Beowulf* en el momento más interesante, cuando el héroe se enfrenta a la temible Grendel. Emitió una tosecilla y miró a su alrededor. Ni siquiera podía

poner un poco de música agradable para animar el ambiente, como un excelente concierto de cítara con el que había dado gracias a las recomendaciones en las redes.

La joven llegó a la conclusión de que no sabía muy bien cómo enfrentarse a los días que le restaban en Bamburgh desprovista de Internet...

Sus pensamientos, libres de cualquier distracción, se centraron de nuevo en lord Elric. En su mirada oscura y en la forma en la que había conseguido que se le erizase la piel solo con rozarla. Era un disparate dejar que cualquier sentimiento romántico aflorase, puesto que el señor de Northumbria se casaría con una mujer de alcurnia, que le aportase una provechosa alianza política, mientras que ella regresaría a su tecnológica vida en Spindlestone. Eso sin mencionar la bochornosa escena que había protagonizado ante él con la Wikipedia. Quizá el ealdorman rehuyera su presencia hasta su partida.

Y, sin embargo, nada pudo impedir que la mente de Edyiva imaginase a lord Elric enfundado en una brillante armadura de plata mientras se enfrentaba a dragones por ella, como en las grandes gestas, para después reclamar un dulce beso a su dama.

Se sofocó con la simple fantasía de tener a lord Elric inclinado sobre sus labios, sus alientos mezclados, a punto de tocarse... y lamentó no tener ninguna referencia previa que la permitiera saber qué ocurriría después. Wyne había intentado besarla una vez, y el rechazo que le produjo fue más fuerte que la curiosidad por descubrir la sensación de unir su boca a la de un hombre.

Recordar al mercenario consiguió traerla de vuelta a la realidad y la hizo rogar por que hubiera decidido buscarla en la dirección opuesta a Bamburgh y no tuviera que volver a verlo hasta no hallarse a salvo junto a su padre.

Cuando toda aquella desastrosa situación acabase, le pediría a Cuthbert de Waren que pagase la deuda que lord Elric había contraído con el padre Oliver por ella. Si pudiera, la propia Edyiva acudiría a Bamburgh para entregárselo, y así vería sus ojos de medianoche una última vez.

Capítulo 9

La jornada transcurrió para Edyiva con lentitud y tranquilidad a partes iguales, algo de lo que no había disfrutado en los últimos tiempos. El ealdorman de Bamburgh no acudió al almuerzo en el gran salón, ya que estaba ocupado en la muralla Oeste, según le transmitieron los sirvientes mientras la acomodaban en la enorme mesa, pero la acompañaría durante la cena.

La comida fue frugal puesto que, durante cuarenta días, desde el 15 de noviembre hasta Nochebuena, la cristiandad rechazaba los excesos, como carnes y pescados, para recibir de manera apropiada a la Navidad.

Tras la sencilla comida de Adviento, consistente en unas gachas y algunas hortalizas, pasó más tiempo con Garrick, a quien tuvo que amonestar en un momento de la conversación.

—Mi señora, os he hecho caso a vos y a lord Elric sobre los móv.. — había comenzado a decir el joven.

—¡Shh! —lo había interrumpido ella, llevándose un dedo a los labios con gesto severo.

Después de aquello, su sirviente se había limitado a mirarla con compasión, sabedor sin duda de lo extraño que se le antojaba pasar tanto tiempo desconectada de sus perfiles *online*.

Kendra llegó a media tarde para una nueva cura y Edyiva se sintió

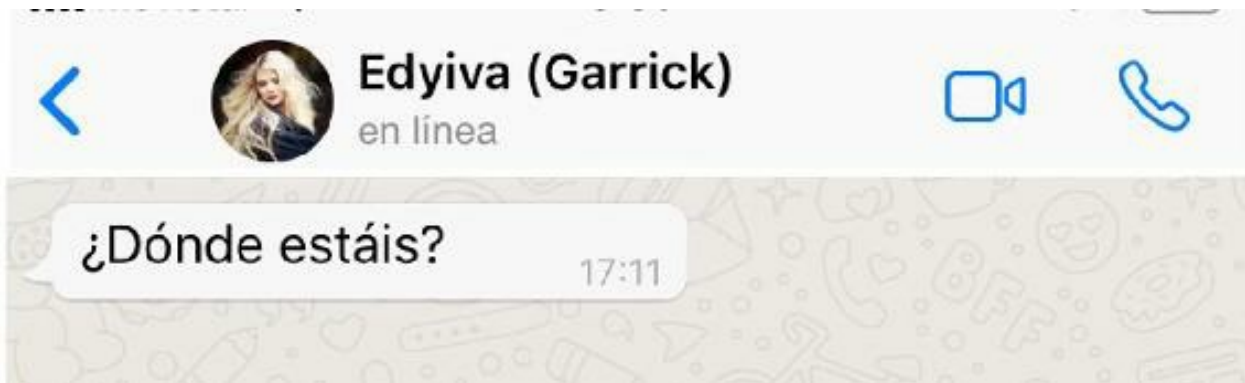
bastante incómoda, tanto por las miradas aceradas de la mujer como por el hecho de que su sirviente tuviera que deshacerse de algunas prendas, por lo que decidió ir a por su capa y dar un corto paseo fuera de la torre del homenaje.

Nunca dejaría de maravillarse ante la hermosa dureza de la fortaleza, tan parecida a la de su señor. La noche anterior no había podido discernir bien sus detalles debido al ocaso envuelto en tormenta que los había acompañado al atravesar las murallas, pero en esos momentos se embebió de las gráciles formas de la capilla, la sombra protectora que proyectaba la torre sobre el suelo adoquinado y las estrechas aspilleras en los muros, que dejaban ver un horizonte de mar batiente.

Edyiva se sentía rebosante de energía, por lo que decidió rodear las cocinas, un edificio achaparrado y acogedor, anexo a la torre del homenaje, y se dio de bruces con una grata recompensa. Se trataba de un espacio rectangular de tierra, que había sido dividido en dos para diferenciar el espacio entre un huerto bien abastecido y un pequeño jardín pintado con los delicados colores de las flores de invierno. El amarillo de los narcisos, el púrpura de los brezos y el blanco prístino de las rosas de Navidad.

Sin dudar un instante, Edyiva se adentró en aquel pequeño reducto de paz y no fue consciente del paso de las horas hasta que notó la vibración en la cintura.

Se aseguró de que no hubiese nadie cerca de ese lugar apartado y leyó el *wasap* de Garrick.



Edyiva se apresuró en teclear.



A Edyiva le resultó un tanto extraña la rotunda respuesta, pero encogió un hombro y ya se disponía a informar a Garrick de que regresaba al gran salón cuando se percató de que había olvidado algo muy importante y cambió el texto del mensaje a su sirviente.



«¿Halcón?» Elric leyó por tercera vez la palabra para asegurarse de que el desasosiego que había sentido al no hallar a Edyiva de Waren en ninguna parte de la torre del homenaje no le hubiera jugado una mala pasada. Lo primero que se le había pasado por la cabeza era que el padre Oliver había cambiado de opinión y había regresado al castillo. Por fortuna, un rayo de lucidez se hizo hueco entre sus pensamientos más negativos y tuvo el tino de busca un poco de intimidad antes de enviar un *wasap* a la dama con sus recién aprendidas técnicas.

El que Edyiva estuviera en el jardín que había mandado plantar su abuela en lugar de encontrarse atada a una estaca en llamas parecía un mejor desenlace a sus temores, pero Elric sabía que, con el descenso drástico de las temperaturas, el hielo podía quemar igual que el fuego.

Mascullando un juramento, salió a grandes zancadas del gran salón sin entender absolutamente nada. Cuando creía que podría disfrutar de un poco de calma, la dama cambiaba los móviles por halcones, nada menos. ¿Cómo era posible? No había captado ni un mínimo

indicio de que hubiera un ave de presa domesticada en las inmediaciones, y ni hablar de dentro de la fortaleza.

Rodeó el muro de las cocinas en tiempo récord y atisbó un destello de un color rubio clarísimo a un metro escaso de él. La dama se había cubierto con la capucha, pero algunos mechones flotaban como hebras de plata que se le hubieran escapado a la Luna. Elric se acercó con mucho sigilo, sin poder contener el hormigueo de anticipación previo a captar su esencia y asomarse a los matices de sus ojos violeta.

Cuando estuvo lo bastante cerca, se inclinó para susurrar en su oído:

—No sabía que os interesaba la cetrería, mi señora.

La joven dio un gritito y giró tan rápido hacia él que la capucha cayó y dejó su rostro al descubierto para que Elric pudiera regalarse con sus dulces facciones, incluso a pesar del sobresalto. Pero Edyiva siempre era dulce, como un singular azúcar del que lamer hasta la última pizca.

—Lord Elric, no imaginaba que vendríais vos en persona a buscarme. —Sus palabras salieron entrecortadas, y Elric habría jurado que la mirada femenina se fijaba en sus labios un segundo antes de desviarse hacia algún punto sobre su hombro.

Por toda respuesta, el caballero estiro los brazos para tomar los extremos de la capucha y volverla a tapar con suavidad. Al soltar la tela, dejó que el dorso de su mano rozase intencionadamente la mejilla derecha de Edyiva, y ella llevó su propia palma al lugar donde la había tocado.

Solo entonces se percató el ealdorman de una cosa que había pasado por alto.

—Ni siquiera lleváis el guante —la reprendió con el rostro muy serio.

—Oh, eso es porque me lo he quitado para utilizar el móvil —respondió, antes de mostrarle un fino guante de cabritilla—. ¿Veis?

—¿Eso es lo que usáis con vuestro halcón?! —exclamó, más enfadado por momentos. Las afiladas garras podían atravesar la tela hasta llegar a la tierna carne de Edyiva en cuestión de segundos.

—¿Mi halcón? —repitió ella, sin dejar de echar ojeadas confundidas del guante a él.

—¿Acaso no cuidáis de uno? —Lanzar la pregunta había sido todo un reto a su paciencia.

—No. Bueno, sí, pero... ¡Aah! —La tentadora boca de la dama se abrió de puro entendimiento y a Elric se le desbocó el pulso ante la sola fantasía de explorar su cálido interior—. De ahí vuestra extraña pregunta sobre la cetrería.

«¿Extraña?». ¿Era él quién hacía preguntas extrañas?

Su frustración se fue al cuerno al verla sonreír.

—Garrick os lo ha explicado mal. Me temo que se trata de otra de mis extravagancias, milord —confesó, antes de enseñarle el móvil—. Es mi mascota virtual.



CANUTO III

Nivel 5

Halcón peregrino
Macho
2 años y 8 meses

¿Qué deseáis que haga Canuto?

- ★ Comer
- ★ Dormir
- ★ Volar
- ★ Jugar

¡Enhorabuena!

Tenéis una mascota muy sana ✓

—Cuando era niña y le pedía una mascota a mi padre, él siempre se burlaba de mí diciendo que cualquier animal en mi posesión acabaría siendo salvaje y desaliñado, al igual que los vikingos. Por eso el nombre de mi halcón solo podía proceder de las tierras del Norte — le confío, antes de fruncir su adorable nariz en una mueca entre pícara y cómplice que le hizo arder la sangre—. Me ha costado bastante pasar de nivel. Por razones evidentes, estos días no había

podido prestar atención a Canuto, por lo que he aprovechado estos instantes de calma en el jardín para cuidar de él.

Elric se mesó los cabellos, vencido, excitado y desesperado por besarla.

—Parecéis jugar con mi cordura de muchas maneras, mi señora — murmuró con voz ronca, antes de recobrar el control y alejarse un paso—. Será mejor que regresemos a la torre.

Edyiva asintió y aceptó su brazo, por completo ajena a la vorágine que rugía dentro del ealdorman.

—Vuestro hogar es muy hermoso, lord Elric.

Aquella frase espontánea y sincera consiguió que sus labios se curvasen.

—Soy un hombre afortunado. Cualquiera podría ser feliz aquí.

«Vos podríais ser feliz aquí». El pensamiento le produjo una sensación de vértigo y no resultó nada fácil empujarlo a un lugar lejano de su mente.

—También sois un hombre con tremendas responsabilidades — continuó ella. Elric solo se encogió de hombros, pues no tenía nada que argumentar ante esa realidad—. No he podido evitar darme cuenta de que vuestro caballo se llama Atlas.

—Solo un titán condenado a cargar con el peso del mundo podría soportar mi corpulencia. —Trató de burlarse, pero el rostro de Edyiva mostraba una tierna seriedad.

—Yo creo que sois vos quien carga con el peso del mundo. Al menos, de Northumbria, y os admiro por ello.

Elric volvió a sentir el vértigo, el impulso de abrazarla para no volver a soltarla jamás, pero fue incapaz de expresar nada.

Alcanzaron el gran salón demasiado pronto. El calor de la chimenea en contraste con el frío nocturno, el ajetreo de sus hombres en lugar del silencio y el olor a comida en lugar de flores frescas lo hicieron

desear dar media vuelta hacia el jardín. Sobre todo, para seguir disfrutando de la compañía de Edyiva para él solo. Como no era posible, se aproximó a la mesa de banquetes con ella aún prendida de su brazo.

Jessen se acercó con premura y realizó una elegante reverencia.

—Mi señora Edyiva, siento no haberme presentado antes ante vos como os merecíais, pero las circunstancias no me lo permitieron.

—Soy yo quien debe agradeceros la pronta ayuda que le prestasteis a Garrick —repuso Edyiva, envuelta en su sutil elegancia.

No tardaron en sentarse a la mesa, con Elric a la izquierda de la dama y Jessen a su derecha. A pesar de que el ealdorman deseaba continuar con la charla que habían mantenido en el exterior, su segundo al mando pareció decidido a acaparar la conversación.

—Decidme, mi señora, puesto que el tiempo de Adviento está a punto de tocar a su fin, ¿dónde vais a pasar las festividades? Apenas quedan cuatro días para la Natividad.

Por fortuna, Jessen no podría haber escogido mejor pregunta, ya que él también ansiaba conocer la respuesta. Por su postura rígida, en cambio, resultaba evidente que Edyiva no sentía el mismo entusiasmo en tratar ese asunto.

—Me gustaría decir que en mi hogar, en Spindlestone. Pero me temo que será en Hamptum.

—¿Hamptum? —se alarmó Jessen. Tal y como se sentía él desde que la había escuchado pronunciar semejante insensatez—. Es un viaje prolongado y no exento de riesgos. ¿No podríamos convencerlos para que os quedaseis a las celebraciones de Bamburgh?

—Os aseguro que nada me honraría más. Pero debo reunirme con mi padre.

No añadió ninguna otra explicación, y a Elric se le antojó extraño que estuviera tan dispuesta a hablar con libertad sobre anécdotas de

su pasado con su padre, pero que callara respecto a su presente.

—¿Y si dierais aviso a vuestro padre de que os encontráis bajo la hospitalidad de lord Elric y fuera él quien se uniera a nosotros? — insistió el caballero.

—Me temo que no es posible, mi señor —respondió ella para zanzar el diálogo con voz tensa—. No tengo más remedio que partir en cuanto mi sirviente se haya restablecido. Lo que espero que ocurra de un momento a otro.

La afirmación de la joven era tajante, pero, si existía una certeza para Elric, esa era que no permitiría que Edyiva de Waren pusiera rumbo al Sur, aunque tuviera las horas contadas para impedirlo.

Más tarde, cuando todos se retiraron a sus aposentos, Elric se acomodó sobre la monstruosa cama y escribió un *wasap* con lentitud.



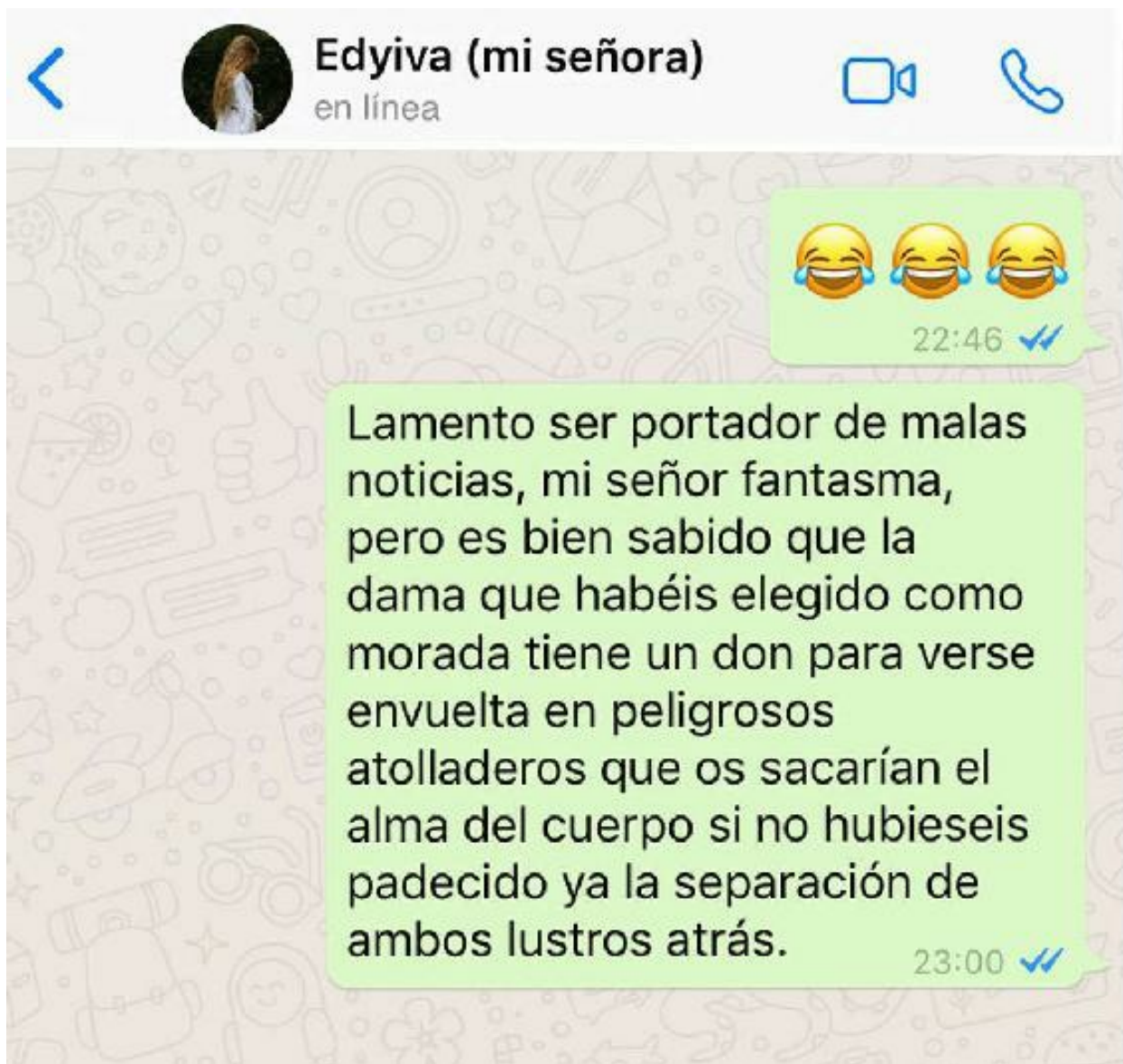
Las respuestas de la dama llegaban siempre con una rapidez pasmosa.



«¿Qué?».



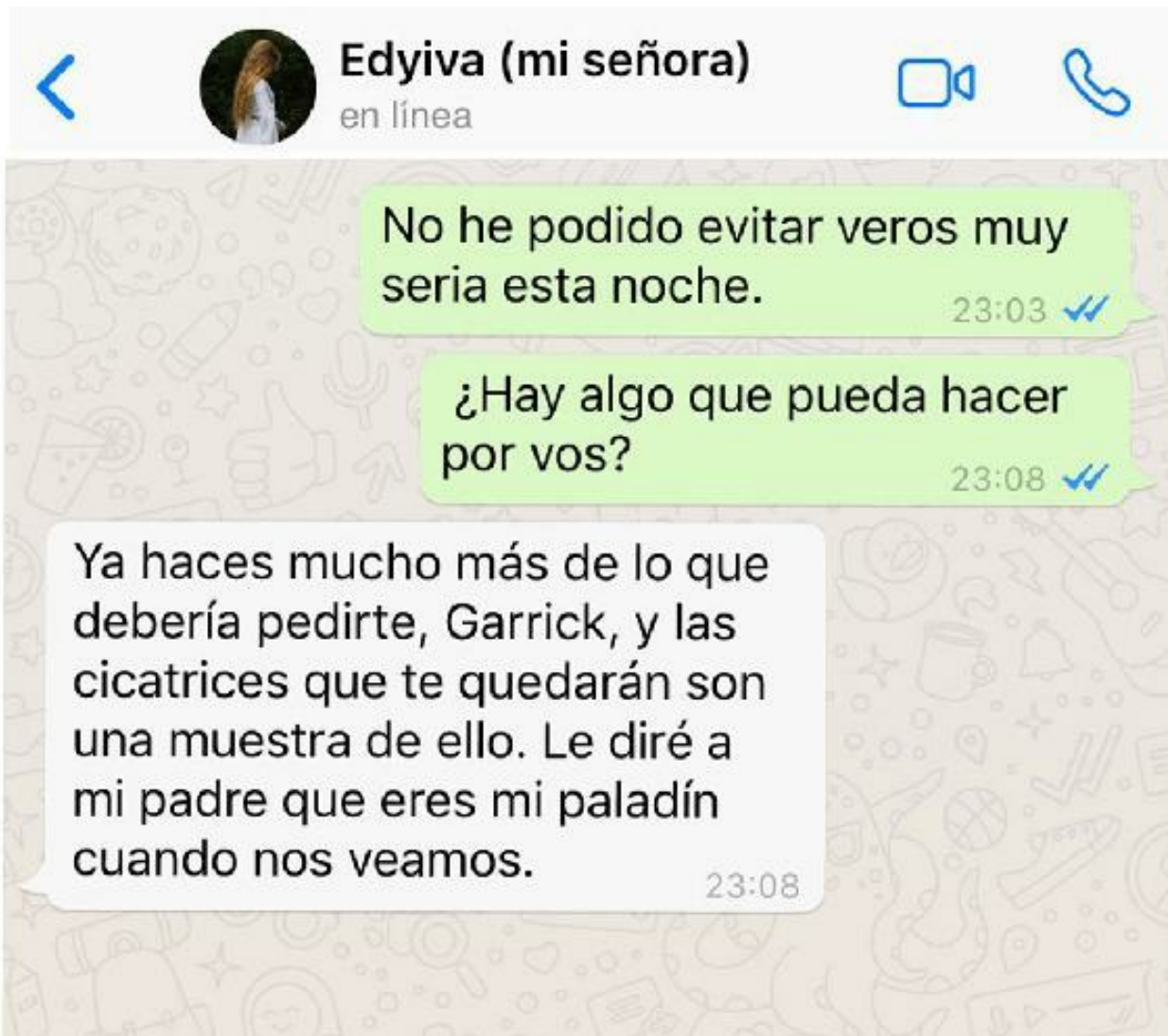
A Elric le llevó un buen rato buscar los emoticonos adecuados para representar el ladrido de risa que se le había escapado.



Al caballero le pareció escuchar su risa cristalina y conjuró la imagen de su hermosa bruja tendida también entre las sábanas en la habitación contigua, con los cabellos revueltos y los labios entreabiertos por la diversión. Tuvo que apelar a cada gramo de autocontrol para no derribar la puerta de madera y devorarla a besos.



El que Edyiva creyera que hablaba con su sirviente atemperó un poco su pulso acelerado y le recordó la razón por la que le había escrito.



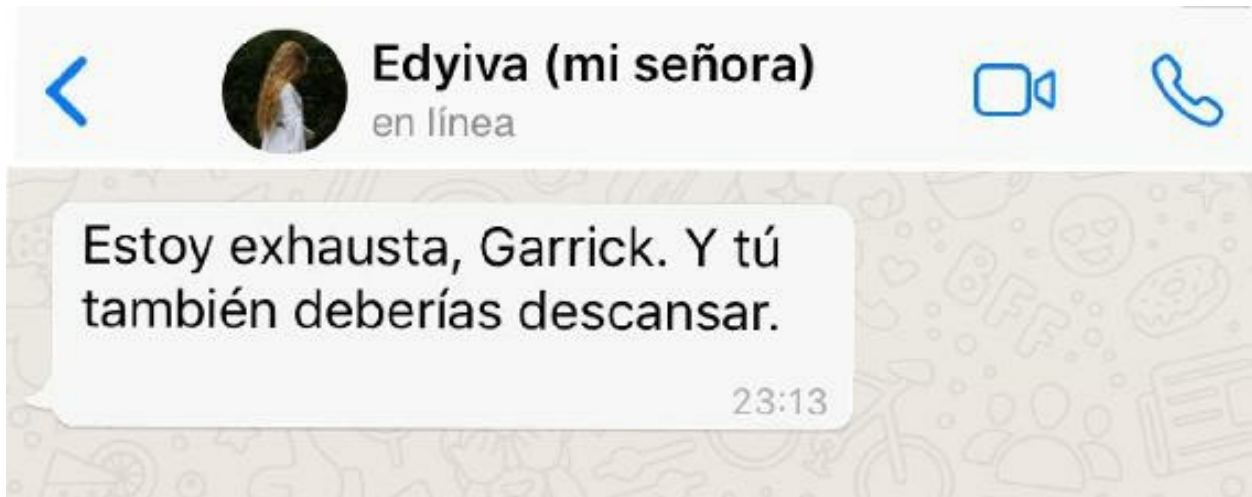
Elric sintió ganas de romper algo.

La dama le había dado pie para que le hiciera más preguntas sobre su padre, pero no deseaba usar una treta tan sucia. Una cosa era sentir un placer culpable al intercambiar mensajes inocentes con ella, y otra muy distinta provecharse de que Edyiva creyera estar hablando en total confianza con su leal criado. Además, quería que Edyiva se refugiase en él, en lord Elric de Bamburgh, por voluntad propia. No se conformaría con menos.

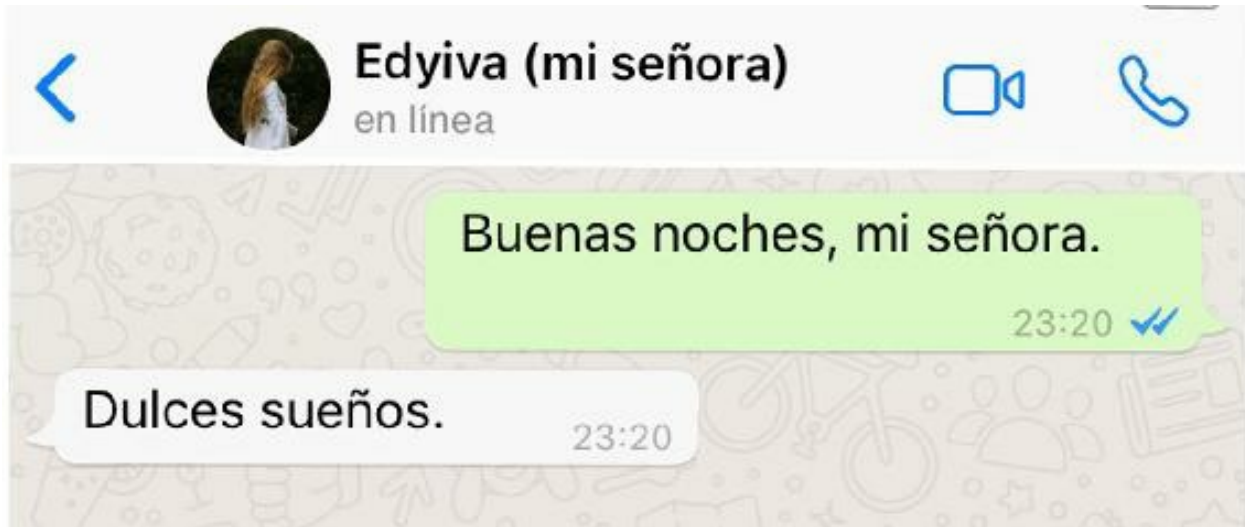
Tecléo una respuesta.



Aguardó su reacción con las mandíbulas apretadas.



Decepcionado, Elric expulsó el aire que había contenido.



Lo serían, si Edyiva de Waren estaba en ellos.

Capítulo 10

Edyiva contaba los segundos que pasaban entre el romper de una ola y otra sobre la gruesa arena de la playa. Esa pausa carente de sonido en la que se detenía el tiempo, antes de que el agua golpeará con mayor fuerza el suelo justo después. Quizá su estancia en Bamburgh fuera igual que esa pausa, un breve respiro antes de abalanzarse sobre la realidad. Pero la marea era inexorable, y la obligaría a chocar contra su destino al día siguiente.

Había pasado otra noche en vela. Aunque Jessen no había vuelto a presionarla sobre sus próximos pasos en lo que restó de cena, había hecho crecer las profundas raíces de incertidumbre que la acosaban desde la desaparición de Cuthbert de Waren, y había conseguido que anhelara algo fuera de su alcance. ¿Cómo sería celebrar la Navidad y el incierto cambio de milenio junto a su padre y lord Elric? ¿Junto a las dos personas con las que se sentía más segura en el mundo? Incluso el propio Garrick había afirmado que lord Elric la ayudaría, en su conversación por WhatsApp la noche anterior.

Pero nunca sabría las respuestas, al igual que desconocía lo que se encontraría en Hamptom si conseguía llegar sana y salva al Sur.

Se había sentido tan asfixiada por sus pensamientos y por las cuatro paredes de su habitación que, al despuntar el alba, se había escabullido por la puerta de Saint Oswald y había rodeado el

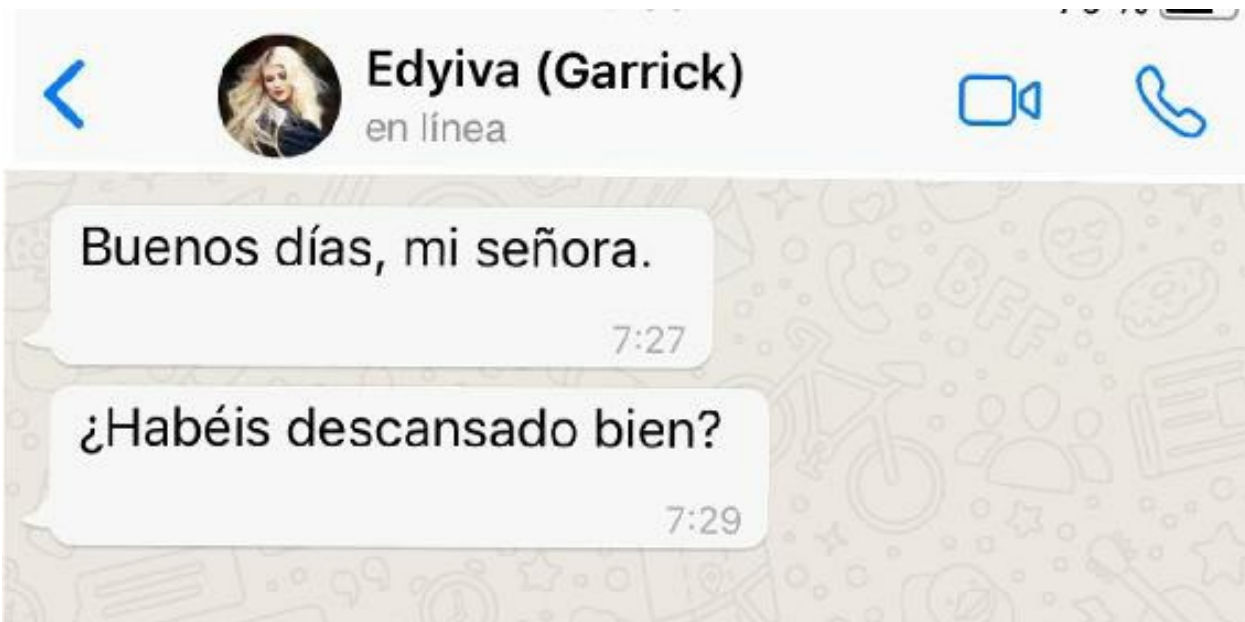
descomunal peñasco de granito hasta saludar al mar, aunque estaba segura de que ni su sirviente ni lord Elric lo aprobarían. Una vez allí, no le sorprendió encontrar un pequeño muelle y una embarcación del ealdorman de Bamburgh amarrada a él, pero no pudo evitar, como le ocurría a menudo, dejar volar su imaginación hasta verse embarcada en ella para navegar hasta Tierra Santa y encontrar a su padre.

Con un suspiro extenuado, miró el móvil, a sabiendas de que no tendría el mensaje que esperaba. Había tratado de ser optimista, pero Cuthbert de Waren había temido demasiado al apocalipsis milenarista y estaba convencido de que el 1 de enero tendría lugar el «Efecto 1000», y todas las tecnologías dejarían de funcionar por culpa de su pecaminosa naturaleza hasta quedar destruidas, igual que sus dueños. No le escribiría.

Preso de la angustia, abrió el chat de conversación con Garrick.



Diez pasos a la derecha. Diez pasos a la izquierda. Esa fue la secuencia que tuvo que esperar, mientras sus pies dejaban huellas en la arena, hasta que el teléfono zumbó.



Era posible que Garrick no se encontrase con demasiadas fuerzas y tratase de evitar darle una negativa rotunda, así que se conminó a no presionarlo. Hablarían las cosas con más calma cara a cara. Lo que hizo fue pulsar el icono de la cámara y tomarse un *selfie*.



Edyiva (Garrick)

en línea

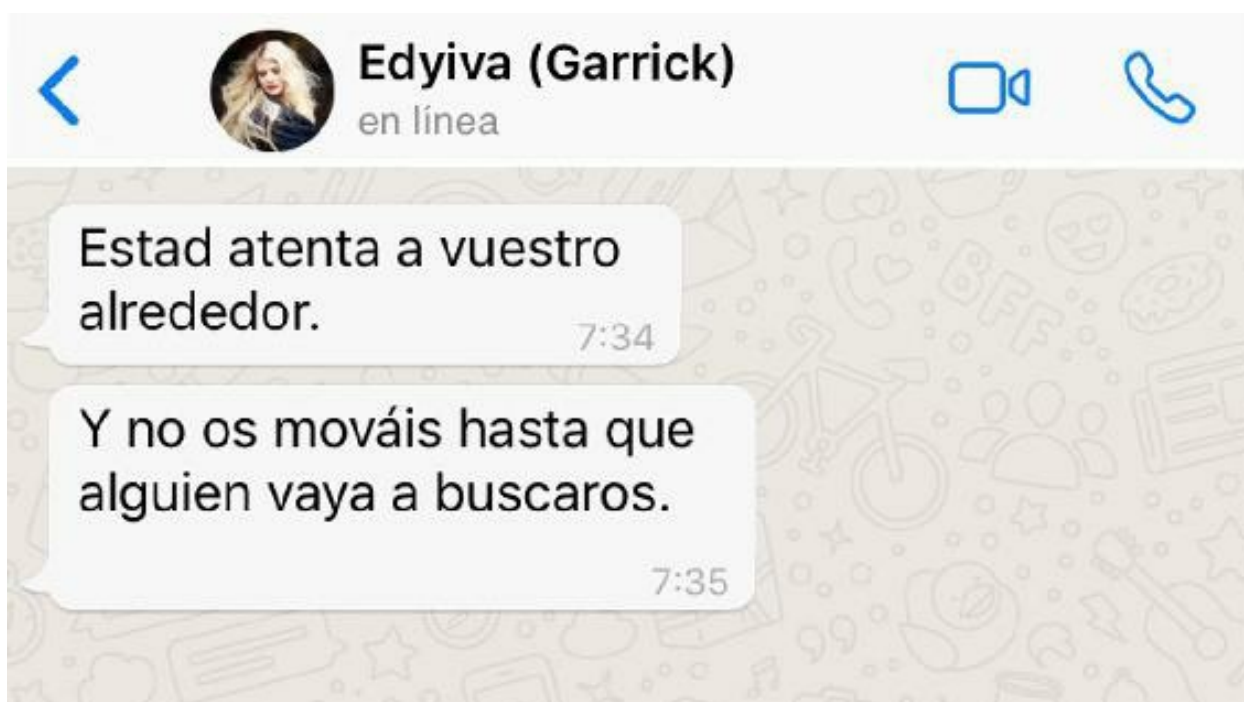


Hace un día espléndido. 🌞 🌊

7:31 ✓✓



Edyiva envió un simple «sí» y recibió la respuesta más rápida que hubiera escrito Garrick en los últimos días.



Edyiva miró la pantalla, extrañada ante esa protectora orden.

Supuso que el tratar a Garrick como a un hermano le daba la libertad de comportarse como tal en ciertas ocasiones. Optó por ignorarlo y continuó con su paseo a la orilla del mar, pero lo bastante cerca de la puerta de acceso a la fortaleza como para acudir allí con rapidez y pedir auxilio en caso de necesitarlo. Se dejó llevar por el graznido de las aves y el rumor del océano, ensimismada en sus pensamientos, hasta que unas botas negras se interpusieron en su línea de visión y le cortaron el paso.

—Por los clavos de Cristo... ¡¿Cómo se os ocurre salir sola del castillo?!

Edyiva fue alzando la vista, muy consciente de lo que iba a encontrar, y no se detuvo hasta dar con los ojos de lord Elric, negros y brillantes como el ónice.

¿Acaso Garrick había perdido la sesera? ¿Por qué, de entre todas las personas que se encontraban en la enorme mole de piedra, tenía que enviar a buscarla al mismísimo ealdorman de Bamburgh precisamente? ¿Por segunda vez? Un hombre que, además, debía considerarla una niña atolondrada, pues muchas veces la trataba como tal. Igual que estaba ocurriendo en esos momentos.

Todo en él, desde su airada pregunta hasta las mandíbulas y puños apretados con rigidez, transmitían con claridad el hecho de que no estaba nada contento con su decisión de traspasar los muros de la fortaleza.

Poco importaba. Ella tampoco estaba de humor como para tratarlo con fino tacto si aparecía de repente hecho un basilisco.

—No creía ser prisionera de Bamburgh, milord —replicó, incisiva—. Los soldados apostados en la barbacana no me dieron ningún alto.

Lord Elric apretó aún más los puños.

—No les di ninguna orden para que os disuadieran de abandonar el

castillo porque no imaginé que tuvierais el poco tino de hacerlo y quedar a merced de quien quiera haceros mal.

Edyiva adoptó la misma postura rígida que él.

—Partiré de Bamburgh mañana mismo. Corregidme si me equivoco, pero tal acción conlleva abandonar el castillo.

—Que os marchéis de mi hogar está por verse —rebatió el ealdorman—. Sería más seguro para vos y para quienes os rodean que no os dejéis ver hasta que haya cambiado el siglo.

La expresión en su rostro orgulloso impulsó a Edyiva a ponerse de puntillas sobre la blanda arena y apuntarlo con el dedo.

—La única forma en la que podríais convencerme de permanecer aquí sería poniéndome unos grilletes.

—Os ruego que no me deis ideas, Edyiva... —respondió lord Elric a la par que se acercaba, lo que provocó que la mano alzada de la joven chocase contra su pecho sin querer. Por alguna razón, el ambiente había cambiado. El contacto con el hombre y el tono bajo de su voz consiguieron que dejase de notar la gélida brisa que soplaba desde el océano hasta colarse entre sus ropas. Sin estar segura de qué hacer a continuación, dirigió la vista a las botas negras del caballero una vez más.

El ealdorman no se apartó. Al contrario, pareció que incluso se colocaba más cerca para rozarle la barbilla con los dedos y conseguir que alzase la cabeza para mirarlo.

Sus ojos oscuros ya no resultaban intimidantes a causa del enfado, sino que la perforaban con un brillo cálido y preocupado.

—¿No vais a contarme por qué deseáis emprender este viaje con tanto fervor? O, mejor dicho —rectificó—, ¿por qué no deseáis en absoluto permanecer en Bamburgh?

Si lord Elric supiera lo equivocado que estaba... Pero Edyiva tan solo negó con la cabeza a modo de respuesta, sin atreverse a decir nada

por temor a confesar demasiado.

El caballero emitió un quedo suspiro y apartó la mano de su rostro. El movimiento provocó que el frío volviera con más intensidad y Edyiva deseó poder buscar refugio en sus brazos.

—En ese caso, me temo que debo escoltaros de vuelta al castillo, Edyiva.

La oportunidad de sincerarse había pasado y la joven se esforzó por recomponerse.

—Regresemos, pues. No quiero distraeros de vuestros muchos deberes, lord Elric. —Sujetó el bajo de su vestido azul, al que se habían aferrado diminutos cristales de arena, y echó a andar sin girarse para ver la gran sombra que proyectaba lord Elric sobre la playa. Ni la manera en la que los cabellos negros se agitaban a causa del viento impregnado de salitre. O la forma en la que los labios del caballero se curvaban al pronunciar con cuidado palabras como su nombre.

Capítulo 11

—**P**artiremos mañana.

Edyiva lanzó esas palabras a Garrick sin apenas mirarlo, enfada aún por la desafortunada elección que había hecho su sirviente al buscar ayuda en lord Elric, y subió hasta la habitación Granate con paso rápidos y resueltos. Allí permaneció durante casi todo el día, excepto por una breve visita al jardín de invierno y su silenciosa aparición a la hora del almuerzo. No estaba interesada en saber si el ealdorman y Garrick habían vuelto a aliarse para posponer su marcha. O si, por el contrario, Garrick había preparado sus exiguas pertenencias. Tampoco se aproximó a él para preguntarle la razón por la que su rostro lleno de pecas tenía una expresión de absoluto desconcierto cada vez que ella pasaba cerca del camastro y lo fulminaba con la mirada. Solo quería acabar con aquello cuanto antes.

Cuando llegó la hora de dormir, Edyiva se arrebujó entre las sábanas, dispuesta a pasar otra noche de insomnio acosada por preocupaciones y espectros. Ya estaba bien entrada la madrugada y había conseguido dar una pequeña cabezada, cuando el móvil vibró con fuerza sobre la mesita de madera en la que lo había dejado tras revisar sus redes sociales y notificaciones, hasta que no quedó ni un solo aviso en rojo que le causara desazón. Sin querer depositar demasiadas ilusiones en que fuera un mensaje de su padre, la joven

sacó el brazo de debajo de las mantas y sintió la mordedura del frío cuando lo estiró para hacerse con el aparato y desbloquear la pantalla.

No había nada. Ni llamadas ni cualquier tipo de texto.

Extrañada, entró en Whatsapp, Gmail, Twitter, Facebook... Todo lo que fuera susceptible de mostrar notificaciones, incluso en el icono de mensajes SMS, pero no tenía ninguna. Se frotó los ojos, un poco llorosos por la falta de sueño y los destellos de la pantalla iluminada, para revisarlo todo una vez más, pero no encontró una solución lógica a la vibración.

Se incorporó un poco más en la cama y se echó la larga trenza que se había hecho para dormir por encima del hombro izquierdo a la vez que suspiraba, no sin cierto dramatismo. Entonces, se percató de las sombras informes que parecían moverse a los bordes de la cama, con su negrura acentuada por el potente haz de luz del móvil. Hubiera jurado que una de ellas se arrastraba hacia ella y Edyiva comenzó a temblar sin poder controlarlo, a la vez que su aliento condensado se escapaba en nubes cada vez más densas a causa de la temperatura glacial de la estancia. Allí había espíritus.

El móvil se apagó y la joven soltó un chillido asustado al verse sumida en la más absoluta oscuridad. Manoteó sobre las sábanas, donde había dejado caer el teléfono, hasta que dio con él y seleccionó la opción de linterna para apuntar a los tenebrosos rincones como si de una espada se tratase.

Ya entendía perfectamente lo que había ocurrido. Por primera vez en sus dieciocho años de vida había sentido una vibración fantasma en el móvil. Pero tenía sentido, puesto que la habitación Granate era famosa por sus espectrales moradores.

Se persignó, temerosa de que alguna de las almas en pena que vagaban por Bamburgh quisiera comunicarse con ella por WhatsApp,

y le costó un segundo decidir qué hacer a continuación.

Bajaría al gran salón y se aovillaría en una silla junto al camastro de Garrick hasta el alba.

Sin apagar la linterna, descendió con escasa gracia de la cama a causa de las prisas. Se calzó unos finos escaarpines que le había prestado una de las doncellas para caminar sobre la mullida alfombra de la habitación y se echó la capa de pieles para cubrir un prístino camisón blanco, también prestado.

Abrió la pesada puerta y se adentró en el pasillo, en el que se alternaban charcos de luz anaranjada procedentes de las teas de luces LED sujetas a la pared, con pozos de auténtica negrura en los que daba la impresión de que uno caería al vacío con solo dar un paso.

Fue en uno de esos últimos tramos donde se dio de bruces con una figura que le arrancó un nuevo grito espantado, a pesar de su solidez.

—Edyiva —la llamó la voz profunda de lord Elric, que contenía su propia dosis de oscuridad, a la vez que la aferraba por la cintura para evitar que perdiera el equilibrio—. Os he oído gritar desde mi habitación, ¿os encontráis bien?

Ella se abrazó a su cuello en respuesta, con el corazón acelerado.

No, sin duda el ealdorman de Bamburgh era de carne y hueso, y exudaba un poder que la debilitaba. Lo sentía en las manos fuertes que tocaban su cuerpo, incluso en el mismo aire que los rodeaba.

—Estáis temblando —murmuró el caballero contra su pelo, antes de empezar a trazar círculos con las palmas sobre su espalda, para hacerla entrar en calor—. Decidme qué ha ocurrido.

—He sentido una vibración fantasma en el móvil —confesó ella, con la cara aún enterrada en las ropas del ealdorman.

—Una... vibración fantasma —repitió el caballero, sin dejar de acariciarla.

—Sí. El móvil ha despedido un poderoso zumbido, pero no había ninguna notificación en él, ¿comprendéis?

—Mhm. —Lord Elric emitió un ruido afirmativo con la boca y una de sus manos acunó la nuca de la joven para acariciarle el cabello—. Imagino que os habréis asustado mucho.

Edyiva ya no temblaba a causa del frío, sino que estaba estremecida por el tierno contacto de lord Elric. Estar en sus brazos era aún mejor de lo que había fantaseado aquella misma mañana, a salvo de cualquier cosa humana o invisible, y bajó la guardia por completo.

—Desde luego, milord, por eso me dirigía al gran salón para dormir con Garrick.

Todo movimiento por parte del ealdorman se detuvo como si hubiera pulsado una palanca.

—¿Qué habéis dicho? —demandó saber con un tono acerado que no creía haberle escuchado antes.

Edyiva utilizó los antebrazos para apartarse un poco del torso del ealdorman y mirarlo.

—Iba a bajar al gran salón porque...

No le dio tiempo a formular la frase completa. El caballero gruñó una maldición y la alzó en brazos sin la más mínima dificultad, a pesar de la pesada capa y sus generosas curvas.

—¡Lord Elric! ¿Qué estáis haciendo? —exclamó mientras se revolvía contra él.

—Voy a llevaros a un lugar más cálido, iluminado y... privado, donde podamos hablar.

—Soltadme inmediatamente, soy perfectamente capaz de andar —exigió, sin entender cómo el hombre atento de unos segundos antes se había transformado en una especie de salvaje.

—No soñéis con que os suelte, mi señora. Ya no.

Sus palabras enviaron un diminuto rayo por su espina dorsal, y

Edyiva se aferró más a su cuello en un acto reflejo mientras avanzaban una serie de pasos y traspasaban un umbral cuya puerta se cerró casi sin ruido. Estaba tan concentrada en descifrar el significado de lo que acababa de oír que apenas notó dónde se encontraban hasta que lord Elric se inclinó y la depositó en el suelo.

Un descomunal fuego rugía en una chimenea tallada en piedra con complicados relieves, igual que debería haber ardido el suyo si no hubiera olvidado remover las ascuas, y las llamas iluminaban una habitación de claro corte masculino, con un arcón del que asomaban espadas y cotas de malla, y el lecho más grande que Edyiva hubiera visto jamás.

—¿Me habéis traído a vuestros aposentos? ¿Acaso habéis perdido el juicio? —lo acusó con el rostro cubierto de rubor.

—¿Y vos pensabais bajar al gran salón vestida así? —le recriminó a su vez, con la respiración agitada.

Él estaba envuelto en unas calzas y una túnica arrugadas y algo torcidas, como si se las hubiera puesto a toda prisa.

—Llevo una capa perfectamente decente, milord —se defendió, muy digna.

—Doy fe de que vuestro camión también lo es, mi señora. Excepto por un detalle.

«¿Qué?». Edyiva inclinó la cabeza para mirar el lugar del que lord Elric no parecía ser capaz de apartar la vista y ahogó una exclamación. Durante el forcejeó en el pasillo, las pieles debían de haberse abierto y dejaban al descubierto gran parte de su torso y sus extremidades inferiores, y sus senos se marcaban con perfecta claridad contra la delicada tela de lino.

Se giró a toda prisa, tan avergonzada que no se creía capaz de enfrentar al ealdorman.

—Debería abofetearos.

—Podéis enfadaros, mi señora, o mostrar vuestros miedos... siempre que sea conmigo.

La voz sonaba tan cerca de su espalda que Edyiva dio un respingo, pero no se volvió.

—¿Qué sandeces estáis diciendo? —preguntó, en cambio.

—Miradme, Edyiva.

—No haré tal cosa —se negó—. Vos no deberíais aprovecharos de mi debilidad y yo no debería permanecer aquí.

Cuadró los hombros, lista para salir por la puerta, aunque tuviera que regresar a la habitación Granate, cuando la sincera petición de lord Elric la paralizó.

—Os ruego que no os vayáis.

Edyiva tenía la absoluta certeza de que el ealdorman de Bamburgh no necesitaba rogar por nada... Pero estaba rogándole a ella. Escuchó un sonido familiar, como el de un montón de tela que cae al suelo, y contuvo la curiosidad a duras penas.

—Sé que os sentís abochornada por mostraros así ante mí, pero os aseguro que ahora estáis en superioridad de condiciones.

Lord Elric apenas había terminado de hablar cuando apareció en su campo de visión tras rodearla. Su torso, ancho y lleno de cicatrices, estaba desnudo y la joven se llevó una mano a la boca a causa de la impresión.

—¿Os habéis vuelto loco?! —graznó, intentando no mirarlo.

—Así es —dijo él, antes de tomar su mano y dirigirla a su propio pecho, donde Edyiva pudo sentir el corazón del caballero latir a toda velocidad bajo la piel—. Casi he perdido la cordura cuando me habéis dicho que os presentaríais en el gran salón para dormir con vuestro sirviente. Vestida como una diosa pagana y con vuestros hechiceros ojos violeta todavía nublados por el sueño.

Las rodillas de Edyiva amenazaban con dejar de sostenerla en

cualquier momento, impactada por su arrolladora declaración.

— ¿Estáis insinuando que...?

— Que soy vuestro, Edyiva —murmuró como una plegaria, antes de inclinarse sobre sus labios.

Capítulo 12

Su caballero de medianoche. Así había sido desde que lo conoció, cuando llegó a ella amparado por las sombras, bajo el oscuro manto de la Luna Nueva en un crepúsculo sin estrellas.

Aunque no lo hubiera aceptado en aquel momento, Edyiva había sabido que, en su vida, siempre habría un antes y un después de lord Elric de Bamburgh. Entregarle a él su primer beso, sin embargo, era algo que solo se había atrevido a soñar. Muy pronto iba a descubrir si sería gentil o si, por el contrario, dejaría libre esa fuerza indómita que habitaba en él.

El caballero mantuvo su mano derecha presa, apretada contra el corazón guerrero que pulsaba de forma rítmica pero apresurada, y alzó el brazo que tenía libre para apoderarse su larga trenza y tirar de ella con suavidad. Lo hizo mirándola a los ojos, muy despacio, para que Edyiva supiera con claridad cuáles eran sus intenciones y tuviera la oportunidad de detenerlo.

Lo que hizo la joven fue dar un único paso al frente, que unió sus cuerpos, y posó la mano izquierda en el hombro musculoso y desnudo con expectante timidez.

Lord Elric emitió un quedo gemido y, por fin, posó sus labios sobre los de Edyiva con infinita ternura, como si se tratase de algo muy preciado que necesitara atesorar. La sensación también la desbordó a

ella, le erizó la piel y colmó su pecho, y la hizo desear más.

Lord Elric se lo dio.

Le inclinó ligeramente el cuello para tener un mejor acceso a su boca, y al cosquilleo de la barba del hombre contra sus mejillas se unió la inesperada y demoledora humedad que la lengua masculina imprimió sobre sus labios. La estaba lamiendo, como si se tratase de alguna extraña fruta que ansiara devorar, y Edyiva no pudo contener un pequeño jadeo de placer y sorpresa.

El ealdorman se apartó un poco, con la respiración agitada, y le acarició los labios con el pulgar.

—¿Os he asustado?

—No —respondió enseguida, perdida en sus ojos negros—. Pero vos sois el primer hombre que... que me besa.

Lord Elric apoyó su frente contra la de Edyiva y exhaló el aire muy despacio.

—¿Deseáis que siga? —preguntó con voz ronca.

Aquella respuesta fue mucho más fácil que la anterior.

—Sí.

Su caballero le mostró el rostro de nuevo, con la sonrisa de un rey que hubiera conquistado cien reinos, y la aferró por la cintura para volver a tomar su boca con delicadeza. Edyiva dibujó su propia sonrisa contra los labios de lord Elric, y se puso de puntillas para enlazar los dedos tras la nuca del ealdorman.

Permanecieron bastante rato así, degustándose sin prisa, hasta que los besos se volvieron más largos. Más intensos. Más emocionantes.

Cuando Edyiva estaba segura de que no podría sostenerse más sobre las temblorosas puntas de sus pies, lord Elric la tomó de las caderas para alzarla sobre una sólida mesa de madera y consiguió que su rostro estuviera casi a la misma altura que el del caballero. Después se acercó para besarla de nuevo, y a la joven le pareció

natural abrir las piernas para que lord Elric se situara entre ellas y no dejar que un milímetro siquiera los separase. Su boca acogió el gruñido complacido del hombre, que resonó en un lugar prohibido entre sus muslos.

—Podría besaros hasta que se acabara el mundo, Edyiva — murmuró él, en medio de pequeños mordiscos a su labio inferior, que provocaron que enterrase sus dedos en los cabellos negros de lord Elric.

—¿Y si eso ocurriera demasiado pronto? —no pudo evitar decir, con la voz entrecortada.

—Entonces, vos reclamaríais el Cielo, y yo atravesaría el Infierno para alcanzaros.

Esa vez fue Edyiva quien tomó la iniciativa y reunió el coraje suficiente para sacar la punta de la lengua y trazar con ella los relieves de la boca de lord Elric, antes de adentrarse en su interior. Su hazaña pareció resquebrajar el último hilo de contención del ealdorman, quien introdujo las manos dentro de la capa de pieles de la joven para aferrarla por las nalgas y apretarla contra él, en un movimiento que les arrancó un jadeo de placer. Después, se inclinó sobre ella hasta que la espalda de Edyiva tocó la mesa de madera, rendida a él por completo. No había dejado de besarla en ningún momento, bebiendo de cada sonido que emitía, y la mente de la joven estaba nublada por el deleite de sentir el peso de su caballero de medianoche sobre su cuerpo.

En medio de aquel torbellino para los sentidos, lord Elric entrelazó sus manos con las de Edyiva y las arrastró por encima de la madera hasta colocarlas a ambos lados de su rubia cabeza, lo que causó que varios objetos cayeran y se desperdigaran por el suelo.

En un acto reflejo, Edyiva giró el cuello para ver qué destrozo habían armado, y se quedó paralizada al reconocer el contorno

rectangular y brillante de uno de esos objetos.

Era su teléfono. El teléfono que había dejado a Garrick.

Las piezas empezaron a unirse como en un desagradable mosaico, y cayó en la cuenta de lo lógicos que sonaban ahora los extraños mensajes de su sirviente y los muchos que enviaba, o el hecho de que el ealdorman hubiera acudido a ella con tanta rapidez en el jardín de invierno y en la playa. La había engañado como a una estúpida.

Se revolvió con todas sus fuerzas para quitárselo de encima mientras lo increpaba.

—Sois un ser despreciable. ¿Os habéis divertido a mi costa, milord?

El ealdorman tardó un poco en salir de la bruma de sensualidad que también la había atrapado a ella hasta hacía unos instantes, y la miró con una expresión de confusión en sus angulosos rasgos.

—¿Se puede saber de qué habláis?

Edyiva se acodó en la mesa y volvió a empujarlo con furia hasta que él se apartó, claramente a regañadientes. Ella aprovechó para bajar del recio mueble y señalar con el dedo hacia el lugar donde había caído el móvil.

—¿Vais a asegurarme que es vuestro y a seguir engañándome?

Lord Elric siguió la dirección de su índice, soltó una imprecación y se giró para mirarla con las manos en alto y el rostro azorado.

—Puedo explicároslo.

—No os molestéis —acotó con rotundidad, antes de que las lágrimas de decepción le oprimieran la garganta.

—Lo obtuve de manera fortuita —continuó él de todas formas—. Garrick pensó que yo aún tenía el vuestro en mi poder y que debía entregarme ese teléfono también, y yo me lo quedé para conoceros mejor. He de reconocer que he disfrutado de un placer culpable al poder ver vuestra foto de perfil de WhatsApp a mi antojo, pero no puede compararse en absoluto a la brillante realidad de teneros entre

mis brazos.

—Basta —lo silenció, dolida y enfadada—. Sois tan poco de fiar como todos los hombres que conozco. Habéis perdido mi confianza y no os será posible recuperarla, lord Elric.

Se dirigía ya a la puerta cuando el ealdorman le bloqueó la salida con dos largas zancadas.

—Os quedaréis aquí.

—¿Cómo os atrevéis? —siseó la joven, a la vez que lo fulminaba con la mirada.

—Seré yo quien se marche de esta habitación. Comprendo que estéis furiosa conmigo, pero sé que tenéis un corazón generoso. Os pido que busquéis en él un resquicio para perdonarme.

Edyiva giró la cabeza para ignorar unas palabras que podrían volver a causarle un tremendo daño si era tan ingenua como para hacerle caso. Le costó un enorme trabajo mantenerse indiferente mientras lord Elric se colocaba la túnica sin apartar la vista de ella e intentaba hablar un par de veces, sin conseguirlo.

—Espero que entendáis que, si me he inmiscuido en vuestra vida, ha sido porque quería cuidar de vos, mi señora —se despidió en el umbral—, y también espero que recordéis todo lo que acabamos de vivir entre estas paredes.

Cuando Edyiva pudo llorar en soledad, se dio cuenta de que dormir en el lecho de lord Elric sabiendo que no volvería a sentir sus cálidos brazos sobre ella era mucho peor que hacerlo rodeada de fantasmas.

Capítulo 13

Una vez que hubo salido al corredor poco iluminado, Elric deseó dar media vuelta y tirar la puerta abajo si era necesario para regresar a los labios de Edyiva. Pero había creído que lo más oportuno era darle un poco de tiempo a la dama.

¿Cómo había podido dejar que ella descubriera el móvil de esa manera y se sintiera traicionada? Lo cierto era que el ealdorman había salido a toda prisa de sus aposentos al escucharla gritar en la habitación Granate y no había pensado en nada más. Y mucho menos después, cuando ambos de olvidaron de todo excepto de la piel del otro.

Se mesó los cabellos, mientras sus venas aún rugían por haber probado una dulzura mucho más potente de lo que jamás habría podido soñar, y deseó que las cosas entre ellos tuvieran una pronta solución. Porque, al mirar a los hechiceros ojos de aciano de Edyiva de Waren, había dicho la única verdad que importaba, y era que sería suyo para siempre.

Las campanas de la iglesia de Saint Aidan apenas habían tocado las nueve de la mañana y Edyiva ya había intentado marcharse del castillo en tres ocasiones. Por suerte, Elric había sido previsor y había ordenado a sus hombres que vigilasen con especial atención la

puerta de Saint Oswald para que ninguna beldad rubia y enloquecedora pudiera atravesarla. No le sorprendía, pero debía admitir que, cada vez que uno de los guardias acudía a informarle de los planes frustrados de la dama, un dardo afilado le atravesaba el pecho. Y era todavía más desesperante el hecho de que él tuviera asuntos del reino que no podía desatender para ir a buscarla y hacerla entrar en razón a besos.

En las tres ocasiones había estado acompañada por Garrick, y Elric supuso que Edyiva había acudido al mozalbote pelirrojo con el primer canto del gallo para contarle lo sucedido con el móvil, y que su leal y enamorado sirviente había estado dispuesto a hacer cualquier cosa por ella. Igual que lo haría Elric...

—N-no está, milord...

El guerrero que se había personado para entregarle tan malas nuevas al oído parecía temblar un poco, y definitivamente se encogió varios centímetros cuando lord Elric golpeó con violencia la superficie de la mesa en cuya cabecera se hallaba sentado hasta hacerla crujir.

—¡¿Cómo que no está?! —bramó con furia y, al hacerlo, sobresaltó al círculo de hombres que se encontraban sentados a la mesa con él.

Se levantó como un vendaval y fue directo a las caballerizas a buscar a Atlas, y al cuerno con mostrarse comedido, prudente y comprensivo. Edyiva de Waren había colmado toda su paciencia.

—Al final, no hemos conseguido unas monturas, mi señora —comentó Garrick, nervioso, mientras esperaban la oportunidad de escabullirse por la puerta de Saint Oswald.

No, no habían conseguido monturas en Bamburgh, pero Edyiva se llevaría otra cosa que no tenía ni idea de cómo manejar. Y es que el amor nunca era una carga sencilla, y mucho menos cuando se estaba

enamorada de lord Elric de Bamburgh.

Sacudió la cabeza y miró a su sirviente, que renqueaba a causa de la herida en el muslo, que todavía estaba cicatrizando, y se obligó a ser fuerte por Garrick. Él lo estaba siendo por ella.

Se sentía egoísta por sacarlo de la seguridad y los cuidados del castillo, pero Garrick se había negado con vehemencia a dejarla sola, al igual que cuando partieron de Spindlestone.

—Ahora debemos centrarnos en salir del castillo. Tendremos más suerte con los caballos en la próxima aldea —afirmó la joven con una confianza que no sentía en realidad.

Se arrebujó en la capa que llevaba para rechazar el frío, pero era mucho menos gruesa que su lujosa capa de pieles y pronto empezó a tiritar. Había sido un cambio muy desfavorable para ella, pero no le había quedado otro remedio para evitar ser interceptada una vez más por los hombres de lord Elric. ¿Por qué la dichosa puerta de acceso tenía que ser tan pequeña y estar tan vigilada?!

Esa vez, su plan tenía que funcionar; los guardias se darían cuenta muy pronto de que no se encontraba en ninguna de las estancias a las que la habían escoltado las tres veces anteriores y comenzarían a buscarla.

Se bajó todo lo que pudo la ajada capucha grisácea sobre el rostro e intentó camuflarse aún más entre el grupo de personas que avanzaban con desesperante lentitud hacia la salida.

La fortaleza era un enorme hervidero de actividad en el que decenas de hombres y mujeres entraban y salían con motivo de las preparaciones de las inminentes fiestas navideñas. Mercaderes, artesanos, juglares y vividores. Cada uno de ellos trataba de hacerse un hueco en el inmenso patio de armas, por no hablar de los sirvientes que abastecían las cocinas con todo tipo de suministros y caminaban de un lado a otro en perfecta formación. Como rigurosas

hormigas entregadas a su tarea.

Conforme avanzaba la mañana y el trasiego de personas se volvía más frenético, Garrick y ella habían decidido que la mejor opción sería desprenderse de las llamativas prendas de la dama e intentar hacerse pasar por aldeanos que estaban de paso en Bamburgh. No fue muy difícil acordar un trueque con una joven doncella, que se marchó maravillada por la suavidad de la capa de Edyiva y, tras el triunfo de su misión, se fueron aproximando con la mayor de las cautelas hasta la barbacana.

El propio Garrick se había hecho con un gorro para cubrir sus cabellos pelirrojos, y a Edyiva no le quedó más remedio que rogar por que la mugrosa prenda no estuviera infestada de pijos.

Sin embargo, al llegar a la altura del puente levadizo, la joven tuvo la absoluta certeza de que no conseguirían pasar si no hacía algo más. Los soldados del ealdorman, entre los que se encontraba Jessen, no apartaban sus ojos de halcón de todas las personas que salían, e incluso detenían a aquellas de las que recelaban para hacerles preguntas.

Con el corazón en un puño, pero sin darse por vencida aún, hizo la única cosa que supo que funcionaría.

—¡Allí! —gritó tan fuerte que el pobre Garrick se cubrió los oídos, alarmado—. ¡Está usando un móvil! ¡Junto a los barriles de cerveza! ¡Hay que purgar su alma corrupta!

Pronto se desató el más absoluto caos. La gente se movía en todas direcciones; unos, huyendo del pecado y otros, corriendo hacia su supuesta trayectoria para ser parte del morboso espectáculo.

Mientras Garrick y ella aprovechaban la distracción para escurrirse por la estrecha puerta de Saint Oswald, Edyiva se alegró, por primera y única vez en su vida, de que la amenaza de un apocalipsis milenarista que condenaba las diabólicas tecnologías se cerniera

sobre sus cabezas.

Capítulo 14

La amplia sonrisa de Edyiva se le congeló en los labios nada más alcanzar el otro lado de los muros. Atlas, en toda su magnificente envergadura, hollaba el suelo escarchado con las patas delante de ella, como un claro reflejo de la furibunda energía que recorría a su imponente jinete.

—Habéis sido de lo más ingeniosa, mi señora, pero el juego ha terminado.

Garrick quiso dar un paso al frente, pero Edyiva se lo impidió con una mano en el hombro.

—Tenéis razón, el juego ha acabado. Ahora dejadnos seguir nuestro camino, milord.

—Me habéis hecho perder un tiempo precioso buscándoos, Edyiva, y el temple con el que os he tratado hasta este momento se ha consumido para no dejar más que brasas.

La expresión del ealdorman era tan ilegible y dura como la piedra, incluso el brillo en sus ojos de ónice se había apagado, y Edyiva no pudo evitar un escalofrío de inquietud que descendió por su espina dorsal. Sin embargo, no quería dejarse amedrentar de nuevo.

—Encontrad a otra persona que aplaque vuestro genio y consienta vuestras artimañas, milord, porque no seré yo.

Echó a andar con paso decidido, con Garrick pegado a su espalda,

sin dirigirle otra mirada a lord Elric.

—Volvemos al castillo —ordenó este último, que había conducido a Atlas a su altura.

—Os dije una vez que la única forma de mantenerme allí sería poniéndome unos grilletes —replicó sin detenerse.

—Y yo recuerdo haberos dicho que no me dierais ideas —resopló él, antes de estirar el brazo y levantarla hasta la grupa del caballo para tenderla en su regazo como si se tratase de un fardo.

—¡Sois un bellaco! —lo insultó, ultrajada, mientras trataba de incorporarse, pero lord Elric tenía una mano plantada con firmeza al final de su espalda, donde sus largos dedos le rozaban el trasero, y le era imposible librarse de esa deshonrosa postura.

—¡Mi señora!

Edyiva escuchó gritar a Garrick entre sus propias protestas airadas, y luchó por girarse hacia él.

—¡Garrick, busca ayuda!

—En verdad sois una ingenua si pensáis que alguien va a contradecir mi voluntad en Northumbria.

Edyiva se quedó quieta, consciente de que el caballero tenía razón en cada una de las sílabas que había pronunciado. Él era el amo y señor de esas tierras, un guerrero que gobernaba sobre su gente con estricta justicia y una mortífera espada, pero ella había olvidado que se encontraba bajo el dominio del ealdorman porque había vivido la ternura del hombre.

Se agitó con un pequeño temblor que él detectó enseguida, porque tiró con suavidad para sentarla sobre sus muslos y abrió la pesada y costosa capa de pieles para envolverla con ella. Su espalda, en contacto con el pecho de lord Elric, también pareció arder.

—Vuestro sirviente todavía será recibido bajo mi techo siempre que no vuelva a auspiciar vuestras locuras, Edyiva —dijo contra su oído,

para luego dirigirse a Garrick—. ¿A dónde creíais que podría llegar vuestra señora con esta tela andrajosa sin morir congelada?

El chico abrió y cerró la boca sin articular ningún sonido, y Edyiva se envaró en el círculo que formaban los brazos del ealdorman.

—Dejad a Garrick fuera de esto.

—Lo que debería hacer es atarlo a un cepo —gruñó antes de talonear los flancos de Atlas para volver al castillo.

Edyiva ahogó una exclamación e intentó girar el cuello para ver si Garrick los seguía.

—Perded cuidado. Si ha podido salir de la fortaleza, supongo que tiene la pierna lo bastante recuperada como para volver a entrar —afirmó lord Elric, punzante.

—¿Qué pretendéis hacer conmigo?

El caballero hizo una breve pausa antes de responder.

—Pronto lo sabréis.

Cuando atravesaron la puerta de Saint Oswald, los hombres del ealdorman les hicieron una especie de pasillo para atravesar la multitud que todavía estaba bastante alterada con el asunto del falso móvil y alcanzaron enseguida la torre del homenaje.

Edyiva creyó que lord Elric la depositaría en el suelo y la dejaría a cargo de alguno de sus soldados, pero, al desmontar, volvió a tomarla en brazos y no la soltó hasta entrar en la habitación del caballero, sin atender a sus demandas para que la dejase ir. Ni siquiera sudaba por el esfuerzo de haber cargado con ella por las escaleras circulares de la torre. Edyiva, en cambio, tenía el rostro ardiendo por la vergüenza que le había supuesto que los habitantes del castillo la vieran en semejante tesitura. Incluida Kendra, quien la había mirado con un brillo letal en sus ojos verdes.

—¿Esta humillación es el castigo por burlar la seguridad de vuestro inexpugnable castillo? —bufó, casi sin resuello.

—No, Edyiva, solo deseaba volver a sentirlos contra mí.

La joven se quedó tan perpleja por sus palabras que no dijo nada e intentó ignorar el hormigueo de emoción que quiso despertar en su pecho.

—Vuestro castigo, mi señora, será permanecer encerrada en mis aposentos hasta que yo lo decida.

No podía haber escuchado bien.

—No osaríais hacer algo semejante —barbotó con los ojos muy abiertos.

La sonrisa del ealdorman era de satisfacción, y también de oscuridad y de un anhelo que parecía hacerse eco en ella.

—Ya sabéis la respuesta.

—Os desprecio, lord Elric de Bamburgh —dijo, mientras se acercaba al caballero para enfrentarlo—. Con todas mis fuerzas.

Lord Elric se acercó a su vez, su poderoso cuerpo en tensión y los iris negros tan peligrosos y tentadores como un mar de brea.

—Será mejor que no me mintáis con esos hermosos labios que aún están hinchados por mis besos —susurró antes de aferrarla por la cintura y unir su boca a la de Edyiva en una caricia rápida y demoledora, que ralentizó sus reflejos para evitar que lord Elric cerrase la gruesa puerta de roble al salir y la atrancase desde fuera.

Capítulo 15

La había encerrado. Lord Elric se había atrevido a bloquear la puerta para que no pudiera salir, como si se tratase de una prisionera o una vil criminal, y Edyiva no sabía cuándo volvería a quedar libre.

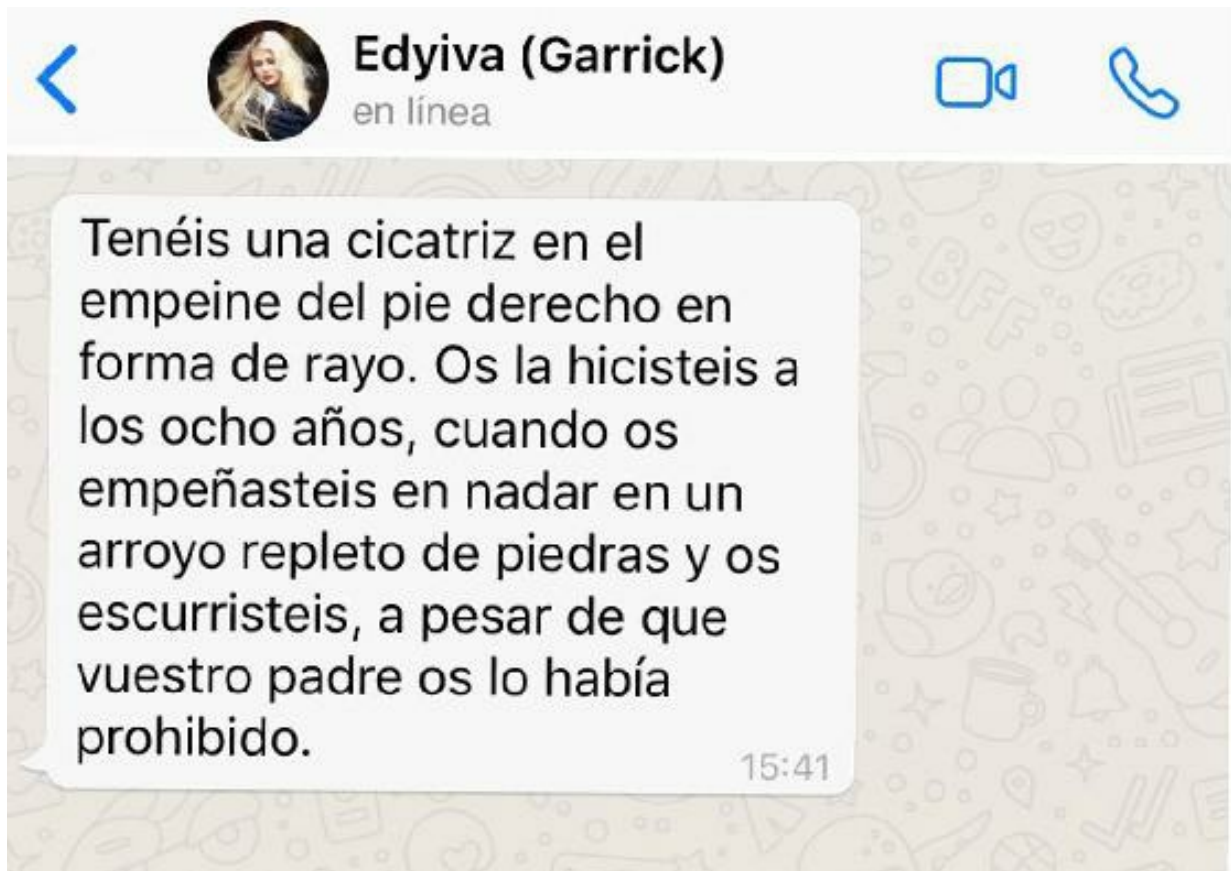
Había pasado más de una hora durante la cual había rumiado su furia, mientras lanzaba cualquier cosa que hubiera a su alcance y que pudiera levantar con las dos manos contra la dichosa hoja de madera, pero su situación no había cambiado. Excepto por el dolor en los hombros por cargar con una silla como ariete. Se obligó a serenarse y a pensar con la mente clara para dar con una solución que no implicase quebrarse algún hueso, y estaba realizando una honda inspiración para concentrarse, cuando su móvil zumbó con la llegada de un mensaje. Por suerte, no se trataba de ninguna vibración fantasma.



Edyiva contempló la pantalla, desconfiada.



Le había devuelto el teléfono a su sirviente tras contarle lo sucedido con lord Elric, excepto por los tórridos besos, pero quizá el muy ruin le había vuelto a arrebatarse el móvil a Garrick para atormentarla. La respuesta entró y se apresuró en leerla.

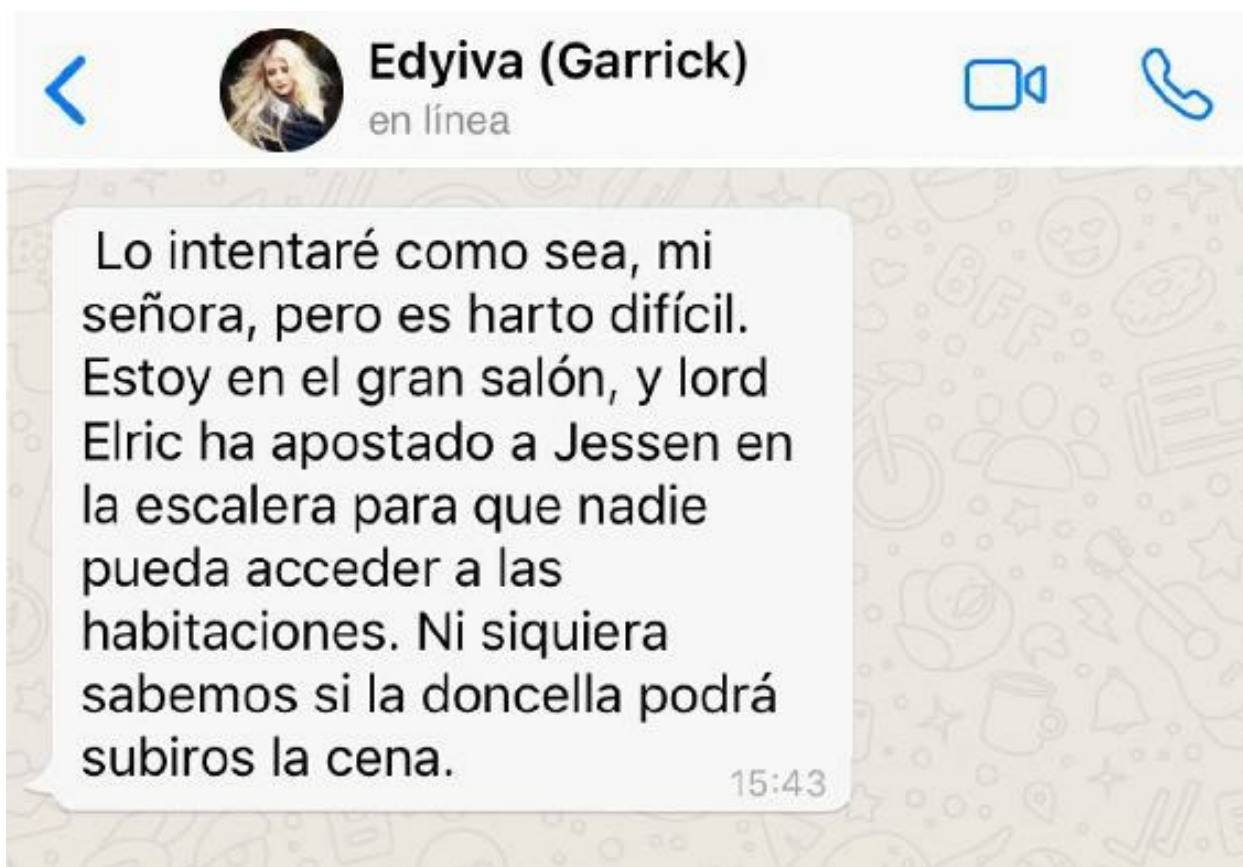


La joven hizo una mueca. Sí, sin duda era Garrick. Había escrito todas las frases juntas en un solo mensaje, en lugar de enviarle mil. Y conocía su cicatriz, claro.

Aunque podría ser que lord Elric la hubiera visto la noche anterior, cuando... Sacudió la cabeza, ruborizada y enfadada con su propia reacción, y se limitó a contestar.



Se mordisqueó el pulgar, nerviosa, mientras observaba cómo Garrick escribía una respuesta.



Edyiva dejó escapar un fuerte resoplido, e iba a dejar caer el móvil sobre el gigantesco lecho cuando algo en el texto de Garrick llamó su atención.

Una sonrisa de batalla curvó las comisuras de sus labios mientras se metía en el motor de búsqueda de Google. Quizás lord Elric jugaba con ventaja, pero Edyiva de Waren también sabía pelear en sus partidas.

Capítulo 16

— ¡Vikingos! ¡Llegan los vikingos!

Alarmado, Elric desperdigó todos los legajos que había estado revisando en el cuarto anexo al gran salón en su prisa por cruzar el patio de armas y alcanzar el muro Este del castillo, desde donde podría ver los malditos barcos que se deslizaban con una desquiciante rapidez sobre las mareas para perpetrar sus saqueos y matanzas.

Había temido que eso pudiera ocurrir en cualquier momento, desde su reunión con el rey Etelredo, y estaba preparado para enfrentarlos, aunque sabía que lucharía con el doble de vigor y de responsabilidad ahora que Edyiva también se encontraba dentro de la fortaleza. Cuando llegó a la atalaya, se colocó la mano derecha sobre los ojos para protegerlos de los últimos rayos del sol de la tarde, que emitían destellos cegadores sobre las crestas de las olas, pero no halló rastro de ningún drakar. Extrañado, resiguió la línea del horizonte sin parpadear hasta que se le secaron las pupilas, con el mismo resultado. ¿Qué demonios ocurría?

—Mi señor —lo llamó uno de sus caballeros, que llegaba casi sin aliento desde el lado Norte—, son daneses y están en la puerta de Saint Oswald. Tenéis que venir.

Era imposible que esos salvajes hubieran desembarcado y logrado

llegar a las mismísimas puertas de su castillo bajo sus propias narices y sin que nadie se hubiera percatado. Echó a correr por el estrecho corredor de la muralla hasta alcanzar la barbacana, con el pecho atenazado, sin dar crédito a la escena que se estaba desarrollando ante él. Sus hombres, con unos rostros atónitos equiparables al suyo, solo atinaron a señalar unos metros más abajo. Elric se asomó para descubrir de una maldita vez qué estaba pasando y casi se le desencajó la mandíbula ante la imagen.

Al pie de las escaleras de acceso, se encontraba parado un carromato cuyos ocupantes eran indiscutiblemente vikingos. Eran dos hombres de grandes proporciones, con la cabellera rubia y trenzada, los ojos claros y la barba espesa manchada por los tragos que daban a los cuernos que sostenían para beber. Pero ahí se acababa cualquier similitud con los fieros enemigos contra los que Elric llevaba batallando durante años. No portaban espadas, hachas ni escudos y tenían una pose relajada mientras esperaban con paciencia... lo que fuera que estuvieran esperando a las puertas de su castillo.

Elric no pudo soportar más la tensión de permanecer en la ignorancia y se dirigió a ellos con su potente voz.

—¿Qué os trae hasta Bamburgh?

El que estaba sentado a la derecha acababa de dar un nuevo sorbo al cuerno y empezó a toser, pillado por sorpresa, y lord Elric recibió una larga mirada reprobadora por parte del otro vikingo, que comenzó a dar fuertes palmadas en la espalda del atragantado. Solo cuando se hubo asegurado de que su compinche estaba bien, se dignó a contestar a lord Elric, quien tenía los nudillos blancos de aferrar con excesiva presión una de las piedras de la muralla.

—Traemos un pedido.

—Explicaos —ordenó el ealdorman, sumido en una situación cada

vez más inverosímil.

La réplica no llegó, sino que el hombre de la izquierda se giró sobre el carromato y estiró su musculoso brazo para alcanzar un paquete que desprendía un olor tan delicioso e intenso que llegó incluso hasta donde se encontraba Elric.

—¿Cautiva de la torre se encuentra aquí? Es para ella.

—Creo que vuestra dama estaba hambrienta y se le ha ocurrido solicitar un almuerzo *online*, milord. Otra de las ventajas de Internet.

—Jessen acudía en su rescate en el momento justo en el que pensaba que iba a perder el juicio—. Incluso vos tenéis que haber oído hablar de la comida a domicilio.

«Edyiva». Por supuesto que tenía que ser ella. No había ninguna otra mujer en todo el mundo a quien se le pasase por la cabeza siquiera urdir algo tan, tan descabellado como pedir comida a domicilio como protesta por su encierro.

Elric se pasó una mano por las cejas, suspiró y trató de recuperar la sangre que se le había escapado de las venas al pensar que Bamburgh estaba bajo asedio vikingo.

Pero su dama seguía desafiándolo y el señor del castillo no lo dejaría pasar.

—Podéis marcharos —les dijo a los repartidores, antes de girarse para acudir al encuentro de su cautiva.

—Pero la comida está pagada —arguyó el gigante que casi se había atragantado—, no nos gustaría recibir comentarios negativos.

—Lord Elric os dará tantas estrellas que os iluminaréis por la noche... —escuchó que les estaba diciendo Jessen, pero no frenó el paso acelerado que lo condujo por el patio de armas hasta la torre del homenaje.

Una vez allí, el soldado que Jessen había apostado en su lugar se apartó con una respetuosa inclinación para franquearle el camino

hasta sus aposentos.

Abrió la puerta con tal ímpetu que la hoja rebotó contra la pared y causó un gran estruendo que sobresaltó a la enloquecedora hechicera reclinada en su lecho. Edyiva se había descalzado y Elric se percató de que había cogido su viejo peine de madera para desenredar su espesa melena. Descubrirla con un objeto suyo tan personal y en una acción tan cotidiana e íntima le robó el aliento y despertó en él el deseo de verla así cada día de lo que le quedaba de vida. Se le aceleró el pulso y la excitación le recorrió el cuerpo, unida a una ternura que jamás había experimentado antes, porque lo cierto era que amaba a Edyiva de Waren y cada una de sus facetas.

La dulce, la tozuda, la valiente, la furiosa, la apasionada... Todas las que ella quisiera entregarle.

Se deleitó una vez más en sus movimientos gráciles mientras la joven se calzaba y depositaba el peine sobre la cama, y no se le escapó el leve rubor que teñía sus delicadas mejillas por haber sido sorprendida en una postura más de niña que de mujer.

Pero cada centímetro del femenino cuerpo de Edyiva bajo el vestido azul dejaba bien claro que estaba más que preparada para ser suya.

—¿Traéis algo para mí, lord Elric? —preguntó mientras se acercaba. Lo estudiaba con sus deslumbrantes ojos violeta, como si tratase de leer lo que había sucedido unos minutos antes en el encuentro con los vikingos y descifrar su reacción.

—¿Acaso habéis perdido alguna cosa, mi señora? —preguntó, a la vez que estiraba el brazo hacia atrás y cerraba la puerta de la habitación.

—Mi libertad. Pero no parece que me la vayáis a devolver por el momento. —La réplica fue mordaz y su mirada a la hoja sellada despedía chispas amatistas.

—No. No por el momento —le confirmó.

La quería tener un poco más solo para él.

—De todas formas, me refería a un pedido que he realizado y que ya ha llegado al castillo. ¿Os lo habéis quedado vos? —lo aguijoneó mientras se cruzaba de brazos.

—¿Y cómo sabéis que ha llegado? ¿Sois bruja, como os llamaron una vez?

La pulla dio en el blanco y la dama apretó sus labios rosados en una fina línea antes de descruzar los brazos otra vez y sacar el móvil que colgaba del saquito en su cintura.

—Puedo consultar su estado siempre que quiera —le espetó para después volver el aparato hacia el ealdorman.



EL GORRINO VIKINGO

Auténtica comida de los Fiordos del Norte

¡Saludos, cautiva_de_la_torre_99!

Vuestro pedido está en camino.



Delicias danesas

Cantidad: 1

Elric entrecerró los ojos.

—No creo que a una cautiva se le permita tener un móvil mientras dure su encierro.

El ealdorman no deseaba ninguna distracción, ni un recordatorio de

los problemas que había causado entre ambos.

Edyiva, en cambio, perdió un poco del color rosado que le adornaba los pómulos.

—Sería la última villanía que podríais cometer contra mí.

—Vos me habéis retado, mi señora. Yo solo me limito aceptar vuestra provocación.

Extendió la mano para que le entregase el aparato, y Edyiva llevó el brazo hacia atrás para esconderlo detrás de las amplias faldas.

—Jamás.

—Edyiva... —le advirtió una única vez, dando un paso hacia delante.

Pero la joven empezó a retroceder sin apartar los ojos del ealdorman, como si vigilase a una bestia que se lanzaría en cualquier momento para devorarla entera. Y quizá fuese así, porque empezó a acorralarla hacia el enorme lecho mientras el pulso le retumbaba en los oídos. Un momento antes de que sus piernas chocasen contra la cama, Edyiva la esquivó con un movimiento ágil y rodeó el enorme mueble para quedar fuera de su alcance. Pero no por mucho tiempo. Era más rápido, más fuerte, y sentía más deseos de atraparla que ella de escapar de él. Elric también rodeó la cama y, cuando Edyiva saltó sobre ella e intentó rodar para alcanzar el otro lado, el hombre la atrapó por el tobillo y la hizo caer de bruces sobre las mullidas pieles.

Sin perder un instante, la colocó bajo su cuerpo y sintió un intenso tirón en la ingle cuando los senos plenos y suaves se apretaron contra su torso, que subía y bajaba como un fuelle a causa del esfuerzo y la excitación. En realidad, los dos respiraban con dificultad, con los labios entreabiertos y a escasos milímetros, a la espera de una señal que volviera a unirlos.

El ealdorman inclinaba la cabeza, incapaz de aguardar más tiempo sin besarla, cuando un golpe en la puerta lo estropeó todo.

—Lord Elric, es importante —llegó la voz amortiguada de Jessen desde el otro lado de la madera.

—Por el amor de Dios, ¿qué más puede pasar hoy? —imprecó el ealdorman a la puerta vacía antes de levantarse con los puños apretados. Edyiva también se bajó del lecho de un salto y se arregló las ropas sin perder de vista cómo el ealdorman abría la estancia dando un violento tirón al pomo de hierro.

—Mi señor, lamento molestaros, pero hay un hombre abajo que busca a Edyiva de Waren —explicó Jessen en cuanto lo vio, para después pasear la mirada de uno a otro ocupante de la habitación. Elric, en cambio, se había girado hacia Edyiva y se topó con una esperanza en sus ojos aciano que le hizo más daño del que podría admitir ante nadie.

Capítulo 17

Edyiva oró por que fuera su padre. Tenía que ser su padre quien la esperaba en el gran salón con una expresión risueña en su rostro redondeado y una disculpa en los labios por haberla hecho preocuparse tanto con su viaje a Tierra Santa. Ella le daría un golpe suave en el moflete por toda regañina y luego se colgaría de su cuello para llorar de alivio como cuando era una niña.

—Bajaré a recibirlo —estaba diciendo lord Elric a Jessen con una voz hueca que erizó el vello de la joven.

—Os ruego que me permitáis acompañaros, milord —le pidió con una sincera súplica en los ojos.

Él pareció dudar durante un eterno instante, pero asintió con la cabeza de forma casi imperceptible y salió de la estancia sin volver la vista atrás. Edyiva se apresuró a ir tras sus largas zancadas, extrañada por ese cambio de humor repentino. Bajó la escalera en último lugar y, cuando llegaron al salón, la joven casi se tropieza con el ealdorman en su afán por rodear sus anchos hombros, que le obstaculizaban la visión del visitante que esperaba acomodado en una silla.

Pero la enorme sonrisa que Edyiva tenía preparada para recibirlo murió en sus labios al encontrarse con unos iris acerados, en lugar del afable azul de Cuthbert de Waren.

—Wyne —se le escapó antes de poder contenerse.

—Mi señora —respondió el mercenario mientras se ponía en pie, antes de efectuar una complicada reverencia que asqueó a Edyiva.

—¿De qué conocéis a este caballero? —La voz algo ronca y grave de lord Elric la sacudió y sintió que se le secaba la boca al pensar en todas las mentiras y verdades que Wyne podría contarle al ealdorman de Bamburgh.

Como ella se sentía incapaz de responder, los ojos oscuros de lord Elric se posaron sobre el mercenario con expresión distante.

—Soy su guardián, milord.

Un pequeño músculo vibró en la mandíbula del señor del castillo.

—¿Es eso cierto, Edyiva?

Otra vez se dirigía a ella. Y otra vez era incapaz de darle una respuesta, de pedirle que echase de allí a ese hombre que había querido aprovecharse de su soledad. Solo consiguió tragar saliva y afirmar con la cabeza, sin poder negarlo.

—¿Y de qué debía guardaros?

—¿No os lo ha dicho, mi señor? —Incluso el rostro calculador de Wyne mostró verdadera estupefacción—. Su padre es un conocido mercader de dispositivos electrónicos, que nos contrató a mis hombres y a mí para que cuidásemos de su única hija mientras él emprendía un viaje a Jerusalén para expiar sus pecados. Pero la joven burló nuestra vigilancia en un desafortunado descuido hace cinco días y la estoy buscando desde entonces.

Lord Elric la atravesó con una mirada dura y los dientes apretados al conocer más detalles de la historia.

—¿Vuestro padre os está esperando realmente en Hamptun? Decidme la verdad.

El ealdorman parecía interesado solo en lo que ella tenía que contarle, y una lágrima se deslizó por la mejilla de Edyiva al no poder darle la respuesta que ella también quería escuchar.

—No... no lo sé.

—¿Hamptun? —intervino Wyne—. Permitidme que lo dude, milord. No tenemos noticias de Cuthbert de Waren desde hace muchos meses, pero la joven es muy obstinada y no atendió a mi petición de que aguardase el regreso de su padre bien protegida por los muros de su hogar en Spindlestone, sino que decidió escaparse por su cuenta y riesgo, con la única compañía de ese endeble criado suyo.

El suelo se abrió bajo los pies de Edyiva, ya que esa verdad a medias que acaba de pronunciar Wyne se parecía demasiado al comportamiento obcecado que había mostrado ante lord Elric y que lo había sacado de quicio. El relámpago furioso de sus ojos negros confirmó que el caballero tenía esos mismos pensamientos.

—Lamento las molestias que mi señora Edyiva os haya podido ocasionar, lord Elric, y os agradezco fervientemente que le hayáis ofrecido refugio en Bamburgh. —Wyne apoyó la mano derecha en la empuñadura de la espada con aparente despreocupación y miró a Edyiva—. Es hora de regresar a casa, mi señora.

«No». No. No. No. Edyiva aguantó la respiración, a la espera de una negativa de lord Elric, pero el ealdorman permanecía mudo. En realidad, carecía de argumentos con los que negarse a entregarla al hombre que había sido contratado para su cuidado. A no ser que quisiera mantenerla junto a él, pero ¿por qué iba a hacerlo si Edyiva había repetido hasta la saciedad que deseaba marcharse de Bamburgh? El ealdorman la dejaría marchar. A pesar de los besos, de la complicidad, de los encuentros que habían compartido. A causa de sus enfrentamientos, su tozudez y su demoníaca inclinación por la tecnología, que habían conseguido sacar a la superficie el genio vivo de su inalterable caballero de medianoche. Pero Lord Elric nunca le había dado miedo, mientras que Wyne le infundía pavor.

Jamás supo dónde encontró el coraje para hacer lo que hizo a continuación. Con las piernas algo inestables, se acercó hasta lord Elric e introdujo con mucho cuidado la mano en su enorme palma, que descansaba laxa a un lado del cuerpo, y pronunció lo que su corazón había ansiado desde un principio.

—No deseo marcharme de Bamburgh.

Lo dijo con hilo de voz tan tenue que pensó que no la habrían escuchado, pero los cálidos dedos de lord Elric se cerraron sobre su mano, y el caballero exhaló con fuerza, como si hubiera estado conteniendo el aliento todo ese tiempo.

—¿Qué habéis dicho? —preguntó Wyne con la boca rígida.

—Ya habéis oído a mi señora —contestó lord Elric—. Permanecerá en Bamburgh.

—Edyiva, ¡dejad de comportaros como una niña caprichosa ante el señor de Northumbria! —gritó el mercenario.

La joven sintió el pequeño aguijón de sus palabras, pero frenó a lord Elric con un ligero apretón de sus manos entrelazadas cuando notó que el ealdorman daba un paso en dirección a Wyne. Este no había perdido detalle de sus movimientos.

—No estaréis pensando en quedárosla, milord. Todo el mundo sabe que es una bruja poseída por el espíritu maléfico de Internet.

Edyiva irguió la cabeza y consiguió darle a su postura una enorme dosis desdén.

—Lamento haber frustrado vuestros planes de haceros con mi fortuna, Wyne.

El gruñido de rabia transfiguró los rasgos aquilinos del mercenario y sus ojos grises se convirtieron en auténticos puñales de rabia cuando se abalanzó sobre ella. Lord Elric desenfundó su propia espada a una velocidad que parecía imposible de captar a simple vista, y colocó el filo sobre la garganta descubierta de Wyne, de

donde salió un hilillo de sangre.

—Vos decidís si queréis que viva o muera, mi señora.

La joven sintió náuseas ante la mera idea de ver morir a alguien, aunque fuera ese hombre.

—Dejadlo ir —susurró con rapidez.

El ealdorman apartó la hoja con mucha lentitud, lo que provocó que se derramasen nuevas gotas de sangre sobre el suelo del gran salón.

—Edyiva ha sido generosa. Yo no lo seré si volvéis a acercaros a ella. ¿Me habéis comprendido?

Wyne asintió, a la vez que se llevaba la mano derecha al cuello para intentar enjugar las gotas que seguían resbalando hasta su cota de malla.

—Ahora, desapareced —ordenó lord Elric.

Varios de los soldados del ealdorman rodearon al mercenario y lo condujeron hasta la puerta, pero no sin que antes Wyne consiguiera lanzarle una mirada saturada de veneno a Edyiva. La joven contuvo un escalofrío, agradecida por no tener que volver a verlo nunca más.

Escuchó el sonido de acero contra acero y se volvió a tiempo de presenciar cómo lord Elric envainaba la larga espada de aspecto pesado que había utilizado con una habilidad pasmosa. El caballero la observó a su vez con una expresión indescifrable. Por eso Edyiva se sorprendió cuando el caballero se acercó a ella y, con mucha suavidad, tomó su mano igual que ella había hecho unos minutos antes.

—Venid conmigo —pidió antes de conducirla hacia la escalera.

Se dejó llevar, embargada por la emoción al sentir la palma callosa y caliente contra la suya, y accedió a entrar una vez más en los aposentos del ealdorman.

—Así que vuestra dote es sustanciosa —fue lo primero que dijo, y Edyiva hubiera jurado que un brillo granuja iluminaba los pozos

oscuros que eran sus ojos por un momento.

—Tremendamente sustanciosa, mi señor —respondió con una sonrisa ufana.

Pero pronto, el ealdorman recuperó su conocida severidad.

—Tenía razón al querer ataros con cadenas a la pata de esta cama. ¿Así que ibais en busca de vuestro padre, con un condenado móvil en ristre, cuando ni siquiera sabéis si ha salido de Jerusalén? —No le había soltado la mano e hizo un aspaviento con la que aún tenía libre —. No puedo creer en la buena suerte que tuve de encontraros antes de que la hecatombe que vos misma creasteis os arruinase.

—No solo me marché de Spindlestone para encontrar a mi padre — trató de defenderse ella.

—También huíais de Wyne. —No era una pregunta, sino una afirmación, pero Edyiva asintió de todas formas. Lord Elric le acarició el rostro con delicadeza—. ¿Os hizo algo ese bastardo?

—No —respondió enseguida—, pero lo intentó.

—¿Por qué no me confiasteis todo eso a pesar de mi insistencia, Edyiva? Os habría protegido. —Le sujetó la barbilla para que lo mirase—. Siempre lo haré.

—Al principio pensé que mis problemas eran demasiado insignificantes como para molestar con ellos al ealdorman de Bamburgh. Y... y desconfiaba de hablar de mis orígenes y de mi fortuna —admitió con dificultad. Lord Elric frunció un poco el ceño, pero no añadió nada y la animó a continuar—. Después ya no me atreví a deciros nada y me obcequé en mis ideas —concluyó con sencillez, a la vez que se encogía de hombros.

Lord Elric suspiró como si la diera por perdida, y a continuación alzó las manos que tenían entrelazadas y las apoyó en su pecho.

—Después de mostrar con tanta tenacidad vuestro deseo de salir del castillo, estaba casi convencido de que querríais marcharos con

Wyne y tendría que luchar para que os quedaseis.

—¿Vos... habríais peleado por que me quedase? —repitió sorprendida.

—No lo dudéis ni un instante. No os imagináis lo que sentí cuando tomasteis mi mano, Edyiva, ni creo que sepa expresarlo con palabras. Pero quizá todo lo que contiene un beso pueda ayudar a que me entendáis mejor —murmuró antes de posar los labios sobre los suyos. Una corriente eléctrica los atravesó a ambos, como ocurría cada vez que se tocaban, y las chispas saltaron en todas direcciones —. Aunque un beso vuestro nunca es suficiente, mi señora. —Sus palabras fueron más una corriente cálida que un sonido contra el cuello de Edyiva—. ¿Cómo podría serlo cuando necesito tanto de vos? —dijo antes de recorrer su garganta en un sendero húmedo cargado de sensualidad. La sensación fue decadente y deliciosa a la vez, y creó unas desconocidas espirales en la parte baja de su abdomen.

—¿Me necesitáis? —acertó a preguntar a un hombre que lo tenía todo.

—Con una desesperación que jamás había sentido antes.

Las palabras se hicieron eco en su pecho y en cada milímetro de su piel.

—Yo también os necesito... —se atrevió a decir antes de ponerse de puntillas y trazar su propia senda de diminutos besos sobre la garganta del guerrero.

Lord Elric soltó un juramento y la tomó en brazos hasta llevarla al enorme lecho para depositarla con cuidado encima de las pieles y tumbarse sobre ella. En la posición exacta en la que habían quedado tras su enfrentamiento anterior, antes de que los interrumpieran. Solo que, en esa ocasión, el enfado no se mezclaba con el deseo, y tan solo existía el anhelo de entregarse el uno a otro.

—Voy a haceros el amor, Edyiva. —El tono ronco de lord Elric

provocó que su cuerpo vibrase.

—Y yo voy a hacéroslo a vos.

El ealdorman soltó el aire en un jadeo excitado y sorprendido, y ella misma sintió que las mejillas le ardían tras su atrevida promesa. Giró el rostro, avergonzada, pero el caballero le apartó un mechón de cabello con suavidad y le apoyó una mano en la mejilla para asomarse a sus ojos.

—No hay lugar para la timidez en lo que vamos a compartir. Cada palabra que pronuncies, cada gemido de placer y cada experiencia que deseéis probar serán un regalo para mí, ¿comprendéis? —Ante su suave asentimiento de cabeza, el ealdorman continuó—: Ahora, os ruego que repitáis lo que acabáis de decirme.

Edyiva se pasó la lengua por los labios, cohibida, pero la expresión que vio en sus oscuras pupilas al contemplarla la impulsaron a hablar.

—Voy a haceros el amor, lord Elric.

El beso que recibió en respuesta consiguió que encogiera los dedos de los pies y que una extraña humedad se instalase entre sus muslos.

Como si pudiera leer su cuerpo mejor que ella misma, el ealdorman bajó la mano hasta sus piernas y comenzó un movimiento ascendente por debajo de la falda, hasta alcanzar ese lugar secreto que palpitaba a la espera de algo. Cuando la ancha palma masculina se apretó contra ella, Edyiva cerró las rodillas en un acto reflejo. En lugar de apartarse, lord Elric la besó con ternura y empezó a mover los dedos sobre ella con una lenta minuciosidad que la atormentó y le provocó un intenso placer a partes iguales.

—Elric... —pronunció su nombre en una petición silenciosa que ni siquiera entendía.

—Shhh... mi dulce hechicera —la tranquilizó—, dejadme complaceros.

Uno de sus dedos se deslizó entre los sensibles pliegues de Edyiva hasta introducirse en su interior y le arrancó un entrecortado sollozo. No dejaron de mirarse a los ojos mientras Elric aumentaba el ritmo con el que su dedo la colmaba, pero, cuando la palma del hombre rozó un punto que envió cientos de diminutos rayos a sus terminaciones nerviosas, Edyiva no pudo contener otro grito de placer y se aferró a sus anchos hombros para moverse contra él hasta que su cuerpo estalló en llamas.

Se dejó caer desmadejada en la cama, maravillada, pero el ealdorman apenas había comenzado.

—La primera vez que os vi con este vestido —susurró, mientras comenzaba a desatar el cinturón y los lazos que la mantenían confinada en el terciopelo azul—, creí que caería de rodillas ante vos.

Sus manos y su boca recorrieron la piel que iba dejando al descubierto conforme la desnudaba. Primero aparecieron sus hombros, después, sus pechos; cuando Elric alcanzó su abdomen, Edyiva ya se había rendido por completo ante él, pero nunca habría imaginado que, una vez que estuvo sin una costura de tela sobre su cuerpo, el ealdorman de Bamburgh hundiría la cabeza entre sus piernas.

Edyiva gritó por la sorpresa y el feroz placer, y enterró los dedos en su pelo negro para apartarlo, pero la lengua de lord Elric la devoraba, la consumía y no paró hasta hacerla llegar de nuevo al éxtasis.

—Y aquí me tenéis, Edyiva —susurró en su oído con el aliento entrecortado—, de rodillas ante vos.

La joven había cerrado los ojos y no creía ser capaz de mover un músculo, pero todavía necesitaba más de lord Elric. Entregarle más. Estiró los brazos y tocó el pecho del caballero, que subía y bajaba con fuerza.

—Nos os quiero de rodillas. Os quiero... —No creía que fuera capaz

de decirlo, ni siquiera a él.

—¿Dónde me queréis? —la apremió con voz oscura.

—Dentro de mí —pidió con todo el cuerpo ruborizado por su audacia y su pasión.

—Dios, Edyiva... —Casi fue un gruñido ronco, como si le doliera.

Su caballero de medianoche se deshizo de la túnica, las botas y las calzas, y descubrió por completo ante ella su poderoso cuerpo cubierto de cicatrices, antes de situarse entre sus muslos. Comenzó a entrar en su ceñido interior muy, muy despacio, con tanto cuidado que Edyiva apenas sintió una pequeña molestia cuando lord Elric traspasó la barrera que dejaba atrás su doncellez. Los dos gimieron cuando la tomó por completo y el ealdorman apoyó la frente contra la suya.

—Entrar en tu dulzura es como tocar el Paraíso.

Entonces comenzó a moverse, a empujar aún más contra su caliente humedad, y lo único que pudo hacer Edyiva, transida de pasión, fue dar rienda suelta a su corazón para que disfrutase de todo el amor que albergaba por él hasta que los dos llegaron a un poderoso clímax.

Después, la joven cayó en un sueño profundo, cobijada entre sus brazos, y del que no salió hasta la mañana siguiente. Elric no estaba y la cama se había quedado fría en el hueco que él había ocupado horas antes, pero algún ruido la había despertado. Miró a su alrededor, adormilada, y el corazón le dio un vuelco al ver una figura en la habitación. Al reconocer a Kendra, los latidos recuperaron el ritmo normal, pero no pudo evitar mirarla con desconfianza.

—Enhorabuena, mi señora —la saludó la curandera, el dolor y el rencor hacían sus ojos verdes fueran más opacos—. Acabáis de convertiros en la ramera de lord Elric.

Algo dentro de Edyiva pareció resquebrajarse y la dejó tan aturdida que no se percató de las intenciones de Kendra hasta que no fue

demasiado tarde.

Capítulo 18

Eric iba a pedir a Edyiva en matrimonio el día de Navidad. Ya habían yacido juntos como marido y mujer, y había sido una experiencia gloriosa, pero le parecía una fecha muy romántica en la que sellar su amor, aunque ninguno de los dos hubiera pronunciado nunca esa palabra. Además, solo faltaban dos días para el 25 de diciembre. Cómo había acabado el circunspecto ealdorman de Bamburgh como un bobo enamorado, ni siquiera él mismo lo sabía, tan solo que haría cualquier cosa por la hermosa mujer que había dejado acurrucada entre las sábanas de su lecho.

Tampoco sabía cómo aceptaría la Iglesia que el señor de Northumbria contrajese matrimonio con una supuesta bruja, acusada de manipular objetos del Maligno, pero, en su dilatada experiencia, las monedas de oro siempre habían sido una buena solución.

Esbozó una amplia sonrisa, como todas las que se habían dibujado en sus labios desde el alba, cuando había despertado con Edyiva en sus brazos, y sacudió la cabeza, sin percatarse de las miradas extrañadas que le dirigían sus hombres al cruzarse con él.

Trató de concentrarse en el asunto que se traía entre manos y lacró la última carta que había escrito. Enviaría misivas desde Escocia hasta Jerusalén en un intento de conseguir información sobre

Cuthbert de Waren, por nimia que fuera, puesto que sabía lo importante que era para su dama.

Un golpe sonó en la puerta cerrada del cuarto anexo al gran salón. Se puso en pie, dispuesto a recibir al mensajero y entregarle su carga, pero fue Kendra quien entró en la estancia. Parecía muy alterada y el ealdorman se aproximó a ella sin demora.

—¿Qué ocurre?

—Es Edyiva, milord —respondió con voz temblorosa.

—¿Le ha sucedido algo? ¡Habla! —la apremió, aferrándola por los hombros y dándole una ligera sacudida.

—Se ha marchado de Bamburgh. Me pidió que la ayudara y lo hice. Y ahora estoy muy arrepentida, mi señor, por eso vengo a pedir vuestro perdón. —La curandera cayó de rodillas al suelo, entre sollozos, y Elric sintió ganas de desplomarse también sobre la fría piedra.

Había vuelto a escapar.

¿Acaso todo había sido una mentira? ¿Sus palabras dulces y su cuerpo estremecido de deseo, nada más que una ilusión? Elric se negaba a creer que Edyiva hubiera tramado semejante engaño para huir primero de Wyne y después de él, y así poder hacer su terca voluntad. Le hacía demasiado daño.

—¡Ensillad mi caballo! —gritó mientras atravesaba a grandes trancos en el salón.

—¡Mi señor! —gritó Kendra a su espalda—. Ella pidió que no la buscarais. Dijo que nada había sido real.

Esas sílabas fueron como una espada roma directa al corazón del ealdorman, que se hundió en él hasta desgarrarlo en dos.

—¡Mentira! ¿Por qué os confiaría esas cosas mi señora? No os tiene en alta estima.

Elric se giró como un resorte hacia la voz, para encontrarse con el

pelirrojo sirviente de Edyiva, quien señalaba a Kendra con un dedo acusador.

—¿A ti también te ha abandonado tu señora? —se burló, para canalizar toda la rabia y el dolor que sentía en el imberbe Garrick.

—Mi señora nunca me dejaría así... Ni a vos tampoco —replicó, con los puños apretados.

—¿Ah, no? —Su tono era pura ironía. Aquella no sería la primera vez.

—Está enamorada de vos. ¿Acaso estáis ciego? —Elric se quedó paralizado, sin poder apartar los ojos del rostro pálido y preocupado de Garrick, que se atrevía a hablar en esos términos al ealdorman de Bamburgh por su señora—. Algo ha debido de pasarle.

¿Y si era cierto? ¿Y si en verdad estaba tan cegado por sus propias inseguridades como para dudar de su amor y Edyiva corría peligro? Se sujetó la cabeza con las manos, y se volvió hacia la curandera.

—¿A dónde se dirigía?

—No... no quiso decírmelo, milord.

Algo en su expresión, en sus lágrimas demasiado perfectas, hizo que se estremeciera.

—¿Qué has hecho, Kendra?

La mujer se quedó blanca como la cera, pero aun así continuó negando con la cabeza. Elric se abalanzó sobre ella, le aferró los brazos como si fuera un cepo.

—Vas a decirme dónde está, o atente a las consecuencias.

—¡No lo sé! —chilló mientras se sacudía para intentar librarse de él.

—¡Lord Elric! —Jessen lo alejó de su prima de un empujón y la puso tras su espalda—. ¿Qué demonios está pasando aquí?

Garrick se adelantó a todos al responder.

—Mi señora Edyiva ha desaparecido y vuestra prima ha tenido algo

que ver en ello.

Jessen miró primero a Elric, que respiraba con dificultad presa de la ira y la impotencia, y después a Kendra, que sorbía con fuerza por la nariz a la vez que se limpiaba las lágrimas.

—¿Es eso cierto?

—¿Lo dudas? —lo cuestionó el ealdorman.

Su segundo al mando soltó un hondo suspiro.

—No. Siempre os ha querido para ella.

Elric se acercó de nuevo a los dos primos con la mandíbula encajada, y Jessen volvió a detenerlo al colocarle una mano apaciguadora en el pecho.

—Dejad que yo hable con Kendra, antes de que hagáis algo de lo que os arrepintáis. Os lo ruego.

Elric tardó un momento en dejar de ver todo rojo para asentir con rigidez.

—No tardes. Y apártala de mi vista antes de que la estrangule.

Cuando su caballero y la curandera desaparecieron en el patio de armas, el ealdorman comenzó a dar vueltas por el gran salón como un león enjaulado, desesperado por partir de una maldita vez para encontrar a Edyiva.

—Si tuviéramos algo, cualquier pista que seguir... —murmuró sin dejar de caminar.

—Milord, tenéis razón. Tenéis razón —tuvo que volver a repetir la voz para que saliera de su abstracción.

No era otro que Garrick, que sostenía uno de los móviles de Edyiva en la mano. Lo miraba con nerviosismo y una especie de agitación.

—Hay una *app* para geolocalizar dispositivos móviles en tiempo real y... —Se detuvo al ver la expresión perdida de Elric—. Si mi señora tiene el teléfono encendido, solo tenemos que introducir su número en un programa de móvil y podremos saber dónde está de

inmediato. Aunque es costoso...

—Hazlo. Ya.

Observó sin parpadear cómo el joven sirviente desplazaba los dedos sobre la pantalla y apeló al último gramo de paciencia que le quedaba para no arrancarle el teléfono de las manos.

—¡Lo tengo! —exclamó Garrick, exultante.

Por fin, Elric le arrebató el aparato.

No perdió un segundo en localizar el punto azul que representaba a Edyiva en el mapa de Northumbria.



—¿Lindisfarne? —preguntó Garrick por encima de su hombro—. ¿Qué hay allí?

—Un monasterio —contestó, con hielo en las venas.

Elric echó a correr hacia el muelle, sin echar la vista atrás para ver si Garrick lo seguía.

Pondría sus manos y sus pies en el fuego a que el padre Oliver no se encontrara en la iglesia de Saint Aidan aquella mañana de diciembre.

Capítulo 19

Edyiva sentía la boca pastosa a causa del mejunje de repugnante sabor que había preparado Kendra. Y le dolía el hombro en el punto en el que la curandera la había perforado con una puntiaguda daga para forzarla a beberlo.

No recordaba mucho más después de aquello, tan solo que habían echado algo sobre su cabeza y la habían obligado a caminar hasta un lugar que se agitaba y se sacudía con tanta fuerza que se habría mareado de no estar ya apenas consciente. Y también recordaba el sonido del mar.

Suponía que, dada su profesión, la prima de Jessen estaría familiarizada con las plantas narcóticas, pero no entendía por qué las había usado contra ella para luego meterla en un bote hacia un destino desconocido.

Varios sonidos fueron filtrándose en su cerebro embotado, aunque solo pudo identificar la característica resonancia del goteo constante de agua, y luchó por despejarse. Primero entreabrió los ojos con cuidado, pero el lugar en el que se encontraba era lo bastante sombrío como para que sus sensibles pupilas no se resintieran. Cuando su vista se fue enfocando, intentó levantarse, hasta que todo empezó a dar vueltas y acabó sentada una vez más en los duros listones de madera que la habían sostenido para evitar que diera con

sus huesos en el suelo húmedo. Tanteó entre sus ropas y cerca de ella, mientras oraba por tener su móvil consigo y así pedir auxilio, pero no había ni rastro de él. Suspiró, frustrada, y un espantoso frío fue llegando en oleadas conforme los efectos sedantes de la poción se fueron disolviendo. Los dientes empezaron a castañearle sin control y los espasmos casi no le permitían llevarse las manos entumecidas a la boca para insuflar un poco de calor a sus dedos. Fue en una de esas sacudidas cuando reparó en la tela de color marrón que le recubría el cuerpo. Era un tejido basto, sucio, como lana sin apenas tratar, y le producía un desagradable escozor en la piel. Alzó los brazos y también palpó una capucha con la que la debían de haber tapado para salir de Bamburgh. Si no creyera que era una locura, habría jurado que llevaba el hábito de un monje.

Una terrible certeza la asaltó cuando fue absorbiendo más detalles de su alrededor. Los sonidos fueron tomando la forma de olas de mar que chocaban contra los acantilados y de voces masculinas que entonaban angelicales cánticos, y la tosca cruz tallada en madera parecía burlarse de ella en esa lóbrega celda.

Una lágrima se derramó sobre su piel helada, sin que su mente pudiera evitar formularse una serie de preguntas que la aterraron más que perecer de frío.

¿Estaba en un monasterio? Eso explicaría las cruces y los cánticos... Buscó en su mente lo que sabía de Northumbria y recordó haber leído sobre un monasterio casi abandonado en una isla frente a las costas del Norte. ¿Sería el monasterio de Lidisfarne? Un temblor aún más fuerte la recorrió.

—Por favor, que no sea Lindisfarne...

La endeble puerta se abrió, como si Edyiva hubiera conjurado a sus demonios, y un rostro que no esperaba ver inclinó la cabeza en su dirección.

—Me alegra que estéis despierta, mi señora. Cuanto antes empecemos, antes terminaremos.

—Wyne... —logró balbucear entre sus labios amoratados.

¿Qué hacía el mercenario allí?

El corpulento guerrero empequeñeció la celda al entrar, y no tuvo miramientos en echársela al hombro sin que Edyiva fuera capaz de oponer mucha resistencia. La joven trató de golpearlo en la espalda, pero solo consiguió lastimarse los puños mientras pasaban delante de hileras de celdas vacías.

Tras el devastador ataque vikingo al monasterio doscientos años atrás, muchos de los monjes habían buscado refugio en Durham para seguir practicando en paz su fe, y solo unos pocos habían mantenido vivo el priorato.

Y Edyiva no deseaba encontrarse con ninguno de sus sucesores.

—¿Es que sois tan estúpido como para no temer la ira del señor de Northumbria? —preguntó a la desesperada. Todo su ser clamaba por ver a Elric.

—No vendrá a por su ramera.

El impacto de su respuesta fue brutal, pero luchó por mantenerse entera.

—Así que os habéis aliado con Kendra.

—Os habéis buscado muchos enemigos en poco tiempo, mi señora —respondió con una galantería que lo volvía aún más escalofriante.

Atravesaron un pequeño claustro, el refectorio y varias estancias en ruinas desde las que se veían las lápidas del monasterio, algunas de las cuales estaban talladas con escenas del Juicio Final, en las que dos figuras se hallaban arrodilladas a los pies de una cruz bajo un sol y una luna.

El milenio acabaría en ocho días y tendría lugar esa supuesta batalla final entre ángeles y demonios, así que Edyiva no lo tomó

como una buena señal.

Después de lo que le parecieron horas, en las que toda la sangre le había descendido a la cabeza y le había causado un terrible malestar a la joven, Wyne entró en la iglesia

—¿Estáis seguro de que queréis contraer matrimonio con una devota de Satanás?

El mercenario la depositó de golpe en el suelo, mientras la voz que había hecho esa pregunta rebotaba en las bóvedas del templo sagrado.

Edyiva se tambaleó y tuvo que apoyarse en una columna, sin querer aceptar que la figura salida de pesadilla que se alzaba ante ella fuera real. Pero el aspecto del padre Oliver seguía siendo el que se utilizaba en los cuentos para asustar a los niños. Con manos como garras y rictus de lunático.

—Nos desposaremos de inmediato —le aseguró Wyne al cura—. Y vos seréis libre por fin de expulsar al diablo que la corroe.

Edyiva tembló como una hoja ante la mirada de pura avaricia y maldad de los ojos grises del guerrero, y la fanática del religioso.

Giró sobre sus pies, desesperada por encontrar una salida, pero ¿quién podría ayudarla en un lugar tan remoto?

—El hermano Benedict es un buen devoto del Señor. Ahora que el prior no está en Lindisfarne, él está a cargo de cuidar del resto de los hermanos, y en estos momentos están preparando la celda donde se os exorcizará.

Absolutamente nadie la socorrería.

—Me he reconvertido, padre —probó a decir, con las manos unidas como en oración—, ya no soy una esclava de las tecnologías que enturbiaron mi mente y ennegrecieron mi alma.

—Está mintiendo en la casa de Dios —dijo Wyne, para después chasquear la lengua con fingida desaprobación.

Se acercó a ella y tiró del cordón que rodeaba su cintura para que se pegara más a su cuerpo y así poder fingir que rebuscaba entre los pliegues de su hábito. La joven sintió ganas de vomitar.

—Quitadme vuestras desgraciadas manos de encima —le ordenó mientras se revolvió contra él, sin que le hiciera el más mínimo caso.

Cuando le pareció que el espectáculo había sido suficiente, Wyne compuso una expresión triunfal y sacó el móvil de Edyiva de su propia túnica.

—¡Ajá! Aquí está la prueba, padre —exclamó a la par que le mostraba el aparato al padre Oliver.

Kendra debía de habérselo dado a Wyne para que las torturas fueran aún más severas.

El religioso hizo la señal de la cruz y los señaló con un dedo tembloroso.

—¡Apartad ese instrumento del Mal de mi vista! No hay perdón en la Tierra que pueda limpiar vuestros pecados, pero debemos expulsar a los demonios que os controlan para que no se extiendan entre los hombres temerosos del Santísimo y puedan alcanzar la gloria eterna en el Día del Juicio Final.

El mercenario contuvo una risa y lanzó el móvil al suelo, donde se escuchó el ruido del cristal al partirse. Luego tomó a Edyiva de la mano con tanta fuerza que la joven temió que le quebrase los dedos y la arrastró hacia el altar.

—Empecemos con la ceremonia primero, padre. Aquí traigo a la entusiasmada novia.

—Obtendréis mi dote y después serán otros quienes se deshagan de mí. Sois un cobarde —escupió.

Wyne alzó la mano para cruzarle la cara, pero una potente voz, oscura y tan furiosa que estremeció a las mismas paredes del monasterio, detuvo el golpe.

—Os dije que no tendría misericordia con vos si la volvíais a tocar.

Capítulo 20

Elric le dio una única ventaja al mercenario. Y esa fue darle tiempo a desenvainar la espada mientras ponía a salvo a Edyiva tras su amplia espalda.

—Id con Garrick —ordenó antes de empezar a asestar mandobles que habrían partido en dos a un hombre con menos experiencia que Wyne.

El ealdorman esperaba que el joven sirviente hubiera obedecido sus órdenes y hubiera sacado a Edyiva de la iglesia. La liza solo iba a tener un ganador y no quería que su dama fuera testigo del violento desenlace.

Cuando su espada estaba a punto de atravesar el corazón de Wyne, unos dulces ojos aciano se aparecieron ante él, y Elric desvió la trayectoria en el último segundo. La muerte del mercenario no sería un lastre que pesase siempre sobre la conciencia de Edyiva. Lo que hizo fue clavar con fuerza su arma en el hombro derecho del hombre, que chilló de dolor y quedó desarmado.

—No tendréis otra oportunidad —le dijo a la vez que giraba la empuñadura de la espada con la hoja todavía hundida en la carne de Wyne. Este volvió a gritar y se retorció de dolor, pero el ealdorman no sintió ni triunfo ni compasión. Tan solo la necesidad de salir corriendo para envolver a Edyiva entre sus brazos.

La encontró ya dentro del bote en el que habían llegado Garrick y él, con las manos aferradas al borde mientras lo buscaba en la distancia y la pesada capa que Elric había dejado junto a los remos para tener más libertad de movimientos echada sobre sus estrechos hombros. Al verlo cubierto de sangre, bajó de un salto de la embarcación y se lanzó a inspeccionarlo por todas partes.

—¡Elric! —sollozó contra su pecho.

—Shh. No es mía —la tranquilizó, con un suave beso en la coronilla.

Se quedaron así un momento, y Elric acarició algunos de sus mechones rubios con los que también jugaba el viento, antes de que Edyiva alzase la cabeza de nuevo para mirarlo.

—¿Y Wyne? —quiso saber.

—Imagino que los monjes de Lindisfarne se encargarán de su herida.

La expresión de alivio en sus hermosos rasgos hizo que se esfumara cualquier duda que albergase acerca de dejar con vida a una alimaña como él.

—¿Y el padre Oliver?

Elric torció el gesto solo con oír su nombre.

—Salió huyendo de la iglesia. Pero perded cuidado, Edyiva, todos serán desterrados de Northumbria.

—¿Kendra también? —inquirió con los labios tensos.

—Kendra también.

—Ella me... me —empezó, pero no terminó la frase y se llevó la mano a un hombro. Elric cogió su muñeca con delicadeza para apartar su capa y ese condenado hábito que quería hacer arder, y encontró un feo corte sobre la piel de alabastro.

—¿Kendra os ha hecho esto? —indagó en voz baja para mantener su ira controlada, antes de posar su boca con mucho cuidado cerca de

la herida.

—Sí —asintió ella, tras un suave estremecimiento—. Y también me dijo que era vuestra ramera.

—¿Qué?! —bramó, incapaz ya de contener el rugido al pensar en cómo debían de haberla hecho sentir las palabras de la curandera.

—¿Qué soy para vos, lord Elric?

Ojalá todas las preguntas fueran tan sencillas de responder.

—Sois mi dama. Vais a ser mi esposa. Y, ante todo, Edyiva, sois mi amor.

Edyiva alzó las manos para tomar su rostro entre ellas y sonreírle con esa dulzura que solo ella era capaz de lograr. Esa que le robaba el aliento y le aceleraba el corazón,

—Y vos sois el mío —susurró su hechicera, antes de ponerse de puntillas para ofrecerle sus labios y expresar todo lo que sentían con un beso.

Epílogo

Bamburgh, reino de Northumbria, día 1 del año 1000 de Nuestro Señor

— Parece que el mundo continuará otros mil años más, por lo menos.

— Eso parece.

Lady Edyiva de Bamburgh tuvo que esconder una sonrisa divertida ante el tímido intento de conversación que intentaban mantener su esposo Elric y su padre, Cuthbert de Waren, mediante Skype.

En efecto, el apocalipsis milenarista no se había producido, y el reino de Northumbria no había perecido bajo hordas de demonios dispuestos a alimentarse de los pecados y vicios de los hombres. El equilibrio entre el Bien y el Mal se mantenía, como había sido siempre y como sería en los siglos venideros.

Los móviles que los creyentes más devotos habían llevado a las puertas de las iglesias tampoco habían estallado en llamas cuando fueron rociados con agua bendita justo antes del tañido de la doceava campanada que marcó la entrada del Año Nuevo. Eso sí, muchos de ellos no habían vuelto a funcionar igual.

— Ese *e-mail* fue una excelente idea —decía la voz de su padre, algo distorsionada al filtrarse por el altavoz del teléfono.

— Desde luego —respondió Elric—. Vuestra hija tiene un talento natural para luchar por lo que quiere.

—Y cabezonería.

—Y cabezonería.

Los ojos negros del ealdorman se apartaron de la pantalla para buscarla con la mirada, y la sonrisa pícaro que le dedicó consiguió debilitarle las piernas a Edyiva. Ella fingió sentirse ofendida y alzó la respingona nariz.

—Os he hecho un favor a todos —se jactó, antes de sacarle la lengua a su esposo, quien se enderezó en la silla en la que estaba sentado y la contempló con una expresión entre tierna y encendida de quien sabe que se cobrará su venganza más tarde, entre las sábanas...

El *e-mail* al que se referían estaba dirigido al papa Silvestre II. En él, Edyiva narraba la terrible e injusta persecución a la que se veían sometidos los internautas y usuarios de nuevas tecnologías en Inglaterra y apelaba a su ayuda para que tales tropelías llegasen a su fin. Esa misma mañana, 1 de enero del año 1000, Silvestre II había publicado una bula papal en formato físico y digital, en la que condenaba cualquier acto de violencia contra los móviles y otros aparatos tecnológicos, negaba su naturaleza demoníaca, y ofrecía su bendición aquellos que quisieran utilizarlos.

También había ayudado que Edyiva hablase de las bondades de ordenadores y *tablets* para agilizar el trabajo de los monjes amanuenses en los *scriptoriums*, y la utilidad de digitalizar biblias, libros de horas y manuscritos iluminados para preservarlos ante incendios y ataques vikingos.

—Sin embargo, la bula papal también ha hecho que mi viaje a Jerusalén fuera en balde. Y que te hiciera sufrir para nada, Edyiva — apuntó Cuthbert con voz triste.

La joven se apresuró a sentarse en el regazo de su marido para que su padre también pudiera verla por la cámara, aunque ni Elric ni ella

consiguieron un buen encuadre en el que no se vieran solo sus narices, o sus frentes, o la mitad de sus caras.

—Ese viaje lo ha significado todo, padre —le aseguró, mientras acariciaba la mano de su esposo y recibía un suave beso en la sien a cambio.

Continuaron hablando un rato más, hasta que su padre colgó para poder descansar debido al cambio horario. Todavía seguía en Jerusalén, donde había permanecido postrado a causa de unas terribles fiebres, pero, gracias a las misivas que Elric había enviado a todos los rincones, uno de sus aliados en Tierra Santa había dado con él e iba a traerlo de vuelta a casa.

Edyiva suspiró, dichosa por todos los regalos que le había dado la vida, y rodeó el cuello de su marido con los brazos.

—Te amo —susurró.

No obtuvo ninguna respuesta y frunció el ceño al verlo teclear sin parar, completamente concentrado en la pantalla.

—¿Se puede saber qué estás haciendo?

Su caballero de medianoche pulsó el botón una última vez y la besó en los labios.

—Enviar mil mensajes a mi dama.



FIN

Nota de la autora

Al igual que todas las novelas de *Tecléame «Te quiero»*, la receta de *Mil mensajes a mi dama* contiene tres cazos a rebosar de imaginación, dos cucharadas llenas de datos históricos y una buena pizca de licencias literarias.

Sin embargo, me gustaría reseñar que la Alta Edad Media, momento en el que se sitúa el romance entre lord Elric y Edyiva, constituye una de las épocas más oscuras de la historia de la humanidad, y que la luz en forma de *e-mails* con la que tan amablemente me alumbró Graemie Young, director del Bamburgh Research Project (un proyecto arqueológico en el castillo de Bamburgh), ha sido fundamental para mi historia. Tanto para entender un poco mejor las complejas relaciones entre Inglaterra (regida por la casa de Wessex) y la zona de Northumbria (gobernada por la figura del ealdorman como un reino independiente a pesar de pertenecer a Inglaterra), así como para describir el monasterio de Lindisfarne y la estructura original del castillo de Bamburgh, ya que su aspecto actual es un compendio de todas las remodelaciones que ha sufrido a lo largo de los siglos posteriores.

Por último, quisiera destacar la figura del enigmático papa Silvestre II (c. 945-1003), también conocido como el Papa Mago o el Papa del Milenio, cuya vida y muerte (en pleno apogeo de las profecías que anunciaban el fin del mundo) se rodean de alquimia, brujería y

leyendas. Una de ellas cuenta que un hermoso súcubo, de nombre Meridiana, fue su amante, confidente y consejera, y que su amor por él fue tan puro que, cuando el pontífice falleció, pronto lo acompañó en el descanso eterno. ¿O no? Porque en la cripta donde fueron enterrados, en la basílica de San Juan de Letrán, aún hoy pueden escucharse extraños ruidos de ultratumba y el crujir de huesos...

¿No resulta fascinante?

Como siempre, mi mayor ilusión es que esta novela os haya hecho disfrutar y os espero con los brazos abiertos en las redes sociales.

Agradecimientos

Escribir la serie *Tecléame «Te quiero»* ha significado rendir un pequeño homenaje a muchos de los subgéneros de la novela romántica histórica que tanto me apasionan. *Highlanders*, vaqueros, nobles, piratas y caballeros medievales han desfilado por mi cabeza a lo largo de todos estos meses y se han hecho un hueco en mi corazón (y espero que también en el vuestro).

Que, además, cada uno de sus protagonistas tuviera sus vicisitudes en el amor y en la tecnología solo lo ha hecho más divertido. Tanto que me despido de ellos con una enorme sonrisa.

Quién sabe lo que depara el futuro. Quizá ese mundo imposible que mezcla enaguas y teléfonos móviles y yo nos volvamos a encontrar. Lo que os puedo asegurar es que, si alguna vez ocurre, seréis los primeros en saberlo.

GRACIAS con mayúsculas a todos los que lo habéis hecho posible.

Con todo mi cariño,

Isabel

Isabel Jenner nació en Madrid en el verano de 1986. Enamorada de las letras y de países lejanos, se licenció en Traducción e Interpretación y en Estudios de Asia Oriental, con especialidad en Japón. Gracias a una beca, pudo cumplir su sueño de vivir en Tokio, aunque no desarrolló todas sus habilidades ninja por el bien de la humanidad. Los libros son su transporte favorito a la emoción y a la aventura, y cree que las palabras no están hechas de tinta, sino de pura magia. Su primera novela, *Oriente en tus ojos*, ha resultado finalista del VII Certamen de Novela Romántica Vergara-RNR.

Edición en formato digital: enero de 2019

© 2019, Isabel Jenner

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17540-80-7

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial